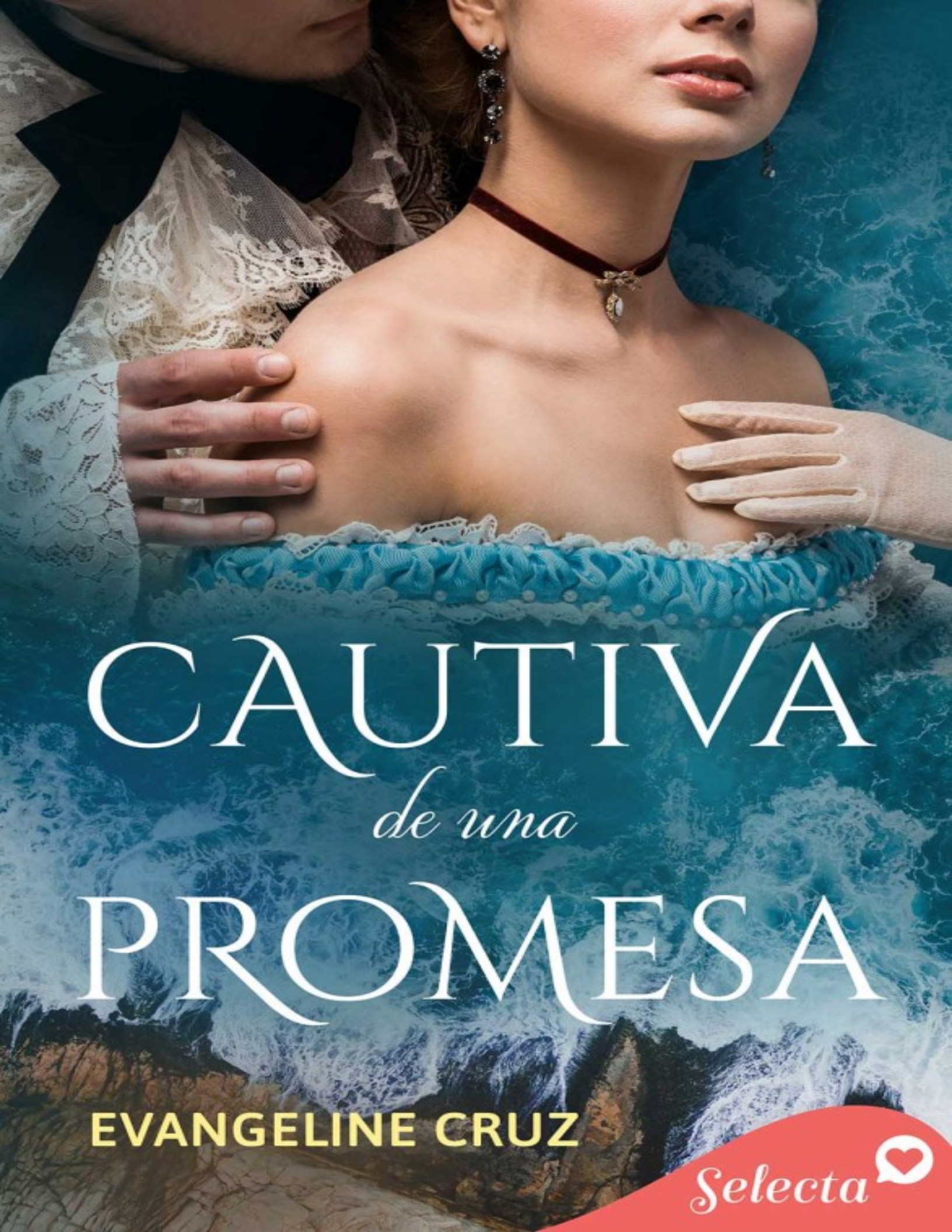

CAUTIVA
de una
PROMESA
EVANGELINE CRUZ
Selecta

Cautiva de una promesa

Evangeline Cruz

Selecta

Prólogo

Clifden, costa oeste de Irlanda, febrero de 1860

La brisa jugaba a su antojo con el cabello de la joven, despeinándolo, acariciándolo con mimo o azotándolo enfadado, llevándolo de un lado a otro en aquel promontorio cercano al mar, donde el céfiro soplaba desde todos los puntos cardinales.

Si había algún lugar geográficamente castigado por el viento en la costa irlandesa era aquel acantilado de vegetación escasa, de soledad y abandono, desde donde se divisaba el Atlántico y el estrecho camino de rocas que conducía hasta la playa.

Cercano a aquel punto se encontraba el cementerio familiar de los De Clare, cobijado por un pequeño muro de piedras. Fuera de él, dos tumbas yacían una al lado de la otra, lápidas de piedra expuestas al antojo de los vientos, a la intemperie.

Frente a la más nueva, de apenas cinco meses de antigüedad, la joven vestida de negro se encontraba rezando, insensible al constante capricho del aire sobre su cabello. Musitaba una oración por el alma de quien fuera su esposo, sin reparar en la desasosegante brisa que susurraba en sus oídos, que la atenazaba con su frialdad.

Tras terminar su rezo, la joven acarició con delicadeza la lápida que sobresalía del suelo. Leyó la inscripción:

Dugan de Clare
Señor de Clifden
Enero 1806 - Septiembre 1859
«Descansa en paz, amado esposo».

«Nos faltó tiempo...», susurró, expresando un pensamiento que se llevó el viento.

Y persignándose, tomó el camino de vuelta al castillo situado a algo más de una milla. Un escalofrío le recorrió la columna al darle la espalda al sepulcro. Se volvió y constató que aún permanecía sobre la tierra el ramo de flores que le había llevado, aunque sabía que no tardaría en desaparecer. Nada duraba demasiado en aquel promontorio expuesto a los elementos. En el horizonte se divisaba la silueta de un lejanísimo barco posado sobre el azul del mar, fundiéndose con la bóveda celeste. Lo contempló durante unos minutos hasta que le dolió la vista. Después se arrebujó en su estola y continuó su camino.

La joven avanzó por el sendero raramente transitado que unía el cementerio de los De Clare con el imponente castillo, que se erguía majestuoso y solitario sobre el acantilado. Una gran extensión de suelo rocoso, yermo, lo rodeaba, el océano lo limitaba al oeste. La única señal de vida cercana se podía encontrar a unas millas al norte, en la aldea de Clifden, que los antepasados de su esposo fundaron hacía cientos de años.

Ajena al paisaje, sumida en sus pensamientos, la muchacha llegó al castillo, en el que la esperaba el ama de llaves, quien, preocupada por su salud, la hizo pasar al salón donde el fuego de una acogedora chimenea la ayudaría a entrar en calor, y un té casi hirviendo le fue

servido al instante.

—He visto un barco cerca de la costa.

—Seguramente irá de paso, señora. Ya hace años que ninguna embarcación atraca en las cercanías de Clifden. El señor se encargó de que ninguna lo hiciera, para que no pudieran dejar sus mercancías de contrabando. Limpió la costa de contrabandistas y ladrones.

—Es tanto lo que desconozco de mi esposo... Apenas sé nada de su vida... y ya solo podré conocerlo por lo que usted y otros puedan contarme.

—Fue una desgracia, señora. Tan solo unos meses de casados y la enfermedad se cebó con él... como si la vida no hubiese querido darle una segunda oportunidad —musitó en voz tan baja que la viuda no pudo oírlo.

La mujer dejó a su joven ama en el salón y se encaminó a la cocina para supervisar la cena, aunque sus reflexiones estaban en otra parte. Pensaba en el señor del castillo de Clifden, quien había contraído por sorpresa matrimonio con la joven en el mes de mayo del pasado año. Quedaban meses para la celebración de su primer aniversario y ya llevaba varios pudriéndose en una tumba. Aquello podría verse como el colmo de la desgracia para los recién casados o, tal vez, la salvación de ella, rumió insidiosa la mujer. Sacudió su cabeza de pensamientos nefastos. Llevaba muchos años sirviendo al fallecido, podía decirse que lo conocía, pero... ¿quién era ella para opinar sobre su persona? Mejor se centraba en sus tareas y evitaba inmiscuirse en asuntos que no le correspondían, se recriminó.

Capítulo 1

Cenó desganada y se marchó a su habitación antes de que anocheciera. Le imponían los largos corredores del castillo propiedad de su esposo y que ahora ella disfrutaba como su viuda. Le tenía cierto temor a la posibilidad de deambular, una vez que hubiera anochecido, por aquellos interminables pasillos donde los retratos de los antepasados De Clare la observaban malencarados, confinados entre los límites de unos cuadros sujetos a la pared, mientras la luna proyectaba fantasmagóricas sombras desde los ventanales y las paredes, el suelo, las puertas crujían y parecían cobrar vida en cuanto el sol se escondía.

Sidonie, la jovencísima viuda de apenas veinte años, reconocía que era una insensata por temer a aquello que, se decía una y otra vez, no eran más que dislates de su imaginación.

Se recriminaba estar demasiado tiempo sin nada que hacer de provecho, limitándose a ocuparse en trivialidades y en dar largos paseos por aquellos páramos desérticos de la costa irlandesa. Nunca había vivido en un edificio con la antigüedad y las proporciones del castillo de Clifden, que había pertenecido a la familia de su esposo desde hacía siglos y cuyo usufructo había pasado a sus manos

cuando este falleció.

Ella, Sidonie Beauchene, era la hija segunda de un barón venido a menos. Casi no recordaba los años en los que vivió en la mansión familiar de niña y que se vieron obligados a cambiar por una pequeña casa, apenas suficiente para sus padres y sus tres hijas, cuando tuvieron que desprenderse del patrimonio del barón a causa de sus deudas de juego.

La vivienda donde había residido casi toda su vida apenas hubiera ocupado una pequeña proporción de un ala del castillo. Saberse dueña de aquel vetusto y enorme edificio, morar allí sola con la única compañía de unos cuantos sirvientes alojados en la planta baja la desasosegaba.

Encerrada en su alcoba, se dispuso a contemplar el paisaje desde el balcón. Nunca se cansaba de admirar la impresionante vista del océano a la luz de la luna. Era una imagen sobrecogedora, bella, pero impregnada de una tristeza que no le hacía remontar el vuelo de la suya propia.

Le pareció ver un punto de luz a lo lejos, en la playa, como el de la lámpara de un bote, pero tan pronto como lo vio, desapareció. Le habían contado historias de antiguos contrabandistas que ejecutaban sus fechorías sobre la cercana costa, atraían los barcos para hundirlos, para apropiarse de su contenido aún a costa de pasar a cuchillo al pasaje...

Se decía que aquello había ocurrido frente a la ventana de su dormitorio hacía años, pero su esposo jamás le contó nada, percibió su disgusto la única vez que quiso saber y nunca más volvió a preguntarle. Los criados no se pronunciaban sobre el espinoso asunto, y la única visita que le reveló lo que una vez tuvo lugar en las tierras de su esposo, frente a su alcoba, hacía tiempo que había continuado su camino.

Sidonie echaba de menos la compañía del señor de Clifden. Aunque el suyo no había sido un matrimonio por amor, creyó a pie juntillas que caminarían juntos por el sendero de la vida durante muchos años y que llegarían a quererse con sincero afecto.

Él ya no era joven, pero aún parecía gozar del vigor de un hombre maduro. A su lado se encontraría amparada, protegida, estaría convenientemente casada y dejaría de ser una preocupación y una carga para sus padres y, sobre todo, para su hermana Constance, la mayor, quien había contraído matrimonio con un vizconde por ayudar a la familia. Gracias a la invitación de pasar un tiempo con ella en Brighton, Sidonie había conocido a quien sería su esposo[1].

También tenía una hermana pequeña, Diana, que pronto cumpliría dieciocho años. Afortunadamente, la menor no estaba sometida a la presión urgente de matrimoniar, como les ocurrió a Constance y a ella, ya que sus hermanas velaban por su futuro.

Sidonie se dijo que, en el fondo, ella no podía ofrecerle más que comida y un techo en el que ampararse, el cobijo de un enorme castillo situado en la confluencia de los vientos llegados de los cuatro puntos cardinales en la costa salvaje de Irlanda. No resultaba demasiado atractivo para una joven de carácter alegre y risueño como Diana, quien prefería el condado de Shrewsbury, donde vivía Constance, o la elegante y alegre ciudad de Brighton, pero la acogería con gusto cuando se decidiera a pasar unos días junto a ella.

Para Sidonie, que era más tranquila, sosegada, tímida y gustaba de leer y pasear, aquel castillo perdido en la costa oeste era más de lo que necesitaba.

Su esposo, Dugan de Clare, la llevó allí tan pronto se casaron. Se comprometieron al poco de conocerse en Brighton, donde Dugan había acudido a tomar las aguas y reponerse de un ligero malestar.

A él le llamó la atención la belleza tímida y serena de Sidonie; su figura esbelta, delgada, de cabellos rubios y ojos azules, y su mirada soñadora e inocente. Aquel hombre maduro, viudo desde hacía mucho, no se había planteado volver a casarse, pero el aliento helado de la enfermedad, la sensación de soledad que se hacía más patente con los años y la mirada inocente y cálida de aquella deliciosa joven despertaron en él emociones y necesidades olvidadas hacía mucho.

En Brighton, Dugan de Clare experimentó una mejoría de salud momentánea. No se llamaba a engaño, lo peor estaba por llegar. Encontrar a aquella dulce muchacha, conocer que le era agradable, le creó la necesidad de apoderarse de ella, de llevársela a su castillo, como el que atrapa a un delicado y bello pajarillo y lo encierra en una jaula para su placer. Quiso que ella fuera quien lo acompañara en los días más duros por venir.

Él acudió a su encuentro en la ciudad costera. Su imponente y experimentada presencia alejó a otros admiradores. Conversaron durante días. Dugan le expresó su deseo de hacerla su esposa. La muchacha fue sincera en su respuesta.

Lo apreciaba como a un hombre de mundo, como a un caballero atento y amable que parecía interesarse por sus lecturas y su conversación. Ella le habló de la necesidad de contraer matrimonio para aliviar la situación de sus padres y hermanas y, a cambio, le ofrecía su sincero afecto y fidelidad.

Hablaron de crear una familia, antes de que ella supiera siquiera que él ya tenía un heredero legítimo. El señor de Clifden ocultó la enfermedad que lo consumía y quizá cayó en la trampa de ilusionarse con la posibilidad de los hijos cuando ya nada esperaba.

Si ella fue sincera en sus ofrecimientos, él calló casi todo. No le habló de la enfermedad porque había descubierto que temía morir

solo, y tampoco lo hizo del hijo que había huido de su lado, del que no sabía nada hacía más de diez años.

En un mes escaso en el que apenas tuvieron tiempo de prepararse para la boda, Dugan mostró su mejor versión, la más caballerosa, atenta y amable. Nadie lo conocía demasiado, no era frecuente que un irlandés visitara las villas de recreo del sur de Inglaterra. Sin embargo, era apreciado por los nobles ingleses y aquello hablaba en su favor. Se casaron tres semanas después del compromiso y se marcharon a Irlanda.

La primera visita que le hicieron sus hermanas se produjo en los días del duelo de Dugan. Muy a su pesar no les dio tiempo para una visita anterior, ya que los primeros meses los dejaron solos para que el nuevo matrimonio se acostumbrara el uno al otro y tuvieran una conveniente luna de miel. Más tarde, Sidonie les había contado por carta de su labor como esposa y enfermera, y ellas no habían querido irrumpir con una visita el reposo del paciente. Después fue demasiado tarde y las hermanas volvieron a reencontrarse en el funeral del esposo, tras meses sin verse.

La acompañaron a la iglesia y descubrieron horrorizadas que el señor de Clifden había dispuesto en sus últimas voluntades ser enterrado a las afueras del camposanto, junto a la tumba de su primera esposa.

Sidonie nada pudo objetar, nada pudo decir, lo desconocía prácticamente todo de su marido. ¿Qué fue lo que lo motivó a acompañar en el descanso eterno a una esposa que había sido apartada de la iglesia, enterrada en terreno no consagrado? ¿Cuánto de amor por aquella desconocida mujer aún le quedaba, cuánto la recordaría mientras la abrazaba a ella en las noches heladas tras su precipitada boda?

Dugan apenas le habló de sí mismo durante los cinco meses que

Sidonie pasó a su lado, a pesar de que consumió sus horas atendiéndolo, apostada constantemente junto a la cabecera de la cama, aquella que apenas habían compartido como un matrimonio. El deterioro de Dugan fue alarmante tan pronto llegaron a Clifden. No tuvieron más que unas semanas de tregua.

Cuando él reconoció que ya no habría marcha atrás, que su salud no mejoraría, le habló por vez primera de su hijo, el desaparecido heredero, y le pidió que se pusiera en contacto con su administrador y abogado. La necesidad de cuidado continuo hizo que ella, constantemente pendiente de sus necesidades, escuchara la petición que su esposo le hizo al letrado para que buscara a su heredero, quien, al parecer, se había marchado al continente americano hacía más de diez años. Dugan dispuso de sus posesiones, organizó los trámites legales a su antojo, mientras ella se limitó a acompañarlo.

Casada en menos de un mes, viuda tras cinco de matrimonio. Tantos como llevaba viviendo sola en aquel castillo, vagando por los páramos, visitando el pueblo bajo la mirada compasiva de los vecinos, escribiendo cartas, recibiendo ocasionales visitas, acudiendo casi cada día a la tumba en busca de respuestas que él ya no le daría... «Nos faltó tiempo para todo, esposo».

Capítulo 2

Sidonie se levantó temprano y se vistió con la determinación de ir andando hasta la iglesia del pueblo. Oteó a través de los cristales del balcón y vio como el aparentemente despejado cielo de finales de febrero mudaba y nubes de lluvia hacían su aparición.

Tomó una capa de abrigo y bajó para un desayuno rápido, convencida de que la lluvia esperaría hasta que ella se encontrara a salvo en la iglesia. Odiaba encerrarse en un carruaje y depender de ello para desplazarse.

Tan pronto se sirvió el té, el ama de llaves, la servicial Nola O'Donnell, entró llevándole una carta que acababa de recibir.

Sidonie la tomó en su mano y leyó el remite. Más que una carta se trataba de una nota, un pliego de papel doblado y lacrado. Iba dirigida a su esposo. Nadie constaba como remitente. Posó su mirada sobre la de Nola, pero esta permaneció impertérrita. Rompió el lacre, pensando que si se trataba de asuntos de negocios tendría que contactar con el abogado, pero una simple línea escrita la dejó muda de asombro. «Llegaré el 23 de febrero». Y la firmaba: «Corrigan de Clare», el hijo de Dugan.

Llegaría al día siguiente.

Sidonie pospuso la impresión por la visita y las mil preguntas sobre aquel hombre, que murieron en sus labios antes de ser dichas en voz alta, por llegar a tiempo a la iglesia. Durante el sermón comenzó a caer un fuerte aguacero; y al acabar, aunque la muchacha expresó su intención de esperar a que descampara para volver al castillo, algunos de los escasos asistentes insistieron en acompañarla.

Como la lluvia no tenía visos de concluir, fue Patrick Lackland, su vecino más cercano, el que finalmente hizo que desistiera de su propósito de esperar y la llevó hasta el castillo en su carruaje. Entablaron conversación durante el trayecto.

—Admiro su valentía para enfrentarse a este indómito clima irlandés. Pueden darse las cuatro estaciones a lo largo de una jornada, pero usted desafía los elementos, nada teme... —la alabó solícito el caballero, quien tendría unos pocos años más que ella.

—¿Por qué debería hacerlo? No es más que algo de lluvia...

—La lluvia en esta época del año está helada. Puede hacerla enfermar.

—No le temo a un poco de agua fría. Además, como usted bien ha dicho, podemos andar bajo un resplandeciente sol y al instante sorprendernos la llovizna. Prefiero arriesgarme a estar constantemente asustada y a merced de un carruaje. Me gusta demasiado pasear como para temer a la lluvia.

—Su esposo hubiera desaprobado su audacia. Sin duda, la hubiera protegido...

—Mi esposo... me hubiera acompañado. —Imaginó ella, sin saber a ciencia cierta lo que él hubiera hecho.

—Lamento mucho su penosa situación. Una viuda tan joven... y sola. —Se condolió el caballero mirándola a los ojos y empleando un tono de voz más bajo y grave de lo que solía.

—Estas son mis circunstancias, señor Lackland, pero no me compadezca, por favor, hay muchas mujeres en peor situación que la mía.

—Es usted muy generosa, señora De Clare. Por favor, le ruego que me considere un amigo, y cuente conmigo para lo que necesite.

Sidonie pensó en la repentina llegada del desconocido heredero de Clifden al día siguiente. Quiso preguntarle si lo conocía, si podía contarle algún detalle de su vida, pero la prudencia la llevó a permanecer callada y no desvelar su inquietud.

Al llegar al castillo, el caballero la ayudó a bajar del carruaje tomándola de la mano y demorándose un segundo más de lo apropiado al hacerlo.

Ella se despidió de inmediato. No tenía apenas experiencia en el trato con los hombres, pero no era ninguna tonta y aquel gesto le había parecido más una caricia, que le había resultado inapropiada, que una ayuda necesaria.

No estaba en sus pensamientos volver a ser cortejada por ningún otro hombre. Y no solo porque fuera demasiado pronto, sino porque la experiencia de su matrimonio la había hecho ser reticente a la simple posibilidad de pensar en repetir. En su escaso tiempo como esposa no había hallado la alegría, la dicha que se suponía encontraría tras un matrimonio que, aunque no se había llevado a consecuencia de un amor arrebatador, ella esperó encontrar.

Aún se reponía de la desilusión de una luna de miel fría y desangelada, de caricias frías y apresuradas, del descubrimiento de una enfermedad que su esposo le había ocultado, de los secretos que envolvían a Clifden y que temía nunca descubriría y que le provocaban pesadillas las noches en las que el viento soplaba más fuerte de lo normal y su ulular, como un triste lamento, descendía por las chimeneas.

Aquella noche del 23 de febrero la tormenta se cebó sobre el castillo.

La lluvia que comenzó durante la mañana y la atrapó en la iglesia siguió cayendo inmisericorde durante horas y se hizo más y más persistente. Los rayos atravesaban el firmamento y los truenos soliviantaban el espíritu de los moradores de aquella apartada y desamparada fortaleza.

Nunca antes recordaba Sidonie una tormenta de aquellas proporciones, como si el cielo estuviera librando una batalla entre ángeles y demonios, y con cada estruendo uno de aquellos malvados fuera desterrado y cayera sobre la Tierra.

Los cristales del balcón retumbaron con fuerza, y la muchacha se levantó rápida para asegurarse de que estuviera bien cerrado. Antes de correr la cortina, vio como un rayo caía sobre uno de los escasos árboles que rodeaba el castillo y que había arraigado en aquel lugar atormentado por el viento, creciendo de manera estrafalaria, como si fuera una mano de dedos retorcidos.

El árbol prendió enseguida, y al amparo de su luz, Sidonie creyó entrever la oscura silueta de un hombre, casi un gigante, embozado en una capa, caminando bajo la tormenta por el páramo que conducía al castillo.

Fascinada por aquella aparición que se le antojó un delirio de la imaginación, la joven pegó su cuerpo al cristal, intentando descubrir si era un hombre o un demonio quien caminaba bajo la lluvia, expuesto a los rayos. En ese preciso momento, el individuo se detuvo y levantó la vista hasta donde se encontraba ella. Sidonie tuvo la sensación de que él podía verla y de que sus ojos, que se le antojaron dos puntos en llamas como los de un diablo del averno, atravesaban la distancia y se enseñoreaban de su figura casi desnuda, a la luz del árbol que ardía.

Se apartó de inmediato, asustada, y se llevó una mano al corazón, que palpitaba acelerado. Cuando se encontró ligeramente repuesta, volvió a asomarse y no descubrió más que el rescoldo de las brasas sobre el tronco vencido. Ningún rastro de hombre o demonio se hallaba a su vista.

Capítulo 3

No supo cuándo la venció el sueño, pero después de una noche de emociones consiguió al fin descansar. Por la mañana bajó dispuesta a recibir al hijo de su esposo en cuanto este llegara. No podía negar que se encontraba nerviosa.

Se saltó el desayuno, incapaz de comer bocado alguno, vagabundeó por las estancias, sin poder concentrarse en la lectura, y más tarde, ante la mesa del almuerzo, el ama de llaves la instó a que comiera alguna cosa. Podía imaginar las tribulaciones por las que pasaba su joven señora, ella misma se sentía inquieta ante la aparición de Corrigan de Clare tras años sin saber de él.

—Debe comer un poco, señora; disculpe mi insistencia, pero ha adelgazado visiblemente en estos meses.

—No tengo demasiado apetito, Nola. Me encuentro somnolienta. Hubiera preferido dormir un poco más, anoche apenas pude pegar ojo por la tormenta. Creo que tuve un sueño muy extraño sobre un árbol en llamas y... —Sidonie calló, no quiso contarle sobre el desconocido que creyó ver.

—Tal vez no fue un sueño. Un rayo debió caer la pasada madrugada sobre el serbal frente a su dormitorio. El mozo de

cuadras lo ha descubierto esta mañana completamente calcinado. —La mujer se persignó.

Sidonie tragó saliva. Sabía que al serbal se lo consideraba una planta que protegía contra las fuerzas malignas. El hecho de que un rayo lo hubiera destruido frente a ella y le hubiera mostrado la silueta de un desconocido no parecía augurar nada bueno, pero carraspeó e intentó recomponerse. Ella no creía en tontas leyendas y supersticiones, probablemente lo hubiera imaginado todo.

—¿Ha llegado alguna nota del señor De Clare a lo largo de la mañana? —preguntó a pesar de saber la respuesta—. ¿Sabemos cuándo vendrá?

—No, señora. Supongo que dependerá mucho del estado de los caminos. Esperemos que disponga de un buen carruaje o se quedará atascado en cualquier parte.

—¿Cree que sabrá... de mi presencia en la casa?

—No podría decirle. Hace muchos años que Corrigan..., el señor De Clare —Nola se corrigió, arrepentida de haberlo nombrado de forma tan familiar— se marchó. Era apenas un muchacho. Acababa de cumplir quince años.

—¿A dónde fue?

—Se marchó una mañana después de discutir con su padre. El señor creyó que regresaría arrepentido al cabo de unas horas, y no se molestó en seguirlo. Lamentaría mucho esto, ya que no lo volvería a ver. Pensaron que habría embarcado en Galway rumbo al continente americano, como hacían muchos de los nuestros, en busca de una vida con menos penalidades, pero lo cierto es que no constaba su nombre entre las multitudes que emigraron por aquella época.

Sidonie asintió, aportando a su vez la escasa información que tenía sobre su paradero.

—El administrador nos escribió hace unos meses diciendo que había aparecido su rastro cerca de Canadá, en la frontera con Estados Unidos. Fue lo último que Dugan supo de su hijo. Creo que lo tranquilizó saber que seguía vivo, aunque no volvería a verlo. Debe de conocer lo sucedido con su padre y por eso ha venido hasta Clifden.

—Vuelve a su hogar doce años después... Toda una vida... —suspiró Nola.

—¿Cree que vendrá a quedarse?

—¿Quién puede saberlo más que él? Es el legítimo heredero, pero... después de tantos años...

—¿Qué pensará de que su padre se haya vuelto a casar? —Sidonie no pudo evitar expresar su temor en voz alta.

Nola no contestó. La inquietud de su señora se multiplicaba en ella, que conocía los motivos por los que el muchacho había abandonado su hogar. Dudaba de que le agradara la idea de que su padre se hubiera casado otra vez, pero tal vez las circunstancias de la vida hubieran atenuado los rencores y los reproches. En cualquier caso, el señor de Clifden ya había fallecido y la joven De Clare no era más que una muchacha inocente elegida por su padre, que nada sabía de su pasado.

La pregunta de Sidonie quedó sin respuesta, pero otras preocupaciones surgieron y no volvió a insistir.

—¿Has hablado con el ayuda de cámara del señor para que le preste sus servicios si es necesario? No sabemos si traerá sus propios sirvientes y... ¡oh! Tal vez esté casado y venga con su propia familia...

—Pudiera ser... el señor debe tener ahora unos veintisiete años. En cualquier caso, iremos solventando todos estos asuntos conforme se vayan presentando, no se preocupe, señora.

—Quizá haya dejado a su familia en Norteamérica. Es un viaje muy largo si tiene niños pequeños... Supongo que a Dugan le hubiera gustado conocerlos...

—Probablemente...

Sidonie recordó que nunca había escuchado a su esposo pronunciar deseo alguno sobre su hijo. Fue toda una sorpresa para ella saber que tenía un descendiente, y esa sorpresa se multiplicó por mil cuando lo oyó pedirle a su abogado que lo buscara, pues no sabía en qué parte del mundo se encontraba, ni siquiera si estaba vivo o muerto. Imaginaba que a Dugan le hubiera gustado conocer a sus nietos, pero todo se volvía borroso cuando se trataba de discernir qué hubiera pensado su esposo. No llegó a conocerlo, en realidad.

—No se preocupe demasiado, señora, y coma, se lo ruego. Nosotros nos ocuparemos de atenderlo adecuadamente, tanto si viene solo como acompañado. Usted representará una grata bienvenida y le ayudará a paliar el dolor por la pérdida de su padre. Saber que en sus últimos días estuvo acompañado por una esposa atenta y cariñosa le granjeará su gratitud. —Nola quiso aliviar la inquietud de su señora y puso voz a unos pensamientos que no la acababan de convencer. No estaba segura de que fuera del agrado del joven señor De Clare que su padre hubiera vuelto a contraer matrimonio.

Uno de los sirvientes entró en aquel momento en la sala. Resoplaba sin resuello.

—Desde la torre... he visto... un jinete que cabalgaba por la playa... parece que viene hacia aquí.

—Quizá traiga noticias del señor De Clare... —insinuó Sidonie.

—O quizá sea el propio Corrigan de Clare, surgido del infierno —murmuró Nola.

En esos momentos el jinete, a lomos de un impresionante caballo negro, trotaba sobre el promontorio cercano al cementerio y rodeaba las tumbas de los señores De Clare. Sujetaba con fuerza las riendas del caballo mientras este corcoveaba plegándose a la exigencia de su dueño, quien lo dirigía con mano de hierro pese a su fortaleza y su espíritu indómito. Los ojos del hombre se posaron sobre la antigua tumba de Jane de Clare, Jane Slade en su juventud, para después dirigir una fría mirada a la lápida reciente de Dugan de Clare.

El caballo pisoteó las flores que Sidonie amorosamente había dejado el día anterior antes de enfilar en dirección al castillo como si lo persiguieran los demonios.

Capítulo 4

Sidonie y Nola lo vieron acercarse a través de la ventana del salón que daba a la fachada exterior y acompañadas por el ayuda de cámara salieron a darle la bienvenida, bajo una ligera llovizna, resguardadas por el alero de la entrada principal.

Sidonie, en el centro, agradeció la presencia de los sirvientes a su lado. Bajo los escalones de la entrada, el mozo de cuadras esperaba para hacerse cargo del caballo, y ella sabía que la llegada del desaparecido heredero era observada por el resto de los criados del castillo desde otras ventanas. Nadie podía resistirse a captar la primera impresión que el hijo del amo mostraría al retornar a su hogar tras largos años fuera.

Conforme se acercaba, Sidonie comenzó a experimentar un temor que iba más allá de la inquietud del momento. Aquella figura, la capa negra ondulante al viento, su porte... le recordó de manera inmediata al hombre que había visto bajo la ventana la noche en que cayó el rayo sobre el serbal.

El jinete refrenó su caballo al llegar a la entrada, los contempló desde su montura. De forma inconsciente, Sidonie contuvo la respiración. Si la hubiera mirado con ojos en llamas hubiera

asegurado que era aquel extraño que observó bajo la tormenta. Sin embargo, los ojos oscuros del hombre se posaron en ella con intensidad, la recorrieron con su mirada, antes de bajarse del animal, y entregárselo al mozo sin dejar de observarla.

Era un hombre alto, de hombros anchos y complexión atlética, con músculos que se vislumbraban bajo la camisa y los pantalones ceñidos tal y como dictaba la moda. Llevaba el cabello negro largo a la altura de los hombros, recogido en una coleta, y algunos mechones de pelo se escapaban y caían a ambos lados de la cara. Un ligero rastro de barba marcaba una mandíbula irresistible, en un rostro atractivo y poderosamente masculino.

Sin embargo, Sidonie apenas pudo apreciar las virtudes físicas del hombre, demasiado preocupada por la impresión que su presencia le causaría y por evitar azorarse en exceso ya que el desconocido la contemplaba, una vez que subió los escalones de la entrada, con condescendencia desde su estatura.

Se detuvo frente a ella y levantó una ceja. Ni un solo sonido salió de su garganta y Sidonie se obligó a intervenir.

—¿Con quién tengo el placer de hablar? ¿Es usted Corrigan de Clare?

—¿Acaso esperan a alguien más? —Una voz grave, sensual, con un deje irónico salió de la garganta de aquel caballero. Aquella expresión y la mirada que la acompañó consiguieron sonrojar a la muchacha.

—Bienvenido a Clifden, señor De Clare —musitó Sidonie.

—¿Quién es usted? ¿Con quién tengo, a mi vez, el placer de hablar?

La joven se mordió el labio inferior, nerviosa. Aquel hombre no estaba enterado del matrimonio de su padre.

—Soy... Sidonie de Clare, la esposa... viuda de su padre.

—Dugan de Clare ha muerto...

Sidonie asintió, incapaz de añadir información alguna. ¿Es que nadie había informado al hijo de lo ocurrido?

—La esposa de Dugan es Jane Slade. No reconozco ninguna otra señora de Clifden.

Aquellas contundentes palabras hundieron en la miseria a Sidonie, quien abrió la boca para contestar, pero nada consiguió decir ante la sorpresa. En ese momento, el ama de llaves salió en su defensa.

—Corrigan, contén tu lengua y habla con respeto a la mujer que tu padre eligió y que lo cuidó en sus últimos días. Hace doce años que dejé de verte, jovencito, pero espero que no hayas olvidado las enseñanzas sobre educación y cortesía que tanto tu madre, Dios la tenga en su gloria, como yo te inculcamos en esa dura cabecita.

—¿Nola? ¿Nola O'Donnell, eres tú? —le preguntó dibujando una enorme sonrisa que mudó por completo la expresión de su rostro y lo hizo más cercano y amable.

Dio un paso hacia ella, pero la mujer lo detuvo con un gesto.

—Solo yo sé lo mucho que te he echado de menos y lo que nos hiciste sufrir con tu marcha, pero no permitiré que me abraces a menos que te disculpes con la señora en este preciso momento.

—Nola... —le advirtió en un tono que sonó peligroso.

—Sidonie de Clare, hasta hace menos de un año Sidonie Beauchene, se casó con tu padre en mayo del pasado año y ha sido la más atenta de las enfermeras y la más dulce de las compañías mientras el señor estuvo enfermo. Lo acompañó hasta el final de sus días. Deberías agradecérselo.

Corrigan levantó la cabeza y la miró altivo, permitiendo que ella contemplara la masculina línea de su cuello y los músculos en tensión de su mandíbula.

—Es un placer, señora, y toda una sorpresa encontrarla en Clifden.

Sidonie desvió la mirada en cuanto el caballero hubo dicho aquel amago de disculpa. Asintió y se apartó de la puerta para dejarlo entrar.

—Usted primero..., señora De Clare. —Lo oyó decir, aunque detectó el tono irónico al nombrarla.

Sidonie no se hizo rogar y entró. No se volvió al escuchar como Corrigan y Nolan se abrazaban y esta, emocionada, le decía: «Mi querido niño... ¡Cuánto has cambiado! ¡Apenas te reconozco!». La risa del hombre sobresaltó su corazón. Se dirigió a la salita, sin dilación, para intentar recomponerse antes de que decidieran seguirla.

Al poco llegó Nola. Sola. Al comprobar que nadie la acompañaba, la muchacha exhaló un suspiro contenido.

—Corrigan..., el señor De Clare me ha pedido que lo disculpe, va a tomar un baño y a mudarse de ropa. Me ha dicho que ha cabalgado durante muchas millas y necesita refrescarse. La verá durante la cena.

—¿Le ha dicho que nos acompañará el padre Sullivan? Espero que no tenga inconveniente.

—Se lo he mencionado y no ha objetado nada. Su madre también solía invitar al sacerdote de la parroquia a comer de vez en cuando... aunque el señor no era demasiado practicante. Estoy segura de que se comportará, señora, no puede haber olvidado sus modales... Le ruego que no le tenga en cuenta su salida de tono en la entrada... Debió ser la impresión de descubrir que su padre se había casado de nuevo.

—Lo comprendo... —musitó Sidonie.

Nola se marchó y Sidonie se quedó a solas con sus pensamientos. Aquel hombre, el hijo de su esposo, la asustaba y fascinaba por igual, reconoció. Su vida era un misterio que suponía iría desvelando

conforme pasara el tiempo. Confió en que tolerara su presencia, ella no iba a marcharse de Clifden en ningún caso, y tal vez, con el tiempo, se acostumbraría a verla en el castillo e incluso se decidiera a contarle retazos de su vida, de su pasado y del de su esposo. Caviló que pudiera ser que su estancia no se prolongara demasiado si una familia lo aguardaba en alguna parte del mundo.

Intentaba pensar con amabilidad sobre el heredero de Clifden, puesto que compartiría su morada con él a partir de ese momento, aunque en el fondo no dejaba de darle vueltas a la idea de que su imponente porte se ajustaba perfectamente a las hechuras del desconocido que había vislumbrado la noche anterior bajo la tormenta.

Pero eso no tenía ningún sentido, porque... ¿qué iba a estar haciendo Corrigan de Clare en el páramo en una noche como aquella sin reclamar la entrada en su propio castillo?

Capítulo 5

La cena tuvo lugar horas después en el suntuoso comedor principal, Sidonie creyó que sería lo apropiado para recibir al recién llegado, quien al fin y al cabo era el dueño de todo. Dejó libre el asiento que presidia la mesa para que lo ocupara.

Cuando llegó aseado, con el cabello mojado peinado hacia atrás y vestido con ropas limpias, le presentó al padre Sullivan, quien le transmitió su pésame, y este se sentó frente a ella, uno a cada lado del nuevo señor de Clifden.

Corrigan deambuló por el salón, a pesar de que el resto de los comensales ya lo esperaban ubicados en la mesa. Se entretuvo examinando los retratos y paisajes que adornaban y embellecían las paredes, como refrescando recuerdos pasados o comprobando que todo estuviera en su sitio.

Sidonie no sabía qué podría haber cambiado. Apenas llevaba diez meses viviendo en el castillo y no tenía idea de qué innovaciones habría hecho su esposo tras la marcha de su hijo.

Contuvo la respiración cuando el caballero detuvo su deambular para contemplar el cuadro que presidía la estancia, situado encima de la imponente chimenea familiar. Era el retrato de su madre, una

bella mujer de cabello negro y ojos tristes. Los ojos y el pelo oscuro la asemejaban a su hijo; por lo demás, Corrigan tenía cierto parecido con su padre. Ella había visto el cuadro de Jane de Clare alguna vez en la que había entrado en el comedor. Sin embargo, nunca había comido con Dugan en ese salón, solían hacerlo en una sala más pequeña y acogedora cuando él aún se encontraba con fuerzas.

El caballero contempló la imagen de la anterior señora de Clifden, pensativo, y tras un rato posó sus ojos sobre Sidonie.

La muchacha estuvo a punto de dar un respingo, pero se sujetó al asiento con las dos manos, sintiéndose observada y, probablemente, comparada con la antigua señora. Bajó la cabeza.

Oyó los pasos del hombre acercarse hasta ella, rodearla y situarse frente a su asiento. Su voz grave se oyó clara en aquel silencio.

—Discúlpenme por mi tardanza en acompañarlos. No he querido ser maleducado, pero son muchos años fuera de... mi hogar y no he podido evitar abstraerme...

—No se preocupe, señor De Clare. Puedo entenderlo. Hay una especie de leyenda en torno a su marcha que no ha hecho sino crecer con el tiempo... —comentó el sacerdote.

—¿Es eso cierto? —ironizó el caballero—. ¿Y qué se dice, si puede saberse? —preguntó, a la vez que tomaba asiento.

—Bueno... yo hace tan solo unos años que estoy al frente de la vicaría de Clifden, no me encontraba aquí cuando usted se marchó, pero, al parecer, no dijo a nadie dónde iría, desapareció sin dejar rastro, y teniendo en cuenta que era usted el hijo del miembro más preeminente de la comarca, su futuro heredero, y que este acababa de enviudar...

—Sí —lo cortó en seco Corrigan—. Pobre señor De Clare. Pobre señor De Clare. Abandonado por su esposa y su hijo al mismo tiempo... —Sidonie no pudo evitar mirarlo al detectar el tono amargo

en su voz. Este la contempló a su vez y se dirigió a ella—. Pero no me caben dudas de que se repuso de su pesar y encontró alivio a su pena y un placentero solaz entre los brazos de una bella dama.

La joven no supo qué decir ante tan mordaz crítica. De nuevo, su acompañante acudió a matizar las malintencionadas palabras del hombre.

—La señora De Clare, pese a su juventud, ha sobrellevado de forma muy valiente los avatares del destino. No pudo tener su padre una compañera más atenta y diligente. Fue una lástima su temprana pérdida.

—Apenas estuvimos cinco meses casados... —Aquellas palabras de Sidonie salieron de sus labios casi sin pensar, en un susurro que, sin embargo, oyeron con claridad los hombres en el silencio de la estancia.

—¿Tan solo cinco meses? ¿Ya se encontraba enfermo el señor de Clifden cuando se desposó con él? —Quiso saber Corrigan.

—Lo conocí en Brighton, a donde había ido a reponerse de un malestar, pero no supe... que se trataba de algo tan grave. En realidad, nunca pensé...

—¿Que acabaría convertida en una viuda rica?

La cuchara que sostenía el reverendo cayó sobre el plato con estrépito, quien contempló cómo, frente a él, Sidonie mostraba en su rostro la huella de una profunda humillación ante la insinuación del hijo de su esposo. El impulso de la joven de defenderse fue más fuerte que su temor.

—No. Nunca lo pensé. En realidad, apenas tuve tiempo de hacerlo. Nos casamos en seguida y enfermó de gravedad al poco... Ni siquiera me enteré de lo que era estar casada cuando tuve que enfrentarme a la viudedad; y en lo que respecta a mi... situación económica, estoy segura de que no ha acudido usted al

administrador puesto que nada sabe de las disposiciones de mi esposo.

Corrigan la escuchó atento, sin perder una sola de las palabras que salía de los labios de la tímida muchacha. Experimentó una punzada de piedad por las circunstancias de la joven viuda, pero en seguida se dijo que no iba a dejarse influenciar por su aparente pena. Tenía muy claro a qué había acudido a Clifden y actuaría tal y como pensaba, sin dejarse afectar por avatares ajenos.

—Es lo primero que pienso hacer mañana tan pronto me levante —la informó.

Un silencio tenso se adueñó de la estancia. El carraspeo del sacerdote y su pregunta ayudó a relajar en algo el ambiente.

—¿Y piensa quedarse en Clifden, señor De Clare?

—Me marcharé tan pronto resuelva mis asuntos.

—¿Y podría preguntarle dónde tiene pensado dirigirse? ¿Cuenta con alguna residencia permanente en algún lugar? —volvió a insistir el sacerdote.

Corrigan pareció pensarse la respuesta durante unos segundos.

—No cuento con una familia a la que pueda llamar «mía» al otro lado del océano, aunque sí tengo obligaciones. Una vez que las resuelva, mis pasos se encaminarán hacia donde mis deseos me lleven.

—¿Se guía por sus deseos? ¿En todos estos años alejado de Irlanda no sintió la necesidad de fundar su propio hogar, de tener esposa, hijos...? —le preguntó sorprendido el padre Sullivan.

—Soy un espíritu libre, padre. Nada me ata a Clifden ni a ningún otro lugar. Considero que ese es el mejor estado de un hombre.

—Puedo entenderlo, señor De Clare. Los sacerdotes también nos vemos en la obligación de no estrechar lazos a causa de nuestro constante peregrinar de una comunidad a otra...

Una carcajada brotó de la garganta de Corrigan.

—Dudo que tengamos demasiado en común, padre Sullivan. Le aseguro que sus experiencias de vida no se parecen en lo más mínimo a las mías. Suelo estrechar lazos de una manera que usted jamás osaría imaginar —miró de manera inapropiadamente sensual a Sidonie, quien lo oía atenta—, podríamos decir que mi amor al prójimo tiene un carácter meramente femenino y carnal, y mis acciones implican mi bienestar únicamente.

El sacerdote se mostró abochornado y dirigió una mirada fugaz a la dama sentada justo enfrente, que parecía sonrojarse por momentos ante la forma de expresarse y el carácter que mostraba el hijo de su esposo.

Si Sidonie hubiera estado sola, caviló, se hubiera marchado al inicio de la conversación, pero en deferencia al sacerdote, al que había invitado precisamente para no encontrarse desamparada en su primera comida con Corrigan de Clare, se obligó a permanecer sentada mientras este exponía con absoluta desfachatez sus desvergonzados pensamientos.

—Señor De Clare, nunca es tarde para retomar el sendero de la rectitud.

—Sí, supongo que eso es lo que pretendía mi padre cuando se casó con su nueva esposa, retomar el sendero del bien y tal vez... ¿engendrar un nuevo heredero?

Sidonie estuvo a punto de levantarse de la silla; sin embargo, las piernas la desobedecieron y permaneció sentada observando al caballero, con la boca abierta.

—¿Es eso posible? ¿Debo esperar un hermanastro a estas alturas? —Como ella nada contestaba, él continuó—: No, no hay rastro alguno en su figura que delate...

—No. —Su negación fue categórica—. No debe temer que un

hermano le haga sombra.

Una sonrisa odiosa y, sin embargo, tentadoramente atractiva asomó a las comisuras de los labios de Corrigan. Sidonie enfrentó su gesto echando chispas por los ojos. Él aguantó aquella mirada condenatoria reconociendo que podría perderse en la profundidad de sus ojos azules y en la humedad de sus labios sedosos.

El padre Sullivan suspiró. Mientras comían en silencio pensó que aquel acercamiento al nuevo señor de Clifden se le estaba escapando de las manos. Había imaginado una vida difícil y dura para un joven huido a la edad de quince años, pero el hombre que tenía ante sí traía un bagaje que hacía patente una vida salvaje, alejada de las más elementales normas de cortesía. Se fijó en la joven viuda y sintió lástima por el tiempo que tuviera que compartir su estancia con él. Decidió acudir en su ayuda y liberarla de su presencia tan pronto el postre fue servido.

—Señora De Clare, me temo que se ha hecho muy tarde y, si es tan amable, me gustaría que pidiera el coche para regresar a la vicaría. Ha sido una cena... muy intensa, sin duda alguna.

—Gracias, padre, por su compañía. —La muchacha le hizo una señal al criado que aguardaba apostado a la puerta, y este salió en busca del carruaje—. Ha sido muy amable por acompañarnos.

—No dude en repetirlo en otra ocasión, vicario Sullivan —añadió Corrigan, con una sonrisa burlona.

En cuanto el sacerdote subió al carruaje y este se puso en marcha, Sidonie musitó una despedida y subió a su alcoba. Una vez en ella, paseó mortificada, sin sueño, a lo largo y ancho de la estancia, recordando la conversación en la mesa, los desplantes de aquel que se había convertido en su hijastro... Un curioso hijastro que era siete años mayor que ella, que no le guardaba el respeto debido y del que había aprendido en tan solo unas horas a temer

cada palabra que salía de su boca porque ninguna consideración le guardaba a su persona.

Él la veía como una arribista, caviló. Una mujer que se había casado con su padre enfermo por lo que heredaría. Nada más alejado de la realidad. Antes de casarse, Sidonie solo había sabido que su esposo podría ocuparse de ella y que ya no iba a resultar una carga para su familia.

Y aunque ahora era consciente de la magnífica posición del señor de Clifden, nada de ello le pertenecía. Dugan le había dejado todo a su heredero y a ella le quedó una pequeña renta mensual y el usufructo, el derecho a vivir en el castillo, en tanto no volviera a matrimoniar.

Pudo cederle alguna de las viviendas que poseía en el pueblo, en Londres, incluso, y, sin embargo, un moribundo Dugan le hizo prometer que viviría en el castillo hasta el fin de sus días si no se casaba de nuevo.

Y ella se vio obligada, para tranquilidad del enfermo, a jurar que no abandonaría el castillo de Clifden. Lo hizo sin pensarlo demasiado, con la total seguridad de que jamás volvería a casarse.

Si su hijo creía que el interés era lo que la había unido a su padre, cuando hablara con el abogado iba a descubrir que el señor de Clifden le había resuelto la vida, pero no la convertido en una mujer rica y libre. Todo lo contrario. La había atado al castillo, sin pertenecerle. No moriría de hambre, pero solo tendría para sus gastos más precisos y un majestuoso techo sobre su cabeza en un páramo de Irlanda.

Afortunadamente, reflexionó, Corrigan de Clare pensaba marcharse pronto a dondequiera que sus pasos lo llevaran y no se quedaría a vivir allí. No podía imaginar una tortura mayor que convivir con ese hombre bajo el mismo techo.

Se disponía a meterse entre las sábanas cuando oyó unos pasos quedos fuera, en el pasillo. El leve sonido se detuvo frente a su puerta y ella temió que quien quiera que fuera se atreviera a entrar. Estuvo tentada de apagar la vela que anunciaba que aún estaba despierta, pero sintió el temor de que la puerta se abriera y no consiguiera ver de quién se trataba. Aunque, en realidad, no tenía duda alguna. Estaba segura de que se trataría de él, de Corrigan.

El silencio le permitió incluso oír una respiración agitada tras la puerta. Se preguntó con temor qué clase de hombre sería el nuevo señor de Clifden y si se atrevería a molestarla en su lecho. ¿Sería capaz de...? ¿Tendría una moral tan envilecida como para osar asaltarla en su dormitorio? Sidonie recordó el serbal en llamas, al árbol que protegía contra el mal y al que el fuego había destruido ante sus ojos. Un escalofrío le recorrió la piel.

En ese momento, los pasos se alejaron. La muchacha tardó algún tiempo en serenar los latidos atronadores de su corazón. Se acercó con rapidez hasta la puerta y echó la llave.

Se metió enseguida en la cama y se tapó con las sábanas. Creyó que no conseguiría quedarse dormida, pero las emociones del día consumieron su energía y cayó presa de un sueño intranquilo.

Si se hubiera asomado al balcón hubiera visto una silueta familiar atravesando el páramo, dejando atrás el serbal, caminando en dirección al acantilado.

Capítulo 6

Por la mañana, Sidonie desayunó sola. Corrigan se había levantado al amanecer y se había marchado sin decir dónde iba. La muchacha supuso que habría ido a visitar al administrador. Seguramente levantaría al anciano de la cama.

Se dispuso a acudir a la iglesia y después aprovecharía para hacer algunas compras por el pueblo, por lo que pidió que le prepararan el faetón que ella misma se encargaría de manejar.

Montó en el sencillo y ligero coche tirado por un caballo y se marchó a atender la homilía del padre Sullivan. No eran muchos los feligreses que acudían a su parroquia. Su confesión protestante lo alejaba de la mayoría católica; aun así, todos lo reconocían como un buen hombre y charlaban con él sin pensar demasiado en las diferencias que los separaban.

Algo parecido le sucedía a Sidonie. Durante sus primeros paseos por el pueblo, la muchacha notó cierta hostilidad por su procedencia inglesa. La Corona británica había tomado a la nación irlandesa bajo su yugo y eran muchos los que no perdonaban que se les hubiera privado de su independencia y luchaban por ella en secreto, al no poder enfrentarse abiertamente ya que aquello les valdría la pena de

muerte.

El hecho de ser inglesa y de que se hubiera casado con un irlandés sometido con gusto a los caprichos de los ingleses predisponían a los habitantes del pueblo en su contra. Sin embargo, su dulzura, el escaso agrado por la política que Inglaterra practicaba con ellos y de la que comenzó a ser consciente al poco de llegar, su trato afectuoso, la muerte de su esposo y su joven y solitaria viudedad la habían rodeado de un aura que llamaba a la compasión sobre su persona.

Sidonie supo ganarse a sus vecinos con su trato cercano. Desconocía que las circunstancias de la vida anterior de su marido la habían convertido casi en una heroína por atreverse a casarse con él.

Después de la misa, la joven se acercó hasta la sacristía para agradecerle al padre Sullivan su visita la noche anterior y para disculparse por el bochorno sufrido por parte de Corrigan de Clare.

El sacerdote se encontraba ordenando sus libros, una vez que se hubo despojado de la toga y la estola.

—Padre Sullivan...

—Mi querida Sidonie de Clare, ¡qué placer volver a verla! ¿Cómo se encuentra?

Percibió cierta ansiedad en la voz del párroco. Se preocupaba de veras por ella.

—Bien, padre. Quería agradecerle el habernos acompañado anoche. Su presencia fue muy importante para mí, no imagina cuánto...

—Sí, puedo imaginarlo.

—Yo... siento mucho el comportamiento de... del señor De Clare.

—No le corresponde a usted disculparse, y créame que no me produce sorpresa alguna la actitud de Corrigan de Clare teniendo en

cuenta... sus pasados sufrimientos.

—¿Qué sucedió, padre? Dígamelo para que pueda comprenderlo yo también. ¿Tiene que ver con... la situación de su madre?

—¿Se refiere a su entierro fuera del camposanto? —Sidonie asintió. El sacerdote compuso una mueca de preocupación y se aclaró la voz—. Todo esto que voy a contarle lo supe a lo largo de los años pasados aquí. Yo no era párroco de Clifden en aquel tiempo. Jane de Clare se suicidó arrojándose desde una de las torres del castillo. Su hijo Corrigan acababa de cumplir quince años. Ellos... estaban muy unidos. Era su único hijo, y en cuanto a forma de ser eran muy parecidos. Ella atendía la causa irlandesa, provenía de una familia humilde, mientras que su esposo despreciaba el exacerbado nacionalismo irlandés y se posicionaba en favor de la Corona británica.

—¿Su suicidio fue lo que la expulsó de la iglesia?

—Así fue. Nadie que cometa el pecado de atentar contra su propia vida entrará en el reino de los cielos. Su alma vagará eternamente. De cara a la gente, el señor De Clare, su difunto esposo, pudo haber disimulado, haber fingido un accidente... Hay quienes lo hacen para ocultar la vergüenza, para que el familiar pueda ser enterrado en el cementerio, en tierra consagrada, pero Dugan de Clare no ocultó la verdad... Pudo haberlo hecho por su hijo al pensar en el deshonor que aquello implicaría, pero no lo hizo...

—Todo el mundo supo del suicidio, entonces, aunque no se habla de ello con claridad. Tal vez Dugan se arrepintió con los años y por eso quiso acompañarla cuando murió. ¿Por eso pediría ser enterrado junto a ella, fuera del camposanto?

—Tal vez le remordiera la conciencia, señora De Clare... ¿No lo sabe usted?

La muchacha elevó sus ojos al sacerdote y estos mostraron un

profundo dolor.

—No lo sé, padre... —reconoció—. No sé nada.

—Corrigan es un hombre herido. Quién sabe cuánto rencor, cuánto sufrimiento atesora su corazón... Debe tener paciencia y no dude en acudir a mí si lo necesita.

La joven viuda salió del recinto eclesiástico con un millón de preguntas aún sin respuesta. ¿Por qué? ¿Por qué Jane acabó con su vida si dejaba atrás, desamparado, a su único y querido hijo? No había querido insistir más al padre Sullivan, pero se propuso averiguar como fuera qué había ocurrido. ¿Quién era Dugan de Clare? ¿Con qué clase de hombre, con qué alma atormentada se había casado?

Dejó el faetón en el patio trasero de la parroquia y sin dejar de pensar en lo que el vicario le había contado, se encaminó al centro del pueblo para encargarse de algunas compras que efectuó de forma automática, sin detenerse demasiado en lo que tenía entre las manos, sus pensamientos dando vueltas en torno a Jane Slade y su hijo.

Salió de la oficina de correos donde había acudido a enviar una carta a sus hermanas. Se dispuso a cruzar la calle, sin mirar, cuando un cochero la interpeló de malos modos al no pararse y estar a punto de ser arrollada. Los paquetes cayeron al suelo. Se agachó a recogerlos y un caballero la atendió de inmediato. Levantó la cabeza al percatarse de su presencia y se encontró con los ojos claros de su vecino Patrick Lackland.

—Señora De Clare, ¿se encuentra bien?

—Señor Lackland... Sí, gracias. He sido poco precavida, me temo.

El caballero la tomó de la mano y la ayudó a levantarse.

—Se encuentra muy pálida.

—Yo..., es por el susto a causa del carruaje. No tiene importancia.

—Tengo mi coche cerca, ¿me permitiría acompañarla a casa?

—No se preocupe, no he venido andando. Le he hecho caso por una vez —se obligó a sonreír— y he traído mi faetón. Lo dejé en el patio de la parroquia, me disponía a ir a buscarlo.

—¿Tendría inconveniente en que la acompañara y la ayudara con los paquetes?

—No, por supuesto que no.

Caminaron juntos a lo largo de la calle principal. Sidonie le daba vueltas en su cabeza a la idea de preguntarle por lo acontecido a la madre de Corrigan. No sabía si sería apropiado o no, en realidad no tenían demasiada confianza. Lackland había sido uno de los pocos que había acudido regularmente a visitar a su marido y a interesarse por su enfermedad, pero no tenía mayor afinidad que el agradecimiento por su preocupación hacia Dugan. Al fin, el propio Lackland sacó el tema.

—Se rumorea que el hijo de su esposo ha vuelto, ¿es eso cierto?

—Sí, llegó ayer.

—No me dijo nada cuando nos vimos en la iglesia, ¿acaso no lo esperaba?

—Nos avisó con muy poca antelación, fue todo tan repentino...

—Y sorprendente... El regreso de Corrigan de Clare después de doce años desaparecido por completo es casi como si los muertos se levantaran de sus tumbas. Confieso que pensaba que no habría sobrevivido a sus padres.

—Su madre... —Sidonie lanzó la duda sin pensar un segundo más —. ¿Podría preguntarle...? ¿Por qué... por qué lo hizo? ¿Y por qué se marchó él?

El caballero la miró asombrado un momento. Suspiró.

—Usted no sabe lo que ocurrió.

—Todo es tan misterioso. Nadie me contó nada.

—Ni siquiera su esposo. —Sidonie negó con la cabeza—. No me extraña...

La muchacha lo miraba con atención, ávida por conocer lo ocurrido. Y teniendo en cuenta que Corrigan de Clare se encontraba bajo su mismo techo, Lackland pensó que, aunque la historia era cuando menos escabrosa y podía herir la sensibilidad de la dama, ella merecía conocer la verdad.

—Señora De Clare, Irlanda pertenece a la Corona británica desde principios de siglo, pero esto no era la voluntad del pueblo. Falló la labor política y prevaleció el deseo imperialista de los ingleses. Aunque usted es inglesa, no desconoce que los irlandeses preferirían gobernarse ellos mismos a que lo haga la reina Victoria y su Parlamento.

—Noté cierta animadversión hacia mi persona al principio...

—Usted representaba al pueblo inglés y era la esposa de un caballero muy odiado por los nacionalistas. Su esposo, aunque irlandés, se posicionó del lado de los ingleses, como anteriormente hicieron sus antepasados. Lo que marcaría la diferencia fue... el trato cruel hacia sus compatriotas durante la mayor hambruna de la historia de la isla. Cuando los cultivos de patata contrajeron el hongo que pudría y arruinaba la cosecha, el pueblo se vio sin nada que llevarse a la boca. Comenzó entonces una época de hambre, muerte y emigración que dejó a Irlanda con menos de la mitad de sus habitantes.

—Oí hablar de la emigración masiva.

—Usted sería muy joven, prácticamente una niña. Estos hechos se remontan a quince años atrás. Lo que no oiría en Inglaterra fue que el Gobierno inglés prohibió que se enviaran barcos con alimentos para ayudar al pueblo hambriento y permitió una mortandad masiva de hombres, mujeres y niños. Llegaron navíos desde el continente

europeo para ayudarnos, desde los Estados Unidos, pero prohibían su entrada en Irlanda. Fue un genocidio consentido...

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—¿Y por qué no? ¿No es esa la manera que tiene el imperio de castigar a los que se rebelan en sus colonias? En Clifden la gente buscó la manera de sobrevivir con el contrabando. De alcohol, tabaco, alimentos, lo que fuera... En la playa de Clifden, a los pies del acantilado donde se encuentran el castillo y el cementerio, tenían lugar actividades que su esposo consideró delictivas y que no dudó en denunciar a la Corona.

Sidonie tragó saliva. No conseguía ver la relación con el suicidio de Jane Slade, pero todo aquello era sórdido y hablaba muy mal de la clase de persona que era su esposo.

—¿Dugan no ayudó a los vecinos de Clifden?

—¿Ayudarlos? —Lackland se echó a reír—. Su relación y sus negocios con los ingleses le importaban más. Le reportaban beneficios. Posicionarse del lado del pueblo habría sido muy poco conveniente para sus intereses. Dugan supo de un intercambio en el que participarían muchos de los vecinos de Clifden y que sería la forma perfecta de atraparlos de una vez por todas. Lo puso en conocimiento de las autoridades. Aquella noche los cazaron como a conejos en una madriguera. Los que no murieron en la refriega fueron llevados a juicio y condenados. El padre de Jane Slade murió combatiendo en la playa, su hermano fue apresado.

—¿Los familiares de Jane vivían en el pueblo?

—Jane pertenecía a una familia humilde. Dugan de Clare se prendó de su belleza y se casó con ella. La joven no pudo negarse, trató de sacar a su familia de la miseria, aunque el señor de Clifden no fue demasiado generoso y el padre de Jane, un activista irlandés, no se quedó de brazos cruzados cuando sus convecinos comenzaron

a morir de hambre.

—¿Qué ocurrió con su hermano?

—Se dice que Jane suplicó a su esposo que lo liberara, pero este se negó y aludió a un escarmiento. El joven, que tenía un par de años más que el hijo del señor de Clifden, fue sometido a juicio y condenado. Murió ahorcado. Jane no pudo soportarlo.

Sidonie se detuvo y se apoyó sobre la cerca que conducía al patio trasero de la iglesia. Notó como si le faltara el aire. Apenas podía creer lo que oía.

—¿Es... esto... lo que ocurrió?

—Perdóneme si la he perturbado, pero usted quería saber... merecía saber... la verdad.

—¿Qué clase de monstruo era Dugan de Clare?

—No sea tan dura con él y piense en su posición y en sus circunstancias. Él luchó por proteger lo suyo. Actuó dentro de la legalidad.

—¿En serio lo disculpa?

—Señora De Clare, puedo comprender su postura perfectamente. Si en mis tierras se produjeran actividades de contrabando también actuaría con firmeza.

—¿Aunque se debieran a la lucha por sobrevivir, por alimentar a los hijos?

—Son actividades delictivas y mis intereses están de parte del Gobierno británico.

—Señor Lackland, pensé que usted se compadecía del sufrimiento de su propio pueblo.

—Y lo hago. Pero entiendo que uno debe luchar por sus propios intereses llegado el caso.

Sidonie no podía entender semejante muestra de egoísmo. Le había hablado de las causas por las que se producía el contrabando,

la nula ayuda del Gobierno inglés y, sin embargo, era incapaz de ver la repulsiva resolución de aquel asunto. Al igual que Dugan de Clare... ¿con qué clase de persona se había casado?

Subió al faetón ayudada por Lackland. Se negó a que la acompañara a casa y musitó una despedida antes de azuzar al caballo para ponerse en camino con el horror rondando sus pensamientos.

Capítulo 7

En el camino de vuelta no cesó de dar vueltas en torno a lo que su vecino le había contado. La miseria de un pueblo hambriento y sometido, la inacción del gobierno, el contrabando, la denuncia por parte de su esposo que condenó a muchos de los hombres de Clifden. No era de extrañar que la hubieran mirado con odio y desconfianza al principio.

Finalmente, sus pensamientos la condujeron al sufrimiento de Jane Slade, quien perdió a su padre y días más tarde tendría que soportar el ajusticiamiento de un hermano apenas mayor que su propio hijo. Jane, quien se sacrificó por darle una vida mejor a su familia y en cambio tuvo que soportar como esta moría a manos de su propio esposo. No lo resistió y se quitó la vida, dejando a Corrigan a expensas de su padre... ¿Qué padecimientos habría experimentado un joven de apenas quince años ante tanta barbarie? Sidonie sintió una intensa piedad por el niño que Corrigan fue... No cabía duda de que su carácter actual era fruto de aquellas vivencias y de las posteriores. ¿Qué fue de él cuando huyó? ¿A dónde lo llevaron sus pasos? ¿Cómo consiguió sobrevivir solo?

Sidonie volvía en el faetón, pero sumida en sus pensamientos dejó

las riendas flojas, permitiendo al caballo avanzar a su ritmo, siguiendo el sendero aprendido que tantas veces había hecho.

No se dio cuenta, hasta que fue demasiado tarde, de que unos perros abandonados se acercaban al caballo con aviesas intenciones.

Los perros comenzaron a ladrar y a lanzar mordiscos a las patas del caballo, que se encabritó y, presa del miedo, echó a correr errático. A Sidonie se le escurrieron las riendas y cayeron bajo las patas del animal, dejándola sin posibilidad de controlarlo. Los canes quedaron atrás, pero el caballo corría descontrolado, desequilibrando el frágil e inestable faetón.

Sidonie intentó calmarlo, ordenándole parar: «Soooo...», pero el caballo continuaba con su temeraria carrera. La joven se agarró a ambos lados del pescante, convencida de que tarde o temprano el carruaje acabaría destrozado o volcaría.

Cerró los ojos y se dispuso a dar con sus huesos en el suelo, cuando oyó el piafar de un caballo galopando a su derecha. Al abrirlos contempló como un hombre saltaba sobre el desbocado animal, tiraba de las bridas y conseguía calmarlo poco a poco.

El faetón chirrió, la madera crujió, pareció que fuera a partirse en cualquier momento. Lentamente fue deteniéndose.

Sidonie trató de calmar los latidos de su corazón y el estruendo en su cabeza. Se obligó a soltar el agarre de sus dedos, que se veían lívidos, los brazos le dolían por la tensión. Y cuando fue capaz de enfocar su mirada, se encontró con los ojos oscuros de Corrigan de Clare que la observaban preocupados.

El hombre se bajó del caballo, lo palmeó y le susurró palabras que transmitían calma. Después se acercó a ella y extendió una mano para ayudarla a bajar.

Sidonie obedeció como un autómata, pero cuando posó sus pies en el suelo, sus piernas se negaron a sostenerla y se desplomó en

los brazos del caballero que había acudido en su rescate.

Quiso rebelarse ante la fragilidad de su ánimo, pero no pudo. Estaba demasiado impresionada, demasiado afectada, y hubiera caído al suelo si él la hubiera soltado.

Corrigan la acogió entre sus fuertes brazos como si no pesara en absoluto, y la recostó contra su pecho, mientras le acariciaba el cabello y musitaba junto a su oído: «Tranquila, está a salvo».

Aquel susurro masculino hizo estremecer cada fibra de su ser. Ella estaba segura de que él habría notado el ligero temblor que se apoderó de su cuerpo por completo, pero el caballero nada dijo.

Quiso dejarse llevar por la necesidad de corresponder a su abrazo y desahogarse sollozando de miedo, de susto, pero se obligó a recuperarse. Poco a poco la respiración fue normalizándose y, con gran dificultad, sus extremidades volvieron a obedecerla.

Se apartó de él cuando creyó que no se desvanecería. Se enfrentó a la profundidad de sus ojos que la contemplaban con una expresión indescifrable. La carrera había despeinado por completo su cabello, que, libre, se esparcía sobre sus hombros, la barba más pronunciada y la camisa abierta a causa del esfuerzo le daban un aspecto salvaje que la atemorizaba y cautivaba por igual.

Ella no percibió como su propia apariencia también subyugaba a Corrigan. Su rubio cabello despeinado, el rubor de sus mejillas, la intensidad de su mirada azul, los jadeos que se escapaban de sus labios plenos mientras la sostuvo entre sus brazos e intentaba recuperar el aliento.

—He sido una tonta... —se justificó—, perdí las riendas.

—No volverá a hacerlo.

—Desde luego, yo...

—No tiene mucha experiencia en conducir un faetón, ¿verdad?

—No es la primera vez, pero... no, no suelo usarlos demasiado.

—¿Por qué no pidió que la llevaran? ¿Acaso la viuda de Dugan de Clare no puede permitirse un cochero que la lleve?

—Prefiero hacerlo yo misma.

—No debería moverse sola por estos páramos solitarios.

Sidonie calló. Se encontraba demasiado atribulada como para iniciar una discusión. Él suavizó su gestó y le preguntó:

—¿Se encuentra bien? ¿Puede caminar con normalidad?

La muchacha asintió, avergonzada. Corrigan fijó su mirada en ella, como asegurándose de que realmente se encontraba repuesta.

—Voy a revisar si el coche está en condiciones de soportar el viaje hasta el castillo. Mientras, pasee un poco para que pueda recuperarse.

La joven caminó un rato por el sendero, sin dejar de observar cómo el señor de Clifden se interesaba por el estado del carruaje. Finalmente ató su caballo, que lo había seguido fielmente cuando saltó desde él para apoderarse del enloquecido animal de tiro, a la parte trasera del carruaje.

—Podemos marcharnos. No es probable que acabemos con nuestros huesos en el suelo en el camino a... casa.

—¿Va a acompañarme en el faetón?

—¿Cree que voy a dejarla conducirlo sola después de lo ocurrido?

—No volverá a suceder.

—No en mi presencia, desde luego.

Sidonie fue a replicar, pero Corrigan la cortó:

—Señora De Clare, es usted una molestia para mis planes, pero no soy el tipo de desalmado que abandona a una mujer en apuros a su suerte.

Y diciendo esto, la levantó en brazos como si fuera una pluma y la sentó en el pescante para, a continuación, subir de un salto y sentarse junto a ella en un reducido espacio pensado para un solo

conductor y que los obligaba a estar muy juntos.

La joven pudo sentir las piernas de acero de su acompañante, duras y musculadas, presionando contra las suyas. Por más que intentó evitar su cálido contacto no quedaba más espacio en aquel banco. Corrigan arreó al caballo y se puso en marcha. El cálido y firme roce de sus piernas fue una constante que tuvo que soportar.

—No le he dado las gracias.

—¿Por qué? —Quiso saber el caballero, extrañado.

—Me ha salvado. Saltó desde su caballo, a riesgo de su vida, para controlar el mío.

Él le dedicó una mirada divertida y una sonrisa encantadora asomó a sus labios.

—No ha sido nada, estoy acostumbrado a cosas peores. No deben quererme en el infierno todavía.

—No me ha dicho a qué se dedica...

—No, no lo he hecho... ¿Tiene ganas de una charla intrascendente, señora? —Antes de que Sidonie, con expresión indignada, pudiera contestarle, continuó—: Yo, en cambio, prefiero que hablemos del castillo y de su presencia en él.

—¿Qué quiere decir?

—Tengo la firme decisión de deshacerme de él en cuanto sea posible.

Sidonie abrió unos ojos como platos ante la afirmación.

—¿Quiere desprenderse de su herencia?

—Por completo. He comprobado tras mi charla de esta mañana con el administrador que a usted no le afecta lo que yo pueda hacer con mi patrimonio... excepto en el caso del castillo. Mi padre dejó una cláusula según la cual usted puede vivir en él en tanto no se case. ¿Piensa seguir morando en Clifden?

—Se lo prometí.

—¿Prefiere vivir en esta soledad a mudarse digamos a... Dublín, incluso Londres? Podría arreglar una vivienda que fuera de su agrado...

—No puedo hacerlo —lo cortó—. No me ha oído. Fue una promesa. Le di mi palabra a un hombre moribundo.

Corrigan la miró con ojos que echaban chispas.

—¿Le merece la pena el sacrificio? ¿Tan caro a sus afectos le resultó ese hombre?

—Era mi esposo, le debo lealtad, yo...

—No creo que llegara a conocerlo, en realidad...

—Probablemente tenga razón...

—¿Y aun así está dispuesta a mantener su promesa?

—No voy a romper mi palabra.

—El señor de Clifden ha muerto...

—Precisamente por eso. Ya no puedo retractarme de ella y no voy a hacerlo. ¿Usted no cumple sus promesas?

Una expresión de sufrimiento cruzó la mirada del hombre por un momento.

—Siempre cumplo lo que prometo.

—Entonces debe entenderme.

Corrigan permaneció pensativo un momento. Después le preguntó:

—¿Cuánto tiempo de luto deberá guardar aún?

Sidonie se sorprendió por la pregunta.

—Yo... Se suele guardar un año.

—Le quedan seis meses. Es demasiado tiempo, pero tal vez encuentre a alguien al que no le importe desposarse antes. No debe ser muy difícil... Sus virtudes hablan por sí solas —le dijo dedicándole una atrevida mirada mientras la recorría con la vista y se detenía en sus encantos femeninos.

Sidonie se removió incómoda, pero no podía apartarse de su lado o acabaría cayendo al camino. Se preguntó si tendría la fuerza suficiente para empujarlo a él y arrojarlo fuera del vehículo.

—¿Qué pretende? —le espetó indignada en extremo.

—Deberá casarse para que su promesa y la disposición de mi padre queden anuladas y yo pueda deshacerme del castillo.

—Yo... no tengo intención de hacerlo.

—Solo tiene que hacerse a la idea. ¿No querrá que venda el castillo con usted dentro?

—Es usted... es usted un miserable —le dijo lívida por el enojo—. ¿Venderá el castillo, las tierras, el cementerio familiar...? ¿Cómo puede...?

—¡Vendería mi propia alma si con ello borrara todo rastro de Dugan de Clare de la faz de la Tierra! ¿Pretende seguir viviendo en un castillo poseído por los fantasmas? ¿Por las almas en pena de aquellos a los que su bien atendido esposo mató o llevó al suicidio? ¡Está bien! ¡Hágalo! Pero sepa que en seis meses como máximo deberá estar casada o me desharé de ese edificio... ¡aunque tenga que quemarlo hasta los cimientos!

En ese preciso instante, Corrigan detuvo el faetón frente a la entrada y Sidonie aprovechó para huir de un salto de su lado. Le dio la vuelta al vehículo y corrió hasta la entrada para desaparecer en su interior.

Capítulo 8

Nola la vio atravesar el vestíbulo como una exhalación y desaparecer escaleras arriba en dirección a su alcoba. Se asomó al exterior y consiguió vislumbrar a Corrigan montado a caballo hacia al acantilado. Un mozo de cuadras se llevaba el faetón de la señora.

Subió a la habitación de Sidonie, preocupada. Llamó a la puerta y esperó el permiso.

Cuando entró, la joven señora se encontraba frente al espejo del tocador. Había deshecho por completo su peinado y se cepillaba el cabello, desganada y triste.

—¿Por qué nadie me contó...? —le preguntó al ama de llaves con cierto tono de reproche en la voz.

Nola le pidió el cepillo y continuó peinando con suavidad las suaves ondas rubias de la muchacha. Se fijó en la tristeza y amargura de sus ojos.

—Señora... ¿qué podríamos decirle unos criados? Eso no nos correspondía a nosotros —contestó la mujer sin saber muy bien qué era lo que la joven sabría.

—Pero después de que él murió...

—¿Y robarle su paz? ¿Con qué propósito? Usted creyó que su

esposo era un hombre intachable...

—Me hablaron del contrabando en la playa de Clifden como una leyenda, como si nada hubiera ocurrido, como si la muerte de decenas de hombres no tuviera que ver con el morador del castillo...

—A nadie le gusta hablar de ello, señora... Ocurrió hace años, pero las heridas siguen abiertas.

—He paseado por esa playa, por el acantilado y el cementerio, donde reposan los restos de mi esposo y de... Jane Slade. Creí que el viento traía el eco de lenguas de lejanas tierras, pero no era eso... Eran las almas errantes que susurraban sus lamentos.

—Señora, no hable así. —La mujer se persignó—. Deje a los muertos descansar en paz. Nada tienen que ver con usted.

—Me casé con Dugan de Clare...

—Sin saber de sus actos... Usted hizo lo que debía como una buena esposa. Lo cuidó y atendió... —«Y compartí su lecho...», pensó la joven, estremeciéndose—. Nada debe reprocharse.

La sirvienta dejó el cepillo sobre la mesa del tocador y, tomando unas horquillas, se dispuso a recogerle el cabello.

—No se moleste. Me duele la cabeza, creo que me acostaré un rato.

—¿No piensa comer, señora?

Sidonie negó con la cabeza.

—Bajaré en cuanto me encuentre mejor.

Nola le pidió que la avisara si precisaba cualquier cosa y se despidió.

Sidonie la vio marchar mientras pensaba en lo que la mujer le había dicho. «Nada debe reprocharse». «No era cierto», pensó.

Debía censurarse su aceptación alegre y encantada de vivir en aquel castillo el resto de su vida, porque ella no pensaba casarse. Se reprendía por la promesa que le hizo a su esposo en el lecho de

muerte. Una promesa que la ataba a un lugar maldito, a un lugar que no era suyo, que no le pertenecía, en el que estorbaba. No podría marcharse sin romper su promesa y se veía obligada a casarse para hacerlo, pero ella no quería.

Los recuerdos de su matrimonio eran tristes, carecían de momentos alegres y plenos. Si Dugan se mostró atento durante el compromiso, aquello cambió en cuanto se encaminaron hacia Clifden. Ni siquiera al principio, cuando más considerado y atento debía de estar un esposo ante una esposa joven e inexperta, se mostró especialmente cariñoso o complaciente.

Descubrir que el carácter de su cónyuge no se debía a la apatía o la angustia por la enfermedad, como se había estado diciendo durante todos esos meses, sino que era su naturaleza y que no le había dado tiempo a conocerlo tal y como era realmente le produjo rechazo y un profundo dolor. Descubrir que al pedirle que aceptara su promesa la había atado a una penosa condena la sublevó.

Ella le mostró su afecto y su agradecimiento durante el tiempo que convivieron. En cambio, él la usó como una fiel sirvienta, una enfermera y cuidadora, una mujer con la que intentó engendrar un sustituto de su heredero y que, con el tiempo, a lo largo de los años que viviría sola en ese castillo, acabaría sumándose al resto de las almas en pena que moraban entre sus muros.

Gritó de rabia contra la almohada y su agonía murió en los confines de aquella cama.

Ahora su hijo pretendía disponer de ella como un objeto, tal y como había hecho el padre.

Pero ella no estaba dispuesta. Permanecería en el castillo porque no tenía otro lugar a donde ir y porque, pese a todo, mantendría su promesa. Corrigan se equivocaba al pensar que ella cedería a otra boda impuesta. Con una había tenido suficiente.

Bajó a cenar y encontró la mesa dispuesta para dos, pero no vio a Corrigan por ninguna parte. Una de las ventanas del salón estaba abierta y el viento había apagado la mayoría de los candelabros de la estancia. Sidonie comenzó a encender las velas pacientemente sin esperar a que ningún criado acudiera.

De entre las sombras del salón, la muchacha detectó un movimiento y se volvió asustada. Corrigan salió de la oscuridad y caminó hacia ella, serio, elegantemente vestido, afeitado y peinado con cuidado.

Sidonie no pudo evitar admirar su masculino porte, su mirada candente y su felina forma de caminar. Se acercó hasta ella y tomó de entre sus manos la mecha, con la que siguió encendiendo el resto de las velas.

Cuando hubo terminado, la ayudó a sentarse, caballeroso.

—¿Se siente mejor? Nola me dijo que se encontraba indispuesta.

A ella no la engañaban sus gestos amables, después de la conversación de la mañana. Él la había salvado solo para echarla a continuación, como quiera que fuese.

—Es muy amable por preguntar, pero no finja que le importan mis circunstancias.

Corrigan levantó una ceja.

—No tengo nada contra usted... Abomino que se casara con Dugan de Clare, pero prefiero pensar que, aunque es usted inglesa, lo hizo engañada y que no fue su intención apoderarse de este castillo en ningún momento.

—¿Cómo se atreve? Ya le dije que no lo hice por interés... Desconocía de su padre prácticamente todo...

—¿Pensaba que vivirían en una cabaña?

—No, claro que no, pero yo...

—No se molestó en informarse. Su amor por mi padre era de una

naturaleza tal que cayó presa del delirio entre sus brazos.

—No se burle, por favor.

—No puedo creer que ningún interés la llevara a casarse con un hombre treinta años mayor que usted.

—Yo... ¡tenía que casarme! No podía seguir siendo una carga para mis padres y mi hermana mayor... Su padre me pareció un hombre correcto... bien parecido, pulcro... Parecía interesarse por mis problemas. Yo le conté la verdad... no fingí un amor apasionado, y él aceptó que sería un matrimonio que comenzaría sin demasiados afectos...

Un criado entró en ese momento llevando una bandeja. Les sirvió. Corrigan señaló una campanilla que reposaba sobre la mesa y le ordenó:

—Puede irse. Le avisaré cuando sea necesario.

Cuando el criado se hubo ido, Sidonie prosiguió:

—Un matrimonio sin afectos que no me gustaría volver a repetir y, por tanto, no atenderé de ninguna de las maneras su sugerencia acerca de volver a casarme.

—¿Cómo...? —Corrigan la miró boquiabierto ante su contundente determinación.

—Ya lo ha oído... No tiene usted poder sobre mi persona, no pienso obedecerle.

El hombre golpeó la mesa con el puño, y saltaron platos y cubiertos.

—¡¿Cómo se atreve?! ¿Se niega a marcharse de Clifden?

Sidonie se asustó un momento, pero al reconocer el estado agitado en que había conseguido ponerla, se indignó por completo.

—Acabo de decírselo. No creo que sea necesario que lo repita.

—Sepa, Sidonie Beauchene, que no acostumbro a ser desobedecido. Debería temerme...

—Y usted debería dejar esas estúpidas amenazas para alguien que pudiera creerlo. No lo temo, no me hará ningún daño... No me hubiera salvado la vida esta mañana si fuera capaz de atentar contra mi persona.

—¿Hacerle daño? Claro que no, mi bella señora De Clare, jamás le haría daño a una dama. No es eso lo que debería temer... Hay otras formas más sensuales de convencer a una mujer y puedo ser muy persuasivo si me lo propongo... —Bajó la voz y la convirtió casi en un susurro mientras posaba su mirada en los labios de Sidonie, para después volver a subirla hasta sus ojos claros y hechizarla con la oscuridad de los suyos—. Debería temer encontrarse conmigo en los pasillos oscuros, coincidir en la misma habitación una noche fría de invierno, que la atrape entre mis brazos y me suplique no despegarse de ellos, que la bese hasta hacer que...

—¡Oh, por Dios! —clamó la joven, levantándose—. Eso no va a pasar. Es usted exasperante.

La atronadora risa de él la acompañó hasta la salida y continuó mortificándola mientras subía la escalera.

Capítulo 9

Nola llamó a la puerta de su habitación unos minutos más tarde y entró llevando una bandeja con un guiso humeante y otras viandas.

—El señor me ha pedido que le subiera la cena.

Sidonie la miró sorprendida. Le señaló la mesa donde podría dejarla y no se molestó en mandarle mensaje alguno de agradecimiento.

«¿Quién se cree que es?», se decía constatando su malhumor por la conversación que acababan de mantener. ¿Qué intentaba? ¿Seducirla para echarla del castillo? ¿Jugar con sus sentimientos o más bien atemorizarla para que huyera? Estaba muy equivocado si pensaba que podría ejercer poder alguno sobre su persona.

Tan pronto se dijo esto, se sentó a los pies de la cama y se llevó una de las manos a la sien para contener un molesto pálpito que comenzaba a asaltarla. En realidad, Corrigan de Clare no le era en absoluto indiferente, por más que ella se lo repitiera.

A pesar de sus escasos encuentros, reconocía que en su presencia el corazón le latía acelerado, cada palabra que salía de su boca era tenida en cuenta, temía y anhelaba encontrarse con él, su imponente presencia la fascinaba.

Pero esos pensamientos no podrían jamás salir a la luz. Demostrar cualquier clase de fascinación por el hijo de su esposo era un crimen horrendo a ojos de la iglesia. Aunque jamás lo hubiera visto, aunque fuera varios años mayor que ella y no lo conociera en absoluto, el simple hecho de albergar algún tipo de pensamiento impuro sobre él la condenaría a una eternidad en el infierno. A los dos, aunque a él no pareciera importarle y se atreviera a bromear o divertirse a costa de ello.

Intentó sosegarse diciéndose que había sido muy clara en su respuesta y que él ya sabía a qué atenerse. Lamentaba ser quien fastidiara los planes que el nuevo señor de Clifden tenía para el castillo, pero no volvería a sacrificarse con otra boda impuesta. Sus circunstancias eran estas ahora, y, quisiera o no, él también debería asumirlas, como ella ya lo hacía.

Se levantó a la mañana siguiente dispuesta a tener una conversación «civilizada» con De Clare. Intentaría quedar en buenos términos, hacerle comprender su situación, pero no lo encontró en el castillo.

Algún tiempo más tarde, recibió la visita de Patrick Lackland.

—Señora De Clare —la saludó besando sus nudillos cuando ella entró en la acogedora sala de visitas donde él la esperaba.

—Señor Lackland, ¡qué sorpresa!

—No la avisé, lo siento. El caso es que esta mañana me levanté pensando en... la angustiosa revelación que le hice ayer y quise venir a verla... y al señor De Clare, por supuesto. Creo que le debo una visita; al fin y al cabo, tuvimos cierta amistad de niños.

—Oh, entonces le alegrará verlo...

—Quiero pensar que sí. ¿No se encuentra en estos momentos?

—Me temo que no. No sabría decirle a dónde lo llevaron sus pasos... ni cuándo volverá.

—Está bien, no tendré inconveniente en venir otro día. Mi prioridad era verla a usted. ¿Se encuentra bien?

—Así es, señor Lackland, gracias por su interés.

—Créame, no fue... agradable contarle acerca de lo ocurrido en Clifden, pero estoy convencido de que debía saberlo.

—Sí, soy de su misma opinión. Yo... se lo agradezco. Ha sido muy... revelador.

—Cuente conmigo para lo que necesite, señora De Clare. Considéreme un amigo —se ofreció acercándose a ella y tomando su mano con delicadeza.

El sonido de unos pasos que se detuvieron súbitamente en la puerta de entrada a la sala los hizo atender a la figura que ocupaba casi todo el vano de la puerta y que los contemplaba con una media sonrisa socarrona.

—Señora De Clare... ¿Señor...? ¿Interrumpo algo? —cuestionó Corrigan, clavando sus intensos ojos oscuros sobre la pareja.

—En absoluto —aclaró Sidonie con rapidez—. El señor Lackland ha venido precisamente a verlo y le decía que no sabía cuándo volvería.

—Señor Lackland... encantado, ¿puedo ayudarle en alguna cosa?

—Corrigan de Clare, ¿no recuerda a su vecino Patrick? Nos conocemos desde niños, aunque es evidente lo mucho que hemos cambiado...

—Patrick..., sí, ya lo recuerdo. ¿Sus padres...?

—Fallecieron hace unos años. Por si le interesa, mi hermana Sophie se casó con un lord inglés y vive en Derbyshire.

—Claro, su hermana...

—¿Recuerda cuánto se apreciaban de niños?

—Hace tanto... Espero que sea feliz.

—Supongo que sí, aunque debe atender a cuatro mocosos y no creo que le dé tiempo a plantearse cuestiones tan profundas. ¿Tiene

usted familia, mi estimado Corrigan, o sigue tan libre como yo mismo?

Corrigan dirigió una mirada de soslayo a Sidonie.

—Me encuentro libre y sin predisposición alguna a dejar de estarlo.

Patrick rio.

—Uno no se plantea esas cuestiones hasta que encuentra a la persona apropiada.

—¿Y eso le ha sucedido, señor Lackland? —Quiso saber el caballero, sin permitirse tutearlo.

—Pudiera ser.

—Pues entonces lo animo a que luche por ello. Le agradezco su visita, pero debo escribir unas cartas urgentes...

—Entiendo, es usted un hombre muy ocupado.

—Así es. Quédese el tiempo que necesite, señor, y no dude en volver cuando quiera —lo invitó con una sonrisa socarrona, antes de saludarlo con una inclinación de cabeza y dedicar otra, acompañada de una mirada insinuante, a la dama.

Sus pasos se perdieron más allá del vestíbulo, y fue entonces cuando Patrick y Sidonie retomaron la conversación.

—Lo encuentro tan cambiado... casi no lo reconozco —confesó el caballero—. Aunque, después de todo lo vivido... ¿Sabe? Mi padre y el suyo tenían cierta esperanza en que Corrigan y Sophie matrimoniasen... No pudo ser. Corrigan prefirió castigar a su padre antes que continuar con su legado. Ahora que ha vuelto supongo que tomará las riendas de todo.

Sidonie no quiso contarle lo que el heredero se proponía. No estaba en sus pensamientos continuar con el legado de los De Clare, más bien todo lo contrario, y eso incluía deshacerse también de su molesta persona.

Continuaron charlando de temas intrascendentes durante varios minutos. Cuando Lackland se despidió insinuando la posibilidad de otro encuentro, la muchacha contuvo un suspiro de alivio por el fin de su visita.

Tras despedir a su vecino, Sidonie consideró un instante quedarse bajo el mismo techo que Corrigan, pero saber que en cualquier momento volvería a encontrarlo y sería presa de la intensidad de sus ojos y de sus palabras le hizo tomar un fino echarpe y salir a caminar bajo un cielo que amenazaba lluvia.

Se resistió a visitar el cementerio. Caminó en dirección al acantilado y siguió la línea de la costa que le mostraba la imagen del embravecido mar, zarandeado por el viento, y de su rendición definitiva cuando las olas, espumeantes, ruidosas, enloquecidas, iban a morir a la playa.

Sentía cómo el frio le calaba los huesos y se arrebujó en la estola, pero se quedó allí quieta, dejando que sus pensamientos volaran con el viento, deseando que este arrancara de su cabeza las preocupaciones y deseos más ocultos. Se preguntó si los susurros que ella oía a veces serían, también, los anhelos prohibidos de quienes vivieron mucho antes que ella y dejaron su atormentada huella en aquel recóndito y salvaje rincón del mundo.

Unas minúsculas gotas de lluvia, semejantes a lágrimas, cayeron sobre su piel. Decidió volver al castillo, pero no aligeró el paso. No le molestaba la lluvia, le parecía vivificante y sanadora.

A mitad de camino vislumbró a Corrigan, quien se acercaba a ella caminando a paso ligero, con aquella elasticidad felina tan característica.

—¿Cómo se le ocurre salir con este tiempo? Se acerca una tormenta —le recriminó.

—Contaba con llegar antes de que comenzara a llover más fuerte.

—Va a empaparse de todas formas.

—No tiene importancia...

—¿No la tiene? —le preguntó con un deje malhumorado—. ¿Acaso quiere contraer unas fiebres, enfermar...? ¡Podría morir!

—¿Y eso le preocupa? —le contestó deteniéndose—. Sería la solución a sus problemas.

—¿Es lo que pretende? ¿Quitarse la vida para no afrontar decisiones?

El amargo tono de voz del hombre le erizó el vello, y un escalofrío le recorrió el cuerpo. Supo que sus palabras lo habían herido más allá de lo indecible. En ellas estaba implícito el recordatorio de la muerte de su madre.

—Yo...

—La entiendo, Sidonie de Clare, la entiendo más de lo que imagina... —Concedió en un impulso sincero—. Sé que está atada a una promesa, pero yo debo cumplir la mía, y uno de los dos deberá ceder... —La joven lo escuchó en silencio, sin perder una sola de sus palabras—. Patrick Lackland..., estoy seguro de que tiene interés en su persona... Parece un buen hombre.

—No continúe, por favor.

Corrigan la admiró en silencio, incapaz de pronunciar lo que debía decirle. Contempló su cabello mojado, sus ojos del color del mar en calma, sus labios húmedos, henchidos, la promesa de la felicidad para quien recibiera sus besos.

—Camine a mi lado, la cubriré con la capa.

Ni siquiera pudo negarse. El caballero la arropó con ella, envolvió sus hombros con su brazo, la arrimó a su cuerpo y caminaron juntos, apresurados, sintiendo el calor del otro, los contornos de su cuerpo, la energía, la fuerza, el aroma.

En cuanto llegaron al alero de la entrada, a salvo de la lluvia,

Sidonie se deshizo de su abrazo. El caballero la informó, entonces:

—Mañana me marcharé unas semanas a Galway. Tengo asuntos que resolver. No tendré inconveniente en que... invite al señor Lackland y frecuente su compañía.

Sidonie contuvo la respiración ante la descarada y ofensiva propuesta. No se molestó en contestarle. Le dio la espalda y se perdió en la oscuridad del interior del castillo.

Capítulo 10

Creyó que, durante la cena, volvería a sufrir de la insistencia de Corrigan para que estrechara lazos con Lackland, pero ni una sola palabra salió de sus labios. Durante toda la comida permaneció absorto, mostrando un gesto ceñudo que denotaba que estaba inmerso en sus propios pensamientos y preocupaciones, que Sidonie achacó al viaje a Galway.

Sumidos en aquel silencio, oyeron el repiqueteo del agua y el empuje del viento contra las ventanas cuando la tormenta se desató. Acompañados por su sonido acabaron de cenar. Cuando Sidonie se despidió para recogerse en su habitación, Corrigan se permitió desearle buenas noches, dejarla ir con el corazón latiendo acelerado en un doloroso compás que no sabía explicarse, porque jamás lo había sentido.

La tormenta continuó desatando los elementos con fuerza, y aunque el ímpetu de la lluvia comenzó a aminorar, no lo hizo así el empuje del viento, y Sidonie se durmió arrullada por su ulular.

Corrigan tardaría aún en subir a su alcoba, situada en el mismo pasillo que la de Sidonie, aunque en extremos opuestos. Tras algunas horas de trabajo en el despacho que una vez perteneció a

su padre, redactando documentos y haciendo números, decidió permitirse un descanso antes de ponerse en camino temprano por la mañana.

Subió las escaleras, y caminaba hasta su dormitorio cuando oyó un estruendo y un grito femenino le heló la sangre. Era la voz de Sidonie. Corrió hasta su alcoba y abrió la puerta.

Un vendaval movía enloquecidas las cortinas del dormitorio, el viento había tomado posesión de la estancia colándose a través de las puertas del balcón, que permanecían abiertas de par en par con los cristales destrozados por el impacto contra la pared. La lluvia se colaba libremente en el aposento. La luz de la luna mostraba una multitud de cristales de pequeño tamaño esparcidos por la habitación.

Su mirada se posó inmediatamente en la muchacha, que permanecía en la cama. Sidonie se refugiaba asustada detrás de la sábana y, al encontrarse sus ojos, intentó levantarse.

—¡No se mueva!

El crujido de las botas de Corrigan al aplastar los cristales hizo entender a la joven el peligro al que se expondría si posaba sus pies descalzos sobre el suelo.

—Quédese quieta, debe haber cristales sobre la cama.

Se acercó hasta ella y de un movimiento echó la sábana hacia atrás. Esto la expuso en camisón y ella sintió arder sus mejillas, avergonzada.

Corrigan se recostó un instante en el lecho, justo en el lado contrario al que ella se encontraba y que estaba más alejado de la puerta del balcón. La tomó en brazos y la sacó de la cama, volviendo sobre sus pasos mientras dejaba atrás los restos de vidrio esparcidos por el suelo.

Continuó con ella por el pasillo.

—Puede dejarme ya en el suelo —le dijo algo cohibida, pero intentado sonar firme.

—No lo haré hasta que esté calzada, y me temo que si hay algún zapato en su habitación tendrá que ser examinado. Los cristales llegaron hasta la entrada, lo noté al abrir la puerta.

—Me despertó el ruido. Sonó como si un trueno hubiera estallado dentro de la habitación —quiso explicarle mientras se dejaba conducir a donde quiera que la llevase, turbada pero incapaz de reafirmarse en su intención de que él la soltara.

—El viento debió abrir las puertas e hizo estallar los vidrios al golpearlas contra la pared.

—¿Dónde vamos? —le preguntó ella, inquieta, cuando se percató de que la llevaba a su dormitorio.

—No tema, solo quiero comprobar que no tenga restos de cristales en su ropa o en su pelo.

—Oh...

Entraron en la alcoba de Corrigan y él la sentó en una butaca junto a la ventana. Encendió algunas velas de un candelabro cercano y se acuclilló cuan largo era frente a ella para examinarla con atención. Palpó con delicadeza su cabello, suelto hasta la cintura, sus hombros, sus brazos. Ella se dejaba hacer azorada, resistiéndose a mirar sus ojos, sus labios, teniéndolo más cerca de lo que nunca hubiera soñado.

Entre los pliegues de uno de los puños de su fino camisón de batista, Corrigan encontró un minúsculo trozo de cristal.

Siguió con su exploración, resiguiendo con delicadeza el contorno del rostro femenino, sintiendo la suavidad de la piel de la muchacha.

A Sidonie, el tacto de los dedos masculinos sobre la piel le hacía notar emociones que jamás había advertido, que nacían de lo más profundo de su vientre y se extendían como un veneno por sus

venas hasta alcanzar y apoderase por completo de su cuerpo.

Se sintió arder como si la fiebre la devorara. Cerró los ojos por instinto, para atesorar aquella sensación, y él acarició sus párpados, sus pestañas, bajó por el puente de la nariz y se detuvo en el centro de sus labios, mojándose con su humedad.

Aquello no era necesario, pero ella no sabía cómo detenerlo, ni quería tampoco. Con los ojos aún cerrados notó que sus dedos acariciaban su barbilla y bajaban por la delicada piel de la garganta. Una mano, enorme, se posó sobre su escote, delineó la forma de las clavículas y se detuvo inmóvil unos instantes, hasta que uno de los dedos se introdujo bajo el camisón y con un movimiento insoportablemente lento llegó hasta uno de sus pechos y consiguió acariciar su rosada cúspide.

Sidonie respingó y abrió los ojos súbitamente. Aquel roce, aquella caricia había sido como una descarga de placer insoportable... y prohibido.

Frente a ella, los ojos oscuros de Corrigan la miraban atormentados, ansiosos, expectantes. Sus manos descansaban en los brazos de la butaca atrapándola, pero lejos de su piel.

—Señor... De Clare —susurró ella con la voz rota—. No es posible, esto no... por favor, no me atormente... déjeme ir.

—No haré nada que no quiera, Sidonie.

—No se acerque, sabe que esto no es posible...

—¿Me desea?

«Como nunca en mi vida he deseado a alguien o a algo. Como si me fuera la vida en ello. Como jamás creí que fuera posible», quiso decirle, pero calló la verdad y, en lugar de sincerarse, le contestó lo que creyó que debía oír él y lo que debía pensar ella, en vez de aquellos extraños y pecaminosos pensamientos.

—Soy una mujer de carne y hueso y... no soy ajena a..., pero esto

que usted intenta no es sino una de sus tretas para hacerme sentir tan miserable que me avergüence de vivir bajo el techo de mi difunto esposo.

—¿Su esposo? —Corrigan se puso de pie y se alejó de su lado, molesto—. ¿Disfrutó a su lado, señora De Clare? ¿Fue un buen marido, un delicado amante?

—¡Cómo puede preguntarme eso! ¿De verdad quiere saberlo? ¿Qué clase de demonio es usted? Me tortura con su presencia, con sus palabras. Me convierte en una persona horrible que no quiero ser.

—¿No quiere ser amada? ¿No quiere ser venerada? —le inquirió acercándose a ella con un tono que tenía mucho de súplica.

—Usted sabe que no puede amarme. Solo quiere destruirme... No cederé al deseo...

Corrigan la contempló desde su altura, la muchacha se sentía incapaz de ponerse de pie y enfrentarlo. En su presencia, notaba como su cuerpo dejaba de obedecerla, sus piernas no la sujetaban, la laxitud se apoderaba de sus miembros.

El hombre le habló con el rostro torturado por el dolor y la necesidad, con la tristeza clavada en lo más profundo de su mirada.

—Tiene razón, señora De Clare, no debe ceder al deseo, no debe entregarse a un hombre como yo. Guarde su alma y su cuerpo para quien pueda amarla como merece.

Corrigan se marchó, dejándola exhausta y temblorosa. Ella se obligó a cerrar la puerta preguntándose qué la asustaba más, si el hecho de que él pudiera regresar a buscarla o que ella diera rienda suelta a sus sentidos enajenados y fuera tras él suplicando el roce de su piel contra la suya en llamas.

Jamás había sentido nada igual, aquel arrebato febril de deseo y necesidad ante su contacto, el anhelo de lo que sería sentir sus

labios sobre los suyos, su cuerpo sobre el de ella.

Quiso gritar de rabia y frustración. No podía, nunca podría rendirse. Jamás le permitiría tomarla. No sabría lo que sería la dicha de ser poseída, amada por Corrigan de Clare. Cualquier otra podría hacerlo, pero ella no porque, de entre todos los hombres del mundo, se había ido a enamorar del único prohibido. Del hijo de su esposo.

Capítulo 11

Creyó que no hallaría el sueño aquella noche, pero al encontrarse en la habitación del hombre, no pudo resistirse al único consuelo de recostarse en la cama de Corrigan y, envuelta en el aroma masculino que las sábanas retenían, se quedó profundamente dormida.

Por la mañana, llamaron a la puerta y se despertó sobresaltada. Recordando lo ocurrido la noche anterior, preguntó:

—¿Quién es?

—Soy Nola, señora. Le traigo ropa y un par de zapatos, si lo desea, ¿o prefiere que vuelva más tarde?

—No, está bien. Entre.

Sidonie se preguntó qué pensaría el ama de llaves de su presencia en la habitación del hijo de su esposo. La mujer entró y le mostró el vestido y los zapatos. Sidonie asintió.

—El señor De Clare me ha contado qué ocurrió anoche. Ya están limpiando con sumo cuidado su habitación, señora, y hemos avisado al vidriero.

—Después del incidente, el señor De Clare me cedió su alcoba, muy amablemente. ¿Podría decirme dónde pasó la noche?

—No sabría decirle. Cuando me levanté, él me esperaba para

referirme lo sucedido y se marchó a continuación.

—Oh, ¿se marchó a... Galway?

—Sí, señora. Estará fuera varios meses.

Sidonie no lo esperaba.

—¿Tanto tiempo? —No pudo evitar decir.

—Supongo que se trata de sus negocios.

—¿A qué se dedica Corrigan de Clare?

Nola le dedicó una mirada sorprendida. Apretó los labios como si hubiera hablado de más.

—No podría decirle, señora. Me he imaginado que su partida tendría que ver con asuntos de trabajo, pero, como comprenderá, nada sé en realidad.

A Sidonie, el tono de voz de su ama de llaves le dio la impresión de que sí que sabía más de lo que pensaba, pero no podía hacerle confesar nada cuando ella misma aún intentaba ocultar sus propios demonios; los deseos y sentimientos contra los que luchó durante la noche y contra los que aún luchaba.

Algunas semanas pasaron, y la viuda De Clare recibió las visitas, cada vez más frecuentes, de Patrick Lackland. A ella no le interesaban lo más mínimo, pero se mostraba amable sin ser obsequiosa.

Por una parte, continuaba convencida de no querer casarse de nuevo, pero por otra, intentaba encontrar en aquel caballero algún tipo de complicidad que le hiciera olvidar el poder que Corrigan tenía sobre ella, que se manifestaba con la aparición en sus pensamientos de forma continua.

Acudió a misa cada día, rezó fervientemente para arrancarlo de su mente. Se dijo que no era más que su halo de misterio lo que la atraía, que su enamoramiento se debía a causas carnales, a una

atracción oscura y pecaminosa. Pero además de anhelar su cuerpo, Sidonie se confesó atraída por su carácter valiente y atrevido, por su caballerosidad en los momentos de necesidad, por la forma en que la miró y la cuidó cuando lo necesitó.

No obstante, y por encima de todo, el hecho de que él quisiera casarla con otro, que no le importara más que sus circunstancias, en el fondo le daba un motivo más para apartarlo de sus pensamientos, por si la razón de que fuera el hijo de su marido no fuera suficiente y definitiva.

En esos días, Sidonie recibió con sorpresa y alegría la visita de su hermana pequeña Diana, quien llegó acompañada de su doncella.

En cartas anteriores, Diana había sugerido acercarse y permanecer una temporada con Sidonie, pero esta nunca creyó que llegaría a hacerlo, ya que su hermana era una muchacha alegre y jovial, amante de las fiestas y de los lugares que permitían el entretenimiento y la diversión, y Clifden no tenía nada que ver con eso.

Durante la primera semana, Diana recorrió cada rincón del castillo, admirada. El mal tiempo exterior impidió cualquier otra cosa, y la joven se sintió como la protagonista de una novela de misterio, descubriendo cada recoveco del oscuro edificio.

Por fortuna, cuando ya estaba a punto de morir de aburrimiento, el tiempo mejoró y Sidonie le mostró, entonces, los alrededores.

Caminaron cerca de los acantilados, apoyadas una en la otra, comentando anécdotas de sus padres y de la familia de su hermana mayor, Constance. Frente al mar, Diana calló y se dejó inundar por la belleza del paisaje.

—Es una vista espectacular, Sidonie, pero me sigue pareciendo muy triste... La primera vez que estuve aquí fue durante el entierro de tu esposo, Dios lo guarde. Me llevé una sombría impresión...

Ahora reconozco su belleza, pero sigue teniendo un toque melancólico... ¿Estás segura de que es aquí donde quieres vivir el resto de tu vida?

—Estaba muy segura hasta hace poco... hasta que llegó el heredero.

—Tu hijastro... —aseveró Diana sonriente. Le hacía gracia que su hermana pudiera tener un hijo de más edad que ella misma.

—Sí... mi hijastro —repicó Sidonie con amargura, y añadió—: Quiere vender todo esto.

—Oh... ¿Y qué harás tú? ¿Dónde vivirás? ¿Se ocupará de ti?

—Dugan dejó estipulado en su testamento que recibiría una pensión y podría vivir en el castillo en tanto no me casara. Si me marcho, no tendré nada. Y su hijo no tiene ninguna obligación en cuanto a mi persona. Todo va ligado a mi estancia en Clifden.

—Oh, pero entonces, si te obliga a marcharte, ¡te quedarás sin nada!

—Así es...

—¡Qué egoísta!

—Te aseguro que puedo entender sus razones. Y si llegado el momento debo irme, lo haré. Pero hasta entonces, mantendré la promesa que le hice a su padre.

—Suena a promesa envenenada...

—En aquel momento pensé que Dugan había sido muy generoso. Cuando el heredero llegó con la determinación de vender Clifden me enfadé, creí que no estaba siendo un buen hijo al intentar deshacerse del legado de su padre. Sin embargo, conocer la historia del castillo y del pasado de Dugan me hizo reconsiderar mi opinión. Yo soy quien sale perdiendo, en cualquier caso, pero no puedo menos que comprenderlo.

—Eres demasiado bondadosa, Sidonie. Si te llegas a encontrar

desamparada, vuelve con nosotras, con Constance y conmigo. La vida en Shrewsbury es entretenida, y las temporadas en Brighton, con Louise y Adelina, son de lo más divertidas.

—Te acompañaré algún tiempo si quieres, pero volver a depender económicamente de lo poco que tienen nuestros padres o de la familia de Constance... siento que es humillante. Me casé, enviudé y vuelvo sin nada, a depender de la limosna de mi familia.

—No digas eso, Sidonie. Las hermanas se ayudan.

—Lo sé, Diana. Pero pensé que una vez que me casaba lo hacía para dejar de ser una carga, para ganar cierta independencia económica y ser yo la que ayudara. ¡Qué ingenua! Tal vez no me quede más remedio que volver a buscar un esposo...

—Solo si te gusta de veras. Elige a alguien cercano a tu edad, supongo que será más fácil manejarlo...

—¡Diana! ¿Cómo dices eso? ¿Tú qué sabes sobre...? —le preguntó entre sonriente y sorprendida.

—No es difícil hacer que un hombre coma de la palma de tu mano, hacer lo que se te antoje con ellos.

—Pero, Diana..., ¿de qué me hablas? Tú no conoces a los hombres... No puedes saber...

—Soy muy observadora —se excusó la joven.

Sidonie pensó que, en un ambiente como Brighton, tal vez la joven hubiera flirteado y aprendido más de lo conveniente, pero al instante desechó aquel pensamiento al recordar que estaba acompañada de su antigua institutriz Louise Herbert. Estaba segura de que esta no lo permitiría, aunque Diana era sumamente perseverante si se proponía cualquier cosa y le gustaban demasiado las fiestas y los bailes.

—¿Has pensado en el señor Lackland? —le preguntó Diana—. Cuando viene a visitarte se muestra muy interesado en tu persona.

No me parece que sea recíproco por tu parte, pero al hilo de lo que me estás contando, no es mal parecido, y si tiene un patrimonio aceptable, puede ser una opción. Es joven, así que seguramente vivirá muchos años, puede que tantos como tú, por lo que no te convertirás en una desahogada viuda pronto, aunque supongo que te encargarás de que, si eso ocurriera de nuevo, no te encontrases en la misma situación que ahora.

Sidonie contempló a su hermana con la boca abierta. Aquella forma de pensar decía mucho de su forma de ser, práctica, algo egoísta y, sobre todo, interesada, aunque más le hubiera valido a ella haber tenido mucho de ese sentido común y de esa forma de pensar antes de casarse.

—No sé qué haré, finalmente. Supongo que cuando el señor De Clare regrese tendré que tomar una decisión. No quiero volver a casarme por obligación, Diana. Quizá lo mejor sea marcharme a casa de nuevo con padre y madre en cuanto deba desalojar el castillo.

—Pero cuando ellos ya no estén te encontrarás sola, pobre y vieja... Oh, perdóname por ser tan cruda, querida, Constance y yo no permitiremos que te falte de nada. Yo mantendré mi renta anual en tanto no me case, y cuando lo haga será con alguien muy rico y guapo, probablemente, ya lo verás...

Sidonie no pudo evitar sonreír ante el firme convencimiento de su hermana.

—Estoy segura de que conseguirás lo que te propongas, Diana, pero ve con cuidado. A veces se pueden tener las cosas muy claras y después caer presa de un enamoramiento inesperado e inconveniente.

La muchacha la miró condescendiente, con una media sonrisa.

Continuaron caminando, y la más joven pidió visitar el cementerio

familiar antes de volver a Clifden. Allí se encontraban los antepasados De Clare, y a las afueras, el esposo de Sidonie y su anterior esposa.

—Enterrados fuera del lugar sagrado, Sidonie, ¿por qué? —preguntó Diana tan pronto llegó junto a la lápida de Dugan, sin pudor alguno.

—No es una historia agradable, Diana. No quieras saber...

—Si no me la cuentas, preguntaré a los criados.

—Eres muy atrevida... Durante meses yo misma me lo cuestioné y no tuve las agallas suficientes para exigir una respuesta. Ahora ya sé por qué.

Diana le demandó, con su mirada, que continuara con la historia.

—Ella se suicidó y él fue el culpable.

—¡Dios mío! —La muchacha se tapó la boca con las manos.

—Siento mucho todas las revelaciones que te estoy haciendo. No eres más que una niña, no deberías saber y no quiero preocuparte.

—Pero él ya no está —dijo señalando la tumba—. ¿Su hijo... se parece a él? Quiero decir... en cuanto a carácter.

Sidonie se tomó unos momentos para pensarlo. No, no era igual en absoluto, estaba segura, aunque...

—Es un hombre muy peligroso, Diana. Espero que no te lo llegues a encontrar en Clifden.

—¿Peligroso? ¿Te ha hecho daño? —preguntó la joven abriendo unos ojos como platos.

—No, en absoluto..., ningún daño físico, pero puede ser muy convincente y persuasivo si le interesa algo. Te aconsejo que, de volver antes de que te hayas marchado, no te acerques a él. Mantén las distancias.

Capítulo 12

Lackland, Diana y Sidonie se habituaron a dar paseos cada poco, si hacía buen tiempo, en el carruaje abierto del caballero. Este les mostró sus tierras, la costa más allá de lo que sus paseos a pie les permitían y las llevó de visita y compras al pueblo.

La señora De Clare no hubiera aceptado todas esas invitaciones si no hubiera sido por la insistencia de su hermana, quien se aburría mortalmente entre las paredes del castillo, una vez que hubo perdido la novedad de lo desconocido.

En una de esas ocasiones en que estuvieron de compras en Clifden, se les hizo tarde y llegaron hasta el castillo cuando el sol ya se ponía en el horizonte. Se despidieron del caballero agradecidas, este les correspondió gentil y les aseguró que pronto las llevaría a visitar el cercano pueblo de Roundstone, si eran gustosas. Diana aplaudió animada.

Entraron en el edificio y ambas entregaron sus abrigos, sombreros y bolsos a la sirvienta y a la doncella, a la vez que les daban instrucciones sobre las compras. Nola O'Donnell le salió al encuentro cuando ya se disponían a subir a sus habitaciones y cambiarse para la cena.

—Señora De Clare, el señor me ha pedido que les diga que las espera en el comedor para cenar.

Sidonie se quedó petrificada.

—¿El señor De Clare se encuentra en el castillo?

—Llegó esta tarde, señora. Dese prisa, lleva tiempo aguardándolas.

—Pensé que aún tardaría en regresar.

—Ha vuelto antes de lo esperado.

—Está bien, enseguida vamos.

Sidonie se disponía a subir el primer peldaño de la magnífica escalera que las conducía a la primera planta donde se encontraban sus habitaciones cuando se volvió y vio a Nola entrar en una de las salas, donde suponía que llevaría a Corrigan la noticia de su llegada. Volvió la vista hacia donde se encontraba su hermana, casi a mitad de la escalera, y se dirigió a ella:

—Diana, adelántate tú, enseguida iré a buscarte y bajaremos juntas.

La muchacha asintió, no muy convencida de perderse la conversación que suponía tendría su hermana con el heredero, aquel hombre horrible y desconsiderado. Con seguridad le hablaría de su presencia en tierras de Clifden y su alojamiento en el castillo. Esperaba que no le molestase y su estancia no supusiera un problema para Sidonie.

Sidonie se acercó a la sala y al entrar observó a Corrigan, escuchando con atención a Nola. Él le contestó en voz baja con un rictus de preocupación. Ambos parecían tener una conversación privada, y cuando se dieron cuenta de su presencia, se separaron un tanto, guardando las distancias que se suponía debía mantener una sirvienta con su señor. Aquello fue sorprendente y sirvió para que Sidonie se percatara de la inusual confianza entre Nola y Corrigan.

—Señora De Clare, ¡al fin! ¡Qué grata sorpresa! ¿Lo ha pasado bien con el señor Lackland?

—Muy bien. —El ama de llaves le hizo una sencilla reverencia y salió de la estancia. Sidonie continuó—: Espero que haya tenido un grato viaje de vuelta, no pensaba que regresaría tan pronto.

—¡Vaya! No me ha echado de menos, por lo que veo. Debe haberse divertido con nuestro vecino.

—Ha sido una grata compañía estos días para mí y para mi hermana Diana. Ella está aquí. Ha venido a pasar un tiempo conmigo.

—Ya me he enterado de que ella ha venido a acompañarla. Debe sentirse insegura en este castillo.

—He vivido sola en él durante muchos meses.

—No me refería a eso. Lo hacía al tiempo que hemos vivido juntos bajo el mismo techo. ¿Le perturba que yo me encuentre cerca? He detectado cierta inquietud en su voz al hablar conmigo.

—Señor De Clare, conozco sus métodos. No intente atormentarme. Me dio de plazo seis meses para que decidiera qué hacer con mi vida, y hasta entonces le pido que no me atosigue.

—Lo recuerdo y veo que están siendo convenientemente aprovechados. Al parecer mi sugerencia de una aproximación al señor Lackland no ha caído en saco roto...

—Usted no sabe nada de lo que pienso.

—Un penique por sus pensamientos, Sidonie, entonces —se acercó hasta ella—, ¿le atrae? ¿Se encuentra cercano a sus anhelos? —insistió en saber, tomándola por la barbilla para enfrentar sus ojos claros.

La muchacha enmudeció. ¿Cómo decir la verdad cuando era precisamente él el que le arrebataba el sueño y ocupaba sus noches de insomnio?

Se alejó con brusquedad, como si su contacto la hubiera marcado a fuego, antes de que su presencia y su aroma masculino la enajenaran y provocaran la pérdida de su voluntad.

—Debo cambiarme... —musitó, y casi echó a correr para escapar de su lado.

Corrigan la dejó ir, sintiendo el regusto dulce y amargo de volver a ver su añorado rostro y de saber que, tarde o temprano, dejaría de ser la viuda de su padre para convertirse en la esposa de cualquier otro hombre.

Durante todo el tiempo en que se mantuvo alejado de Clifden, no dejó de pensar en ella.

Aquella criatura se había metido de lleno en su tosco corazón de piedra. No sabía por qué rendija había conseguido colarse, pero era un hecho que aquel maltratado órgano latía ahora por ella.

Nunca tuvo demasiados afectos en su vida, nunca supo lo que era la dicha... ni el dolor del amor, hasta ahora. Hasta el momento en que se perdió en la mirada azul de Sidonie y quedó atrapado en ella para siempre jamás. Precisamente de ella.

Poco después, Sidonie y Diana entraban en el comedor donde Corrigan las esperaba contemplando el paisaje por la ventana, con las manos a la espalda. Parecía inmerso en sus pensamientos, y la joven viuda pudo recrearse un momento en su estampa: un caballero alto, de anchos hombros, de piernas largas y fuertes, impecablemente vestido y peinado, luciendo una cuidada barba de unos cuantos días.

Se volvió cuando las oyó caminar y se acercó hasta ellas luciendo una preciosa sonrisa y una mirada interesada, que realzaba aún más su atractivo. El corazón de Sidonie perdió un latido.

—Me siento afortunado por cenar en tan grata compañía, las bellas hermanas Beauchene. Señora De Clare, ¿por qué no me dijo

que tenía una hermana tan encantadora?

Aquel fue el inicio de una agradable cena en la que Corrigan se mostró inusualmente divertido, hablador y simpático. Diana se encontró a gusto y se atrevió a preguntarle por sus andanzas y su situación sentimental, a la vez que se permitía coquetear, sin demasiado disimulo, con su anfitrión. Corrigan no desveló mucho sobre su persona, pero narró anécdotas en las que demostró su vertiente viajera.

Sidonie apenas intervino en la conversación, aunque el caballero intentaba hacerla partícipe. Entendía que ella lo molestaba con su presencia en un castillo del que se quería deshacer, a la vez que no podía evitar una sensación incómoda al comprobar las atenciones que tenía con su hermana.

Acabada la cena, Corrigan propuso tomar un licor, pero Sidonie pretextó cansancio por el largo día y no consintió que Diana le llevara la contraria, por lo que subieron a sus habitaciones, dejando al caballero solo frente a la chimenea.

En cuanto se encontraron a solas, Diana le recriminó:

—¿Por qué no me dijiste que Corrigan de Clare es un caballero tan atractivo? ¿Y por qué dices que es peligroso? Es un hombre de lo más encantador.

—No lo conoces, Diana. No sé por qué extraña razón se ha mostrado atento y considerado, pero no suele ser así.

No estaba siendo justa, pensó. Corrigan la había rescatado cuando el caballo se desbocó y perdió las riendas, y la noche de la tormenta fue de lo más amable... solo porque sus intenciones tenían un carácter sensual... Pensar aquello la sublevó.

—Sigo creyendo que... —quiso añadir la pequeña de las Beauchene.

—¡Aléjate de él, Diana! —la cortó tajante Sidonie—. No juegues

con fuego. Es un hombre salvaje, desde los quince años se buscó la vida, para él no existen las normas sociales al uso, actúa pensando en su propia conveniencia y no piensa comprometerse en serio con ninguna mujer, son un simple entretenimiento. Y esto no es lo que yo creo, lo confesó ante el padre Sullivan el mismo día de su llegada, y yo... lo sé.

Diana escuchaba a su hermana con atención, aunque lo que Sidonie le contaba no la asustaba, más bien al contrario, de alguna forma la predisponía e interesaba en favor de tan desalmado individuo.

Se preguntó qué era lo que Sidonie habría oído o... experimentado para que se hallara tan convencida de la amenaza que aquel fascinante caballero suponía.

Capítulo 13

Desde su llegada, Corrigan se mostraba inusualmente atento con las Beauchene, e incluso se permitió invitar a tomar el té a su vecino, algo que mortificó a Sidonie sobremanera.

Durante aquella reunión, el anfitrión no habló demasiado, limitándose a contestar los requerimientos de Diana y a observar el trato entre la viuda y Lackland.

A Sidonie no le pasó desapercibido el interés del heredero. Estaba convencida de que, con aquella invitación, Corrigan daba a entender su buena predisposición a las intenciones de Lackland para con ella y calibraba en qué momento se encontraba la supuesta relación.

La joven no había mostrado nunca inclinación por Patrick más allá de la que las normas de cortesía dictaban. Agradecía sus invitaciones y cumplidos, pero ella los veía como una grata forma de pasar el tiempo los tres desde que Diana llegó a Clifden.

Sin embargo, delante de Corrigan se permitió mostrarse más obsequiosa con Lackland de lo que acostumbraba. Sabía que estaba actuando con falsedad, pero de alguna manera le pareció que hacerle ver que Patrick alcanzaría sus favores lo atormentaría de alguna manera. Reconocía que estaba obrando de manera insensata,

alentando a un hombre con el que ninguna afinidad especial le unía y exponiéndose a la crítica y la burla de otro. Porque, al fin y al cabo, para Corrigan ella no era más que una molestia que pudiera resultar entretenida en algún momento. Aunque aquello los condenara al infierno.

Los cuatro salieron a dar un paseo después de comer, aprovechando que el sol había hecho una tímida aparición. Las hermanas andaban apoyadas del brazo una en la otra, mientras los hombres charlaban de su infancia.

—No puedo creer que no recuerde cómo comenzaba el señor Hicks las lecciones de Historia. Fue su preceptor y el mío durante varios años.

—Probablemente no le prestaba mucha atención.

—¡Pero si era un alumno brillante! Usted era el favorito de Hicks de entre todos sus muchachos.

—Aquello sucedió hace mucho...

—Bueno, diría que no tanto... no nos envejezca demasiado, señor De Clare.

—Para mí es como si perteneciera a otra vida...

—Creo que puedo comprenderlo. Sin embargo, ha vuelto usted a sus raíces. Piensa quedarse definitivamente, entiendo.

—Es una sugerente posibilidad —le contestó, sabiendo que Sidonie lo oiría.

Cuando tiempo después Lackland se marchó y Diana subió a su habitación para cambiarse, Sidonie permaneció un momento a solas con Corrigan.

—No voy a quedarme en Clifden como puedo haber dado a entender delante de Lackland, señora De Clare.

Sidonie lo atendió sin decir nada. El hombre continuó:

—Entiendo que no le ha hablado a Lackland de mis propósitos con

respecto a Clifden y alabo que sea discreta. Yo, por mi parte, no voy a permitir que Lackland conozca su interés. Eso sería dejarla a su merced. Merece que luche por usted y no crea que se encuentra en situación de necesidad.

—Oh, ¡qué generoso! Nadie diría que es usted el que me empuja a sus brazos.

—No parece que entre ellos vaya a encontrarse a disgusto. Se ha mostrado usted de lo más encantada ante su presencia —le recriminó, intentando ocultar su malestar.

—¿Y no es eso lo que usted pretendía de mí? Debe de sentirse satisfecho... —lo enfrentó. Él le dedicó una mirada especialmente oscura, pero permaneció en silencio. Ante su nula respuesta, irritada, continuó—: De todas formas, no cante aún victoria, el matrimonio es una opción muy lejana todavía.

—¿En serio? Supongo que solo por su parte. Lackland parece de lo más interesado.

—Un matrimonio es cosa de dos, y yo no...

Corrigan se acercó a ella, deteniéndose a una distancia peligrosamente inapropiada.

—¿Desea que la anime a tomar una decisión de alguna manera, Sidonie? No tiene más que insinuármelo y la complaceré.

—¿Cómo se atreve? —Ella intentó apartarlo, indignada, empujando su pecho fuerte y duro.

Él apenas se movió, pero fue suficiente para que la muchacha pudiera escabullirse de su cercanía.

—No se acerque a mí. Es usted malvado. No sé qué pretende mortificándome...

—¿La torturo, señora De Clare?

—Supongo que con sus avances intenta hacer que me vaya, que huya de su lado lo antes posible...

—En realidad, ni yo mismo lo entiendo. Si se casa, dejará de ocupar Clifden y podré deshacerme, al fin, de este castillo maldito, pero si lo hace... voy a echarla mucho de menos, mi bella Sidonie... La soñaré por las noches y la añoraré durante el día... ¿Qué me ocurre? ¿Podría alguien tan inocente como usted explicarlo? —le suplicó, atormentado.

—No sé qué pretende, ¿por qué me dice todo esto? —le contestó, afligida.

—Sidonie...

Volvió a acercarse a ella, intentó abrazarla, pero la muchacha, haciendo un esfuerzo supremo de voluntad, se alejó corriendo de su lado y, saliendo al vestíbulo, subió las escaleras como si un demonio la persiguiera, dejando fluir libres unas lágrimas de desesperación, que le empañaban la vista y le humedecían el rostro. Cuando entró en su alcoba, se echó en la cama, sollozando desconsolada, presa de un dolor, de una aflicción como nunca antes había sentido. ¿Qué era lo que Corrigan había hecho con ella? ¿Por qué le decía eso? ¿Acaso la amaba? Aquello no podía ser; nunca, jamás podrían llegar a encontrarse sin condenarse por toda la eternidad.

Mientras ella permanecía en su habitación, Corrigan salió del castillo y encaminó sus pasos al acantilado, pero su intención no era bajar a la playa. Sus pasos se detuvieron frente a la tumba de Jane Slade. Tiernos recuerdos lo asaltaron e hicieron que su corazón se encogiera. Hubiera musitado una oración por ella si recordara alguna, pero en vez de eso le agradeció en silencio toda la paciencia y el amor que un día le dedicó.

Con el espíritu dolorido, su vista se posó sobre la tumba de Dugan de Clare.

—¡Maldito bastardo! —le gritó—. Arruinaste mi vida de niño y ahora destrozas mi futuro. Tengo que deshacerme del castillo y de tu

joven esposa, padre. ¿Por qué? ¿Por qué la ataste a Clifden? ¿Por qué no la dejaste marchar a tu muerte y así nunca la hubiera conocido? ¿Por qué me obligas a empujarla a los brazos de otro hombre?

El viento se llevó su lamento, su queja, pero no su dolor. Su sufrimiento se quedó prendido en el alma, junto con otros padecimientos antiguos que debía a quien lo había engendrado y que se encontraba allí mismo, a unos palmos bajo tierra.

Capítulo 14

Sidonie se levantó al amanecer y se marchó al pueblo para ver al padre Sullivan. Como era muy temprano, no quiso despertar a Diana; además, lo que debía hablar con el sacerdote requería de la más estricta intimidad.

Lo encontró en la sacristía. Aunque era temprano, el sacerdote ya se encontraba preparándose para la misa. Pese al efusivo saludo de la muchacha, Sullivan se sintió alarmado ante su palidez y el rictus torturado de su rostro.

—Mi querida señora De Clare, ¿cómo se encuentra?

—Físicamente bien. Mis sufrimientos tienen que ver con el alma.

—¿Qué le ocurre? ¿Puedo ayudarla?

—Padre..., he implorado ayuda a Dios para arrancar de mi cabeza y de mi corazón pensamientos que no debería, pero...

—Cuénteme qué sucede...

—Supongo que no existe ninguna dispensa que permita un posible matrimonio entre... una madrastra y su hijastro.

—¡Señora De Clare! ¿Qué ha sucedido? ¿Ha hecho el joven señor De Clare algo que...?

—¡No! —lo cortó—. Corrigan... el señor De Clare no ha hecho...,

pero creo que él... y yo... al menos yo... Padre —confesó—, me he enamorado de ese hombre. —Creyó que al expresar sus sentimientos en voz alta encontraría cierto alivio, pero no fue así. El silencio que acompañó a sus palabras las convirtió en algo siniestro.

—¡Dios mío! Eso no es posible —acertó a contestar el sacerdote tras sobreponerse a su confesión—. No puede haber ninguno vínculo afectivo entre una madre y su hijastro más allá del respeto mutuo. Esa es una relación absolutamente prohibida por la iglesia, debería saberlo.

—Lo sé, pero... si fuera posible algún tipo de dispensa...

—Puede ocurrir entre un tío y su sobrina, o entre primos, si se trata de uniones que conciernen a la realeza. En ningún caso suelen ser normales entre el resto de los mortales, pero entre usted y Corrigan de Clare... ¡es de todo punto imposible!

Sidonie amagó un sollozo. El sacerdote, al ver su sufrimiento, la hizo sentarse en una silla cercana y le sirvió un vaso de agua, que ella tomó entre sus temblorosas manos.

—¡Imposible! —repitió para sí misma más que para ser escuchada —. ¿Por qué, padre? A Corrigan y a mí no nos une nada en realidad...

—No sois parientes de sangre, pero estuvo casada con su padre, y el matrimonio se consumó... supongo.

La muchacha levantó la vista para mirar al sacerdote a los ojos y asintió.

—¿Se da cuenta? Con ello aceptó a su hijo como si fuera suyo.

—No lo es, yo ni siquiera había nacido cuando él ya era un muchacho.

—Lo sé, lo sé..., pero son los dictados de la iglesia, y si se atreviera a ir contra ellos, sería expulsada de su seno, se convertiría en una hereje y se condenaría por toda la eternidad. Y él también lo

haría.

La muchacha bajó la mirada y contempló el intrincado dibujo de las baldosas del suelo, sin verlas, en realidad.

—Padre..., necesito sacármelo de la cabeza, pero... ¡no puedo!

—¿Él lo sabe?

—Supongo que... lo intuye.

—¿Y cuáles son sus sentimientos? ¿La corresponde?

—No lo hemos hablado abiertamente, pero... —Sidonie suspiró y un destello de luz iluminó su mirada— creo que sí.

—Entonces deben luchar ambos por no caer en la tentación. Y debéis alejaros, dejar de convivir bajo el mismo techo. Corrigan de Clare ha vivido una existencia de disipación, tal vez usted solo sea un capricho, un trofeo para él. Debe ser usted quien se marche, abandone su influencia.

A Sidonie le mortificaron sus palabras porque pensó que tenía razón. Corrigan estaría acostumbrado a conseguir cualquier mujer que se propusiera. Ella era la prohibida, la única que no podría ser su amante, la esposa de su padre. ¿Y si solo se trataba de eso en el fondo?

—¿No tiene ningún sitio a donde ir? ¿Nadie que la acoja?

—Yo... —Sidonie pensó en sus padres, en sus hermanas, un instante antes de recordar la promesa que le hizo a Dugan: vivir en el castillo por siempre, hasta que volviera a casarse. Patrick Lackland apareció en sus pensamientos. Él era quien podría alejarla de Corrigan, de sus brazos, de su presencia... antes de que fuera demasiado tarde—. Pensaré sobre ello, padre.

Después de misa, Sidonie consideró acercarse al mercado, pero se encontraba demasiado agotada emocionalmente como para prestar atención a algo que requiriera un mínimo esfuerzo, y volvió al castillo

en el carruaje conducido por el cochero.

Mientras regresaba contempló el paisaje desde la ventana, aunque sus pensamientos estaban muy lejos. Ojalá pudiera hablar con su hermana mayor, se dijo. Ella le aconsejaría, aunque en el fondo no había más que una salida a su situación y esta pasaba por otro matrimonio de conveniencia.

Diana se encontraba en Clifden, pero no le hablaría de sus sentimientos. La consideraba demasiado pequeña, demasiado frívola e inmadura como para que pudiera aconsejarla o comprenderla. En el fondo, ninguna recomendación era posible más que la de alejarse de Corrigan por cualquier medio.

Descendió del carruaje, entró en el castillo, dejó su sombrero y guantes a la entrada y cruzó el vestíbulo para acercarse hasta la sala donde quizá ya estaría su hermana esperándola.

Se detuvo bajo el vano de la puerta al ver como dentro de la estancia se encontraban Corrigan y Diana de pie, cerca uno del otro, y ella acariciaba delicadamente la solapa de la chaqueta del hombre, coqueteando descaradamente, sonriendo encantada, sin que al parecer a este le molestara.

El bolso cayó de su mano, y el sonido al chocar contra el suelo llamó la atención de los dos.

—Sidonie, ¿dónde te has metido? Llevamos siglos esperándote...

—Diana, sube a tu habitación.

—¿Qué ocurre?

—¡Ahora!

La muchacha no era una criatura obediente, pero el imperativo tono de voz de su hermana, que se salía absolutamente de lo acostumbrado, la impelió a obedecerla. Se apartó del caballero, pasó junto a ella, y la ira que vio reflejada en su rostro evitó cualquier

protesta.

Cuando Corrigan y Sidonie estuvieron solos, se acercó a él hasta detenerse a una distancia prudente.

—¿Qué pretende, señor De Clare? ¿No tiene suficiente con mortificarme a mí que también intenta divertirse a costa de una niña?

—¿Una niña?, ¿quién?, ¿Diana Beauchene? Solo tiene dos años menos que usted, ¡por el amor de Dios! ¡Le aseguro que usted es más inocente que ella!

—¿Qué insinúa?

—Su hermana es una coqueta... Estaba poniendo a prueba mi paciencia y sus encantos a la hora de flirtear con un hombre.

—¡¿Cómo se atreve?! No parecía usted en absoluto molesto. Parecía... complacido.

—No lo estaba para nada, se lo aseguro, me limitaba a ser cortés, pero..., señora De Clare, ¿le molesta que una dama bonita se interese por mi persona? ¿Cree que podría pensar en otra mujer que no fuera usted?

—No me molesta que las damas lo atosiguen, que lo persigan y lo arrastren al infierno si así lo desea, pero... ¡deje en paz a mi hermana! Es usted un embaucador, peligroso y perverso. ¡Le prohíbo que se acerque a ella!

Corrigan rio, mostrando una sonrisa que aceleró los latidos del atormentado corazón de la joven. Lo encontró odioso y absolutamente cautivador.

—Y aun así..., sé que sueña conmigo —la muchacha contuvo la respiración—, como yo lo hago con usted.

Sidonie bajó la vista, quiso negarlo, quiso decirle que estaba equivocado. No pudo. Se dio la vuelta para marcharse sin darle explicación o respuesta alguna.

Sin embargo, antes de salir de la estancia, él la retuvo un momento, tomándola del brazo. Se situó justo detrás de ella y, acercando su rostro a la curva de su cuello, musitó junto a su oído:

—No ha habido un solo minuto de mi tiempo alejado de Clifden en el que no haya pensado en usted... con la más perversa de las intenciones.

Capítulo 15

Con el corazón latiendo desbocado y las piernas temblorosas por la confesión de Corrigan antes de marcharse del salón, Sidonie se obligó a hablar con Diana. Entró en su habitación sin llamar.

—¿Puedes explicarme qué demonios hacías con el señor De Clare?

Su hermana se impresionó, se asustó, incluso, al constatar el enorme enfado de Sidonie. En toda su vida la había escuchado decir nada irreverente.

—Yo...

—¿Por qué coqueteas con él? ¿Acaso no te dejé claro que es un hombre peligroso?

—Sidonie, por favor... ¿Cómo puedes pensar eso? Es caballeroso y agradable.

—Muy bien, ¿y qué más conoces de él?

—Es el hijo de tu esposo.

—¿Y qué te conté hace no mucho sobre el comportamiento de mi esposo? ¿Ya no lo recuerdas?

A Sidonie le dolió el corazón al comparar a Dugan con Corrigan, pero por una extraña razón era incapaz de contener su ira, y si aquello era necesario para que Diana se alejara de él, lo utilizaría.

—Él no parece tan desalmado.

—¿Y tú qué sabes, Diana? Ni siquiera yo conozco gran cosa sobre él. Su pasado es un misterio, apenas habla de ello. Me da la sensación de que oculta algo —murmuró para sí más que para que lo oyera su hermana.

—Entonces, quizá no sea seguro quedarte en Clifden.

—Debo hacerlo, estoy obligada, pero tú no.

—¿Qué quieres decir?

—Que te marcharás tan pronto como puedas hacerlo con seguridad.

—Oh, Sidonie, me echas... —protestó compungida Diana.

—No, Diana. Te protejo... de él y de ti misma. No puedes evitar flirtear si algún caballero te llama la atención, y en este lugar solo se encuentra el señor De Clare, que no es un buen partido en ningún caso.

—¿No lo es? Es rico y bien parecido. ¿Tiene secretos? Bueno, cuando una mujer se casa acaba por descubrir los misterios del esposo.

—Así es, mi querida hermana. Y cuando los descubre, se da cuenta de que ya no hay marcha atrás y que debe convivir con ellos. Créeme, sé muy bien lo que digo. Diana, tu curiosidad me hace determinar tu marcha lo antes posible. Puede que creas que estoy evitando que pesques a un esposo, pero lo que impido es que te conviertas en el hazmerreír y la diversión de un hombre sin escrúpulos.

La joven contempló a Sidonie muy seria. Apretó los labios, como para evitar contestarle.

—Está bien, como quieras —concedió—. Volveré a Brighton.

Sidonie asintió y salió de la alcoba, cerrando la puerta tras ella.

En el pasillo apenas pudo dar más de dos o tres pasos hasta

detenerse y, apoyando la espalda en la pared, intentó calmarse, procurando controlar su respiración acelerada.

«¡Dios mío! Esto que siento... Temo por Diana, temo por ella, pero sobre todo me da pavor que Corrigan pueda desearla y ella consiga lo que yo nunca tendré... Estoy celosa de mi hermana pequeña», descubrió mortificada.

A duras penas llegó a su habitación y se echó sobre la cama. Caviló que en su discurso ante la joven había mezclado su instinto de protección por ella con el temor a perderlo a él. Debía confesárselo. No había sido completamente honesta con Diana. Temía que él pudiera utilizarla de alguna forma, pero también que la prefiriera.

«¡Qué tonta! ¡Qué ilusa!», se dijo. Él no le iba a pertenecer de ninguna de las formas. Si no era su hermana sería otra. Y quizá eso fuera lo mejor, que él encontrara a alguien, que la olvidara y así ella dejaría de atormentarse en su presencia. Otra que no fuera Diana, porque no iba a permitir que su hermana se implicara en la familia De Clare, una familia maldita.

En los días posteriores, Sidonie y Diana evitaron a Corrigan tanto como fue posible, aunque el comportamiento del hombre fue en extremo correcto.

La señora De Clare detectó en su semblante cierta preocupación, en ocasiones sus pensamientos no parecían estar donde su cuerpo se hallaba e incluso vislumbró cómo cruzaba miradas significativas con Nola. «¿Qué está sucediendo?», se preguntó.

Sin embargo, nada pudo averiguar y no tuvo tiempo para ello, ya que Lackland fue a hacerles una visita para despedirse, pues se marcharía a Galway unos días por asuntos de negocios.

Los tres tomaron el té. Durante esos momentos, Sidonie comprobó que Diana no mostraba interés alguno por el caballero,

incluso parecía que le aburriese su conversación. En realidad, para ella Patrick había sido el disponible acompañante durante su estancia en Clifden. Y Lackland no parecía mostrar interés en ella tampoco. Constatar aquello le hizo tomar una decisión, que en el fondo le dolió más de lo que pudo llegar a imaginar.

—Señor Lackland, me pregunto si... —Sidonie observó a su hermana. Diana la entendió con aquella sola mirada y no se opuso— si sería posible que, ya que tiene intención de ir a Galway, acompañara a mi hermana y a su doncella hasta allí y se asegurara de que toman un barco a Brighton.

—Mi señora De Clare, sería para mí un placer acompañar a su hermana. Por supuesto que me encargaré de que tome un pasaje en el mejor barco que vaya a Brighton, puede que incluso conozca al capitán, tengo muchas relaciones en la marina.

—Eso es estupendo. No olvide presentarme a sus conocidos, señor Lackland —pidió Diana, quien mudó su humor sombrío por uno mucho más alegre en cuanto le pareció detectar cierta diversión en su viaje de vuelta.

Sidonie le dirigió una mirada de reproche.

—Me aseguraré de que el capitán la atienda con el cuidado que merece una señorita que viaja con su doncella.

—Alguien de edad avanzada y con familia que cuide a Diana como a una hija o una nieta, mejor —matizó Sidonie.

Diana levantó una ceja y compuso una media sonrisa irónica.

Hablaron entonces de los preparativos necesarios y del día de la partida, y el asunto quedó decidido. Se marcharían en menos de una semana.

Durante esos días anteriores a la partida, las hermanas consiguieron recomponer gran parte de la antigua confianza. Diana asumió que el aburrimiento le hizo coquetear innecesariamente con

el señor De Clare, pero que pensó que no tendría importancia ya que el caballero no le prestaba mayor interés.

—Me siento mal por hacer que te vayas antes de lo que te gustaría.

—¿Bromeas, Sidonie? Me aburro sobremanera aquí. Ya sabes que esta vida tan tranquila no es para mí. Me hastié tanto que no sé por qué pensé que flirtear con el señor De Clare sería un entretenimiento.

—¡Diana!

—No hago nada malo, no te escandalices. Eres demasiado seria, Sidonie. Me gusta ver la chispa de interés en los ojos de un hombre cuando le sonríes o bajas la mirada simulando timidez. Es... divertido.

—¿Y no temes que te tomen por una frívola?

—No, claro que no. Si lo haces bien, piensan que eres una muchacha inocente, no se les ocurre que en el fondo te diviertes a costa de ellos.

—¡Oh, Dios mío! ¿Y cuándo aprendiste todo eso?

—No lo sé. Supongo que es innato, no puedo evitarlo.

—¿Y... había alguna chispa de ese interés en los ojos del señor De Clare?

—No cuando me mira a mí —le dijo muy seria, observándola sin pestañear.

—¿Qué quieres decir?

—Que es a ti a quien desea, Sidonie. Eres tú la que estás en sus pensamientos.

—No, no puede ser, te equivocas...

—Se le iluminan los ojos cuando te ve, y te sigue con la mirada cuando estás en la misma habitación. Parece que no presta atención cuando hablas, pero está atento a cada palabra que dices y, a veces,

recuerda cosas de las que hablaste hace semanas... Quizá no deba ser yo la única que tendría que marcharse, hermanita. Si no fuera porque te conozco y sé que eres la mujer más estricta, responsable y piadosa del mundo, temería por ti.

Sidonie deseó poder confesarle a su hermana sus sentimientos, verter la agonía de su corazón, pero nunca lo haría. No podría atormentarla con una confesión como aquella, mientras, hipócritamente, la apartaba de su lado con la excusa de protegerla.

—No. Te equivocas, Diana. Le resulto totalmente indiferente al señor De Clare. Estoy convencida de que solo me ve como la esposa de su padre —le dijo zanjando el asunto, deseando poder creer sus palabras.

Capítulo 16

El viernes de esa semana, Lackland pasó a recoger a Diana y a su doncella en un cómodo carruaje conducido por un cochero.

Corrigan se había despedido de ella la noche anterior, ambos absolutamente correctos e, incluso, amigables.

Los baúles esperaban en la entrada, y mientras Diana se encontraba aún en su alcoba preparándose para el viaje, Lackland tuvo tiempo de hablar con Sidonie en privado.

—No se preocupe por nada, señora De Clare. Yo velaré porque su hermana se encuentre amparada en todo momento. Aspiro a que en un futuro ella se pueda convertir en mi hermana también y, por tanto, asumo con responsabilidad su cuidado.

Sidonie mostró una expresión de sorpresa ante las palabras del caballero.

—No puede haberle pasado desapercibido mi interés en usted —continuó—. Deseo convertirla en mi esposa y alejarla de este lugar tanto como pueda. ¿Pensará en ello mientras me hallo ausente y podrá darme esperanzas a mi vuelta?

—Yo... pensaré en ello, señor Lackland, pero... ¿por qué pretende alejarme?

—No me gusta el hombre en que se ha convertido Corrigan. Me da mala espina. ¿Qué sabe usted de él? ¿A qué se dedica? ¿Cómo puede vivir de forma tan desahogada un hombre que se marchó de aquí sin nada en los bolsillos?

—Su herencia, supongo...

—No ha tocado un solo penique de su herencia desde que volvió. Y ha hecho grandes dispendios en el pueblo, en la taberna, en la parroquia católica, incluso en la escuela. ¿Sabría decirme de dónde viene todo ese dinero?

—No, no tengo la menor idea. ¿Cómo sabe usted que todos esos gastos no han salido del legado de su padre?

—Porque no lo ha aceptado aún. Su abogado me comentó que los documentos, incluido el título de propiedad del castillo, continúan sin firmar y, por tanto, no puede disponer de él.

Sidonie pensó en lo extraño que era que no se hubiera hecho cargo de la propiedad del castillo. ¿Qué significaba aquello? ¿Estaría esperando a que ella se marchara?

—¿Y por qué nadie sabe a qué se dedica? ¿Lo sabe usted? —continuó Patrick.

—Ya le he dicho que no sé nada.

—Me sentiré mucho más tranquilo cuando la convierta en mi esposa y vaya a vivir conmigo. Mientras tanto, cuídese.

—No tiene nada de qué preocuparse.

Diana apareció en ese instante y Sidonie respiró aliviada. No le gustaba lo que Lackland insinuaba de Corrigan, por mucha razón que tuviera, y mucho menos escucharlo exponer su intención de casarse con ella y la urgencia de tener que tomar una decisión a su vuelta.

Las hermanas se abrazaron y, mientras Lackland se ocupaba de dar instrucciones al cochero sobre el equipaje, se despidieron.

—Cuídate mucho. Y, por favor, en adelante muéstrate lo más recatada posible, olvida toda esa coquetería.

Diana esbozó una sonrisa pícara.

—Ellos las prefieren recatadas, así que me mostraré en extremo pudorosa e inocente.

—Oh, Diana, no bromeo...

—Lo sé, hermanita. Te quiero.

—Yo también, Diana. Escríbeme en cuanto llegues.

—Lo haré, pero... —Su hermana la miró a los ojos con un semblante preocupado—. Creo que eres tú la que deberías tener cuidado. No solo a De Clare le brillan los ojos.

Sidonie se quedó paralizada, no supo qué decir. Lackland se acercó para informar que todo estaba en orden. Diana, su doncella y el caballero subieron al carruaje y este se puso en marcha.

Sidonie se quedó durante largos minutos contemplando como la silueta del vehículo se perdía en la lejanía, considerando la advertencia de Diana. Ella se felicitaba por haber puesto a salvo a su hermana, pero, en realidad, tal vez con su marcha lo que había hecho era ponerse en peligro a sí misma.

No vio a Corrigan en todo el día.

Lo encontró esperándola a la hora de la cena, contemplando el paisaje por la ventana con las manos a la espalda, como solía. Se volvió al sentirla llegar. Le dedicó una sonrisa tenue y la ayudó a sentarse.

Hablaron poco durante aquella comida, pero su conversación resultó de lo más correcta. Nada de insinuaciones ni de alusiones a su marcha de Clifden. Ambos estuvieron comedidos.

Aquello fue como el simulacro de un encuentro entre dos conocidos que se trataban con cordialidad. Sin embargo, a Sidonie el

corazón le latía atolondrado, se prohibía observarlo a los ojos, evitaba perderse en la oscuridad de su mirada. Posaba la vista sobre sus manos, grandes y fuertes, contenía un suspiro al recordar su tacto sobre su cabello, su rostro, su piel... la noche de los cristales rotos.

A Corrigan, por su parte, tenerla tan cerca y, a pesar de ello, tan inalcanzable le suponía una tortura que disimulaba con una falsa sensación de cortesía, casi indiferencia. Contemplar su rostro, su cabello, sus ojos, sus labios, la curva de su cuello sin tener la oportunidad de besarlos y adorarlos era un martirio para su alma y para su cuerpo en llamas.

La cena concluyó. Sidonie se despidió, y él musitó que aún tardaría en acostarse. Tantas cosas por decirse, por compartir, y solo podían permitirse un fino velo de indiferencia.

Aquello se repitió a lo largo de los días. La falsa máscara de cordialidad y desinterés, por fuera; el corazón anhelante y el deseo punzante en el interior, oculto a duras penas. Se evitaban; pasar tiempo juntos no haría más que desvelar la prohibida verdad.

A Sidonie no le era fácil conciliar el sueño. Sus pensamientos se debatían entre sus deseos y su obligación, ¿Qué haría cuando Lackland regresara? Debía aceptarlo, debía huir de las emociones que Corrigan le provocaba, de su misterio, de su presencia. Aunque aquello le supusiera destrozar su corazón, evitaría la condenación de su alma.

Durante sus noches de desvelo había oído ruidos, pasos en el corredor, suponía que Corrigan estaría despierto. Sin embargo, esa noche de insomnio, sentada junto a la ventana, se percató de un movimiento en el páramo. Se levantó y, amparándose en la privacidad que daban las cortinas, observó tras ellas la familiar

silueta de un hombre en dirección al acantilado.

No lo pensó. Se cubrió rápidamente el camisón con un echarpe, se calzó unas botas y salió de su alcoba. Echó a correr en dirección a las escaleras traseras de servicio, desde donde saldría antes al exterior y podría alcanzarlo en poco tiempo.

Aunque su intención no era dejarse ver, en absoluto.

Averiguaría de quién se trataba, si bien estaba convencida de que era Corrigan. Quería saber hacia dónde lo conducían sus pasos por las noches. Estaba casi segura de que era él a quien había visto en varias ocasiones desde su ventana.

Le impactó con contundencia el frío al salir del edificio. Oculta por la oscuridad nocturna, consiguió acortar distancias con el caminante y pudo acompasar sus pasos a los de él. Iba casi sin resuello por la carrera y por las grandes zancadas con las que la figura avanzaba y que ella se obligaba a mantener. Pronto dejaron a la derecha los muros del cementerio y, más allá, las tumbas de Dugan y Jane. El ulular del viento se hizo más constante.

El hombre, en el acantilado, tomó un escarpado camino que bajaba y conducía hasta la playa. Ella lo siguió en silencio.

Sidonie lo había utilizado en un par de ocasiones, pero no era el más idóneo para bajar con comodidad. Era estrecho, lleno de maleza, piedras y ramas de árboles que crecían a su libre albedrío sobre la inclinada pendiente.

Muchos otros caminos conducían a la playa de forma más cómoda, eran anchos y arenosos. Sidonie se preguntó por qué, de entre todos ellos, Corrigan habría elegido el más peligroso y oculto.

Posaba sus pies con cuidado sobre la menguada senda. Uno tras otro, para que sus pasos no se oyeran y para evitar tropezar y caer. Tras un rato bajando, perdió de vista al hombre. Se preguntó si no serían ciertas las leyendas de cuevas ocultas que horadaban el

acantilado y Corrigan habría desaparecido en el interior de alguna.

No consideró volver, bajaría hasta la playa y vería qué hacer. Probablemente lo encontrara caminando cerca de la orilla. Quizá solo estaba dando un paseo en una noche de desvelo.

Varios pasos más adelante, un brazo masculino que no alcanzó a detectar la atrapó con fuerza de la cintura y una mano tapó su boca.

Quiso chillar y forcejeó para soltarse, sin éxito. Una voz junto a su oído le susurró:

—No grites, Sidonie. Nadie debe saber que me has seguido.

Ella reconoció la voz de Corrigan y cesó su lucha. Cuando él la notó calmada, destapó su boca y la acomodó junto a él, sin soltar su cintura, muy juntos los cuerpos, ocultos ambos tras el tronco de un árbol viejo que crecía desde hacía décadas en el escarpado camino.

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué me sigues? —Quiso saber, tuteándola.

—Si le hubiera preguntado donde va todas las noches, ¿me lo hubiera dicho?

—¿Me has visto antes?

—Sí.

—Olvídalo, entonces. Vuelve al castillo, entra en tu habitación y métete en la cama. Piensa que todo esto no ha sido más que una pesadilla.

—¿Una pesadilla? ¿Tan horrible es? ¿Qué oculta, señor De Clare?

—Es mejor que no lo sepas. No quieras ser cómplice de mi satisfacción.

—No te entiendo, Corrigan —lo tuteó ella a su vez, embotados sus sentidos por su cercanía, por aquella situación desconocida y peligrosa.

—Sidonie... —Le acarició la mejilla suavemente, tomándose todo el tiempo del mundo, y bajó por su mandíbula hasta alcanzar con su

dedo pulgar sus labios y reseguirlos, mientras la adoraba con su mirada oscura donde minúsculos puntos como estrellas parecían fulgir.

La muchacha entreabrió los labios, él introdujo la punta de su dedo, sintiendo el roce de sus dientes inferiores. Ella atrapó el dedo masculino entre sus incisivos, lo humedeció con la punta de su lengua. Sorbió.

Corrigan dejó escapar un suspiró cuando Sidonie lo liberó y, sin soltarla de la cintura, sumergió su mano libre entre los bucles del cabello, que llevaba suelto.

Se acercó tanto que creyó que iba a besarla, pero él hundió su rostro en la tibieza y suavidad de su melena, en el hueco del cuello, y sintió su respiración agitada. La embargó su atrayente aroma, el peso del cuerpo masculino sobre el suyo.

Sidonie cerró los ojos y se dejó llevar por las sensaciones que él le hacía sentir. La dureza de los contornos de su cuerpo, su piel ardiente, el leve roce de los labios sobre su cuello, la mano que se había apoderado de su cintura y se movía hacia su vientre y la que, posada sobre su cuello, lo echaba hacia atrás para hacerlo arder al contacto con sus labios dejando un camino de besos hasta llegar a su boca.

Los labios se fundieron en uno solo y las lenguas cabalgaron una sobre otra, sedientas de deseo, de placer, de necesidad. Con aquella entrega se confesaron lo mucho que se necesitaban, lo mucho que se adoraban, pese a lo prohibido. Se besaron largamente, con apremio, con ternura, con rabia, con pasión y codicia.

Se oyó un inesperado silbido procedente de la playa y desunieron los labios. Sin el calor de sus besos, ella bajó los brazos que habían rodeado su cuello y acariciado su espalda en una lenta agonía, como si despertara de un sueño.

Corrigan entrecerró los ojos, observó el horizonte y una luz ondulante brilló un momento cerca de la orilla.

—Tienes que marcharte, Sidonie.

—Pero...

Él tomó su rostro entre las manos, la miró a los ojos, inclinó la cabeza y posó su frente sobre la de la muchacha.

—Vete y no mires atrás. Prométemelo.

Ella notó la tensión en su voz, en las manos que la atrapaban, asintió.

La liberó del calor de su cuerpo y la empujó con suavidad al camino. La joven le dedicó una última mirada y comenzó a volver sobre sus pasos, dejándolo atrás, sintiendo como si la mitad de su cuerpo se hubiera quedado en aquel paraje.

Capítulo 17

El sendero de vuelta le pareció una tortura, como si sus piernas arrastraran cadenas que se hacían más pesadas cuanto más se alejaban de Corrigan.

Una fina lluvia comenzó a caer cuando estaba a punto de llegar al castillo. Subió en silencio a su habitación, asegurándose de que nadie pudiera oírla. Se quitó los zapatos y se cambió sus ropas empapadas, tomándolas entre sus manos, sumergiendo su rostro para aspirar el olor del cuerpo del hombre sobre ellas.

Así que esto era el amor, se dijo. Resultaba curioso que la iglesia prohibiera que se amaran cuando ella ni siquiera había pensado por un momento en su difunto esposo. ¿Qué tenía que ver este fuego interior que la abrasaba y la enajenaba con lo que Dugan le suscitó alguna vez?

Aún estuvo un rato contemplando el paisaje desde el ventanal del balcón, por si lo veía regresar. Al cabo de no supo cuánto tiempo, decidió recostarse en la cama y cerró los ojos para volver a sentir las manos cálidas de Corrigan recorriendo su cintura, su vientre, enredándose en su pelo, mientras sus labios poseían los suyos con pasión.

Una solitaria lágrima rodó por su mejilla. Lo amaba, pero era un amor prohibido. Lo deseaba, pero se condenaría, ambos lo harían, si se convertían en amantes.

Se levantó varias veces para asomarse al balcón, pero solo vislumbró el páramo desierto. Cayó en un duermevela intranquilo, no descansaría hasta que supiera que él estaba a salvo.

Unos pasos junto a su puerta la sacaron de su ensueño. Alguien se encontraba frente a la entrada de su alcoba. Se incorporó y permaneció sentada en la cama, atenta. Estaba a punto de levantarse para cerciorarse de que no lo había soñado cuando vislumbró que el picaporte de la puerta se movía y esta se abría lentamente.

La figura de Corrigan apareció bajo el vano de la entrada. Sus ojos se posaron sobre ella de inmediato.

—Quería... —Lo oyó decir en voz baja. Ella posó un dedo sobre sus labios, pidiendo silencio. Se reclinó hacia adelante como invitándolo a acercarse.

Él entró y cerró la puerta.

Sidonie se levantó de la cama y caminó hasta la figura indecisa del hombre que se había detenido tras la entrada. Se acercó hasta que pudo contemplar con claridad su rostro atormentado, su cabello mojado, su mirada brillante y enamorada.

—Quería... necesitaba saber que estabas bien —le explicó Corrigan dando un paso en su dirección.

Un suspiro salió de los labios de Sidonie. Había temido por él y ahora se encontraba allí, junto a ella, tan cerca que con solo alargar su brazo podría tocarlo.

Ignoró la voz interior que la alertaba del peligro y posó su palma sobre el pecho del caballero. Sintió el tacto de la ropa húmeda. Él atrapó su mano entre una de las suyas, con la otra se abrió varios

botones de la camisa y la condujo hasta debajo de su ropa, donde su corazón vibraba.

La piel de su pecho y la palma de la mano femenina se fundieron, y ella pudo distinguir con claridad los acelerados latidos masculino.

—¿Lo notas, Sidonie? —Ella asintió—. Es mi corazón que palpita por ti.

La muchacha se pegó a su cuerpo, y él la tomó entre sus brazos y la besó dulcemente; al principio, con desesperación; y ansia, después.

—No puedo... no debo... hacerte esto —le espetó cuando la liberó de sus brazos—. Yo no soy bueno para ti, Sidonie, no te merezco.

—Corrigan, te amo.

Él dio un paso atrás. Su rostro era la máscara del sufrimiento, de la oscuridad.

—Debo protegerte, no puedo hacer esto...

—Te necesito. Solo esta noche...

—Pero yo te quiero todas las noches y los días de mi vida, Sidonie.

—Yo te amaré toda la vida, pero solo puedo ofrecerte una noche. Y el resto de mi existencia deberé arrepentirme..., pero ahora no quiero pensar, solo... sentir.

—Lucharé por ti, conseguiré que estemos juntos.

La joven le sonrió dulcemente. No habría ninguna oportunidad para ellos, pero esa noche caería en la tentación de morir entre sus brazos. El resto de su vida lo dedicaría a expiar su pecado, recordándolo, intentando encontrar el arrepentimiento que en estos momentos era incapaz de imaginar.

Al calor de su sonrisa, Corrigan la tomó entre sus brazos y le susurró al oído:

—Confía en mí.

Era inútil, ella no se condenaría en el infierno y sometería a su

familia al oprobio por vivir en pecado o huir con él.

—Solo esta noche —musitó de nuevo, echando la cabeza hacia atrás, permitiendo que él la sometiera con sus besos, que estos bajaran desde el cuello hasta el escote, que arrancara los botones de su camisón de fino hilo y la dejara desnuda para tomar sus pechos entre sus labios, sorberlos y pellizcarlos, arrancándole gemidos de placer.

Sin dejar de besarla, la condujo hasta la cama y ella lo fue desvistiendo con urgencia, despojándolo de sus ropas mojadas, mientras él continuaba torturándola con su lengua enfebrecida. Su torso quedó desnudo y él la ayudó a liberarlo del resto de su ropa.

Admiró su cuerpo masculino desnudo, los músculos de su pecho, de su vientre, de sus brazos; sus piernas fuertes y largas y el enhiesto y firme centro de placer que palpitaba por ella.

Sidonie posó sus labios sobre la piel que recubría su corazón, sintiendo el roce del fino vello masculino, mientras notaba como sus manos se deslizaban desde su cuello, recorrían los suaves senos y encendían placeres secretos sobre su vientre.

Corrigan la recostó sobre el lecho y sus manos continuaron moviéndose, bajando por el monte de Venus, hasta empaparse de la humedad secreta y palpitante de su sexo.

Los dedos masculinos dibujaron formas ondulantes, círculos de felicidad sobre su recóndita femineidad. Su tacto la hacía jadear, suspirar, suplicar esperando una satisfacción. Se oyó llamarlo por su nombre y pedirle que la completara.

Corrigan se hundió en ella lentamente, contemplando su rostro anhelante, sus labios entreabiertos, la aceptación en su mirada. Y comenzó una cadencia de placer que los unió por completo y los hizo arder en llamas.

Sidonie sintió que su vientre se volvía líquido y se deshacía,

convirtiendo todo su cuerpo en agua candente que fluía, abrasaba y aliviaba a su vez. Él, en su interior, dejó fluir un río de lava que se unió al de ella, sin apartar la mirada uno del otro, encontrándose en las pupilas del amado, en la respiración acelerada, en el clímax del deseo.

Abrazados, los latidos fueron sosegándose, la respiración pareció calmarse, los jadeos y gemidos, los sollozos de placer se quedaron para siempre atrapados en la memoria del otro.

Sidonie sabía que no habría más que una noche y que debería de arrepentirse de ella para evitar condenarse, pero después de sentirlo dudaba de que alguna vez fuera capaz de retractarse. Evitó pensar. Aquella noche les pertenecía, se amarían hasta que saliera el sol, y después... no permitiría que la volviera a tocar.

Sintió su mirada y se volvió para enfrentar su rostro, ambos recostados uno junto al otro. Acarició su contorno masculino, lo admiró con una sonrisa.

—Te amo, Sidonie, y, sin embargo, no deberíamos...

—Mañana nos arrepentiremos... tal vez. No volveremos a encontrarnos, pero esta noche tomaré de ti lo que quiera y tú podrás hacer lo mismo.

Corrigan la besó, ella le mordió con suavidad los labios y, colocando una pierna sobre las suyas, se impulsó y se situó sobre él. El caballero la miró con una expresión endiablada, las pupilas titilantes de deseo. Ella inclinó la cabeza, dejó que su cabello se desparramara sobre el hombre, besó su rostro, su cuello, su torso. Él la tomó de la cintura, la colocó sobre el centro de su placer. Echándose hacia atrás, Sidonie lo aceptó y dejó que entrara en ella, duro y ardiente, y, siguiendo un instinto que nunca antes supo que tenía, se movió sinuosa sobre él, cabalgándolo, torturándolo con sus movimientos y su cadencia.

Se obligó a observarlo, a pesar de que su propio placer la obligaba a cerrar los ojos y dejarse llevar. Quería recordar para siempre ese momento y su expresión. Sidonie reconoció que estaba hundiéndose en la depravación, pero era incapaz de resistirse. Amaba a aquel demonio de Corrigan de Clare, y esa noche se hundiría en el infierno junto a él si era preciso.

Con un golpe de cadera, Corrigan la tumbó de espaldas en la cama, situándose sobre ella. La tomó de las manos y se las sujetó por encima de la cabeza, mientras que con la otra mano libre la tomaba de la cintura a la vez que se hundía más y más en ella. Sidonie gritó de placer, y él la besó para acallar sus gritos.

Poseyó su boca, su cuerpo, su espíritu y su voluntad las horas que restaron hasta el amanecer, llevándola una y otra vez al éxtasis, como si no hubiera un mañana, como si aquel fuera el último día sobre la Tierra, como dos locos enajenados, embriagados de deseo y amor.

Capítulo 18

El amanecer los encontró despiertos, reponiéndose de la última unión con la que habían intentado aliviar el deseo infinito que sentían por el otro. Se miraban a los ojos.

Había tanto que a ella le hubiera gustado saber de él, tanto que ya no le preguntaría...

Él acariciaba con dulzura la piel de sus hombros, de su vientre, cuando Sidonie percibió que la luz de la mañana comenzaba a enseñorearse de la alcoba. Se incorporó y tomó la mano de él, que descansaba sobre su vientre. La besó, percibiendo su propio olor entre los dedos, y la apartó con suavidad.

—Debes marcharte.

Corrigan nada dijo. Sus ojos oscuros se fundieron en el mar de los suyos, haciéndole saber lo mucho que la amaba. La tomó con suavidad del cuello y la atrajo hasta él para besarla.

Ella se dejó hacer, sintiendo por un momento que se rendiría de nuevo a su poder y al deseo mutuo. Suspiró contra su boca, se apartó y salió de la cama para taparse con una bata que yacía sobre el sillón junto a la ventana.

El hombre abandonó el lecho a su vez y comenzó a vestirse con

parsimonia, sin dejar de observarla. Cuando estuvo listo, encaminó sus pasos hasta la puerta, la abrió y le dijo:

—No dejaré que esto acabe aquí.

El corazón de Sidonie perdió un latido. No contestó.

Cuando Corrigan se marchó, corrió a echar la llave para no caer en la tentación de ir tras él. Pensó en vestirse y bajar a desayunar, pero antes abrió la puerta del balcón para permitir que el viento del páramo entrara y se llevara los recuerdos de la noche pasada.

No, se dijo, ella no quería olvidar. Ella quería volver a recordar todos y cada uno de los besos de Corrigan, sus caricias, sus ojos enamorados, su rostro enfebrecido por el deseo. Se echó sobre la cama para aspirar su aroma, como si así pudiera conservarlo junto a ella.

Aquello no era más que una vana ilusión. Esa noche había acabado, y ahora, ella debía enfrentarse a su destino.

Desayunó en la cocina para evitar encontrarlo. Nola la miró extrañada, pero nada le preguntó. A veces, Sidonie tenía la sensación de que el ama de llaves conocía sus pensamientos, que sabía más de Corrigan y ella de lo que ellos mismos eran conscientes.

Desgastó su energía caminando por el páramo, evitando el acantilado por si pudiera encontrarse con Corrigan allí. Tenía la firme determinación de que jamás volviera a repetirse lo ocurrido durante la noche, huiría de la tentación tanto como fuera posible.

Durante su paseo, Sidonie recordó los encuentros íntimos con su esposo, Dugan de Clare. Había creído que unas caricias rápidas y frías, el peso de un cuerpo masculino sobre el suyo tumbada boca arriba en la cama y el dolor de unos movimientos violentos en su intimidad era todo lo que podía esperar de una relación con un

hombre. ¡Qué equivocada había estado!

No recordó a su esposo ni un solo segundo mientras Corrigan le hacía el amor. Aquello que compartió con Dugan no tenía nada que ver con el amor o el placer. Su esposo había satisfecho su propio deseo mientras intentaba engendrar un heredero, sin considerarla en absoluto. Por suerte, las fuerzas se le acabaron en el primer mes de matrimonio y Sidonie respiró aliviada al dejar de estar sometida a sus caprichos.

Respiró profundamente para alejar de sí la memoria de esos miserables encuentros, y el recuerdo de los labios ardientes de Corrigan asaltaron sus pensamientos. Cerró los ojos y se dejó envolver por el eco de sus generosas y dulces caricias, por su mirada pícara y brillante, evocó su rostro ahíto de placer, el aroma de su cuerpo.

El viento secó sus lágrimas mientras regresaba al castillo, donde encontraría al hombre al que amaba pero que nunca más tendría.

Sidonie dio la orden de que las comidas le fueran servidas en su cuarto. No volvería a compartir ninguna con Corrigan. Saldría cuando estuviera segura de que él se encontraba fuera. Lo evitaría tanto como fuera posible.

Aquel comportamiento extraño no pareció causar sorpresa a Nola, quien la observaba con cierta aprensión, pero nada le decía. Corrigan, por su parte, pareció respetarla, pues no importunó sus deseos.

Varios días pasaron; y una mañana, Nola le anunció la visita del padre Sullivan. Bajó hasta la sala de estar, donde el sacerdote se encontraba esperándola.

—Mi querida señora De Clare, ¿cómo se encuentra? Estoy preocupado por usted, hace días que no viene a la parroquia, ni

siquiera asiste a misa... ¿ha sucedido algo?

El vicario parecía realmente afligido. Sintió cierta lástima por él.

—Padre..., volveré en cuanto me sea posible. Necesito un tiempo para reflexionar y... volver a sentirme digna de regresar.

—Señora De Clare..., temo por su alma.

—Yo también, padre. Mi alma se rebela..., se atreve a poner en duda los preceptos de Dios. Si él quiere que nos adoremos..., ¿por qué no es válido el amor entre Corrigan y yo?

—¡Dios mío! Sidonie de Clare, ¿qué ideas morbosas rondan sus pensamientos? Aparte su mente de ese hombre. ¡Es el hijo de su esposo!

—¡De él y de Jane Slade! ¡No mío! ¡No es nada mío!

—Obedezca los preceptos de la iglesia o condenará su alma inmortal.

—Si así fuera, pero me arrepintiera..., Dios me perdonaría, ¿verdad?

—¿Qué has hecho, muchacha?

—Yo...

En el rostro de la joven el sacerdote leyó el sufrimiento y la condenación. Quiso preguntarle, saber si había sido consentidora o si, quizá, se había doblegado a la voluntad de aquel malvado. Sin embargo, un criado llamó a la puerta en ese momento.

Sidonie intentó disimular su aflicción, a la vez que el vicario recomponía su semblante, y asintió para dejarlo entrar.

—Señora, el señor Patrick Lackland se encuentra esperando en la entrada.

Intentó reponerse de su desdicha, disimular su infelicidad. Levantó la cabeza muy digna.

—Dígale que pase, por favor.

El momento decisivo había llegado.

Patrick entró sonriente en la sala y saludó al padre Sullivan. Tomó la mano de Sidonie para besar respetuoso sus nudillos y se demoró a propósito.

—Señora De Clare, se encuentra usted tan hermosa como siempre, quizá más, si me permite decirlo. O tal vez sea lo mucho que la he echado de menos.

—Es usted muy caballeroso y me mira con buenos ojos.

—Con los mejores, no lo ponga en duda. Mi visita es para informarla de que su hermana embarcó en Galway hace menos de una semana, espléndidamente acompañada por una viuda y su hija, ambas conocidas mías y de excelente reputación. No tiene nada que temer. A estas alturas probablemente ya habrá llegado a su destino y puede que incluso se encuentre escribiéndole la carta que le prometió.

—No sabe lo mucho que le agradezco su ayuda, señor Lackland.

—No tiene nada que agradecerme. Ya le dije que me preocupa el bienestar de mi familia y que me gustaría que la señorita Beauchene formara parte de ella lo antes posible, como una hermana.

Sullivan asistía a ese intercambio mudo por la sorpresa.

—Es... mi deseo también, señor Lackland.

Los ojos del sacerdote se abrieron espantados, mientras que el caballero mostraba una sonrisa de satisfacción en su rostro.

—¿Quiere decir que...? Oh, señora De Clare... Confieso que contaba con que fuera posible, pero, aun así..., me hace muy feliz, señora. Padre..., creo que su visita no podría haber sido más oportuna. Ha sido testigo de un importante acontecimiento en nuestras vidas. Querida, ya que el padre Sullivan se encuentra aquí en este momento, ¿estaría dispuesta a decidir una fecha para la boda?

—Yo... quisiera que fuera cuanto antes —contestó tímida.

Sullivan asintió, como un autómata, observándola con la sorpresa pintada aún en el rostro.

—Podríamos dejar un margen de varios meses para las amonestaciones... —consiguió decir cuando se repuso de la sorpresa.

—No —lo cortó Sidonie—. No quisiera esperar tanto. Seguramente encontrará usted un hueco este mismo mes, o el siguiente a más tardar.

—¿No es maravilloso, padre, constatar que la futura esposa lo ha echado a uno de menos y está tan deseosa como el novio por comenzar una vida en común? Mi querida Sidonie, supongo que ya puedo tutearte, me fastidia llamarte por el apellido de tu difunto esposo, yo te mostraré las mieles de un matrimonio con un hombre joven y sano... Sin duda nuestra querida Sidonie no pudo disfrutar de ello en su anterior matrimonio.

Sullivan y la joven se miraron a los ojos.

—Señora De Clare, realmente, ¿cree necesaria esa urgencia por matrimoniar? No se ha cumplido aún un año del fallecimiento de su esposo.

—Muy pronto lo hará..., y yo... desearía formar una familia lo antes posible —susurró.

El sacerdote se sonrojó y no pudo evitar mirar con disimulo el vientre de Sidonie, perplejo por lo que la joven le había dado a entender. ¿Estaría esperando un hijo del pecado? Lackland, por su parte, soltó una carcajada y, dirigiendo una mirada lasciva a la que sería su esposa, le aseguró:

—Querida mía, tus deseos se cumplirán muy pronto, no me cabe la menor duda.

Capítulo 19

Nola entró en la sala con la bandeja del té y se encontró con la noticia de la boda de la señora De Clare. Sin poder ocultar su sorpresa, murmuró una «enhorabuena» a la pareja y salió desconcertada.

Pasado un rato y en vista de que el sacerdote no se marchaba, Lackland, quien aún debía de hacer varias visitas antes de la noche, se marchó a regañadientes. Le hubiera gustado estar un rato a solas con su futura esposa, pero al parecer, Sullivan no tenía intención de permitirles intimidad alguna.

—No sé si debo preguntarle, señora De Clare... —la interpeló el sacerdote en cuanto Lackland se marchó—. ¿Necesita casarse o lo hace por su propia voluntad?

—Mi voluntad va contra la de la iglesia, padre. Mi necesidad me obliga a hacerlo con el señor Lackland.

—Entonces ¿huye del peligro o quizá...?

—Usted me aconsejó que me alejara de Corrigan de Clare y eso es lo que estoy haciendo. Apartándome de él para siempre.

El sacerdote asintió, pensativo.

—Pero no ama al señor Lackland... Él solo cubrirá su vergüenza.

—Así será, si es necesario... ¿Qué otra cosa puedo hacer? La iglesia no admite que Corrigan se convierta en mi marido.

—¿Cómo ha podido caer en la tentación? Ese hombre tiene fama de desalmado. Digno hijo de su padre. ¿No se ha preguntado si la ha tomado para satisfacer su capricho?

—No. Él no es así.

—¿Acaso lo conoce más allá de los placeres impuros que hayan compartido? ¿Sabe cómo es en realidad? Convivió con su padre más tiempo y no llegó a descubrir su pasado.

Aquello fue un duro golpe para la muchacha, quien sintió como el aire escapaba de los pulmones ante la aseveración del sacerdote. Reunió fuerzas para contestarle.

—Corrigan oculta su verdadera forma de ser bajo una pose de zafiedad y descaro, pero, en realidad, es dulce y caballeroso, atento y considerado. No me haría daño de ninguna forma. Me ama... —musitó.

—No me pareció que la tratara con consideración durante la cena que compartimos.

—No nos conocíamos...

—Está poseída por el embrujo de ese hombre. Si realmente la amara, no la habría seducido y, tal vez, sembrado en su vientre la semilla de su pecado.

—Si tuviera la suerte de acoger en mi seno un hijo suyo me sentiría afortunada, pero Corrigan no debe saber nada, como tampoco deberá saberlo nunca Patrick Lackland si así fuera.

—Puede contar con mi silencio. Y con que celebraremos la boda lo antes posible.

—Gracias, padre.

—Desde este momento se arrepentirá de sus actos, y para expiarlos consagrará la vida a su esposo y a su felicidad. Deberá

tener presente siempre lo mucho que le debe. Ningún reproche, ninguna queja deberá salir de sus labios sobre él, y si su comportamiento se torna brusco o la trata con desapego, deberá considerarlo como parte de su penitencia.

—Lo sé.

¿Qué podría hacer? La única opción para no volver a caer en la depravación era casarse, y con ello se marcharía de Clifden, Corrigan se desharía del castillo y regresaría a su mundo. Y no lo volvería a ver jamás.

Le esperaba una vida de resignación, de tristeza, de añoranza, en la que tendría que arrepentirse de lo más hermoso que había vivido nunca. En su interior se decía que, si habían concebido un hijo, le pesara a quien le pesara, sería su único consuelo. Aún era pronto para saberlo, pero ella era puntual como un reloj con sus molestias mensuales femeninas y estas se estaban retrasando.

Tuvo que soportar la cháchara incesante del sacerdote sobre el arrepentimiento y la expiación durante un buen rato, antes de que este decidiera poner fin a la visita.

Lo acompañaba hasta la puerta cuando se encontró con Corrigan, que volvía del exterior.

Ella enmudeció, y Sullivan lo saludó cohibido:

—Señor De Clare, me alegro de verlo. Al parecer no se ha marchado aún, a pesar de que afirmó que lo haría pronto.

—No tardaré mucho en hacerlo.

—Vaya, entonces supongo que se perderá la boda de la señora De Clare. Lo echaremos de menos, aunque indudablemente sea lo mejor —le aseguró con voz firme.

Antes de que Corrigan pudiera reponerse de la sorpresa y preguntarle qué quiso decir, el sacerdote se despidió, no sin antes dedicar una mirada de advertencia a Sidonie.

—¿De qué boda habla? —le preguntó a la joven en cuanto Sullivan se marchó. La muchacha se encontraba lo suficientemente lejos de él, amparada por las sombras del vestíbulo, como para que no notara su turbación. Intentaba encontrar las palabras para responderle cuando lo oyó de nuevo, insistente—: Dime, Sidonie, ¿a qué se refiere?

—Voy a casarme con Patrick Lackland.

—No.

—Le he dado mi palabra. No puedes negarte, es lo que querías, lo más conveniente para los dos.

—Es lo que quería... antes de enamorarme de ti.

El suelo pareció moverse, volverse inestable ante aquella declaración. Intentó reponerse:

—Eso no cambia las cosas.

—¿Cómo es posible? Hubo un tiempo en que te quería lejos de Clifden, pero ahora no deseo que te vayas de mi lado. Yo te amo y sé que me correspondes...

—¿Y de qué sirve amarnos si no podemos estar juntos? No me pidas que viva contigo en pecado, que me convierta en tu amante y engendre hijos bastardos, no me rebajaré de esa manera...

—Yo tampoco deseo ese futuro para los dos.

—Entonces... acepta mi decisión.

—No puedo, Sidonie. Te amo —volvió a confesarle, acercándose a ella y tomándola entre sus brazos. Al sentir el contacto masculino, los fuertes y cálidos brazos que la envolvían, el roce de su cabello despeinado, la fina barba sobre su rostro, Sidonie sintió que su cuerpo dejaba de responderle, que se volvía acuosa y podría deshacerse en cualquier momento—. Solo te pido un poco de tiempo. Confía en mí —musitó él junto a su oído, para, a continuación, besarle el lóbulo de la oreja, el cabello.

Lágrimas afloraron a sus ojos, cuando ante el sonido de su voz profunda, de sus besos, su cuerpo y su corazón le reclamaron fundirse en el de su amado, pero su mente le prohibió hacerlo.

Ella se desprendió de su abrazo y se apoyó en un cercano aparador de la entrada para evitar desplomarse, en tanto recuperaba el dominio de sus sentidos.

—Dime, Corrigan, cómo pretendes que confíe en ti... ¿Acaso no eres hijo de Dugan de Clare, de mi difunto esposo?

—Lo soy, Sidonie, mal que me pese.

—Entonces... no hay nada que ninguno de los dos podamos hacer... más que alejarnos.

Él intentó acercarse de nuevo a ella. La muchacha lo detuvo con un gesto.

—Olvídame desde este momento, Corrigan. Yo... te juro que intentaré hacerlo como esposa de Patrick Lackland.

No necesitó mirarlo a los ojos para saber cuánto lo habían herido sus palabras. Se marchó precipitadamente del vestíbulo y subió las escaleras en dirección a su alcoba.

Corrigan la contempló sintiendo cómo el corazón le dolía a cada latido.

Nola salió de una sala cercana a su encuentro. Se acercó hasta él y lo miró compasiva.

—Corrigan...

—La amo, Nola, como nunca pensé que podría querer a ninguna mujer.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Le contarás...?

—No puedo defraudar a todos los que han depositado su confianza en mí. El asunto se resolverá según lo previsto. Pero... fui un estúpido al empujarla a los brazos de Lackland.

—Todo terminará en unos días y serás libre...

Corrigan miró a su anciana y querida ama de llaves a los ojos, sus palabras encendieron una luz de esperanza en su alma.

—Libre... del peso del pasado, libre de remordimientos... Arriesgaré mi vida por conseguirlo, pero no puedo arrastrar a Sidonie conmigo. No puedo ofrecerme tal y como soy.

—Corrigan, eres un hombre bueno, pese a las injusticias.

—La oscuridad, el rencor habitan en mi corazón... junto a la luz que desprende mi amor por ella. Debo saldar mis deudas, antes de soñar siquiera con mantenerla a mi lado.

Capítulo 20

Como si Corrigan la hubiera comprendido al fin y se hubiera resignado a lo más sensato, en los días siguientes apenas intuyó su estancia en el castillo. La evitó de igual manera que ella a él.

Notó que Nola la atendía con mayor frecuencia e interés. Supuso que la mujer percibía que algo debía haber pasado entre ellos y la vigilaba con mayor asiduidad, para prevenir un encuentro a solas, tal vez.

A petición de la propia Sidonie, Nola la acompañó también durante las visitas frecuentes de Patrick Lackland. Tarde o temprano se encontraría a solas con él, en su casa, en su alcoba, convertida en su esposa, pero postergaría cualquier avance del caballero tanto como pudiera. Estaba convencida de que Patrick no intentaría propasarse, pero la conversación sería intrascendente y la visita más corta si Nola actuaba como dama de compañía.

En una de aquellas citas, Lackland se mostró más inquieto de lo habitual. Preguntó en varias ocasiones por el señor De Clare y ninguna de las mujeres supo decirle dónde se encontraba. Intentó mantener una conversación coherente, pero Sidonie lo descubrió sumido en sus pensamientos con frecuencia.

—Señora O'Donnell, ¿sería tan amable de servirme un vaso de agua? —pidió el caballero.

Nola se levantó y se dirigió a una mesita donde una jarra de agua se encontraba acompañada de algunos vasos de cristal.

—No, no... Preferiría que me trajera agua fresca, si es tan amable —puntualizó.

Una vez que la mujer se hubo marchado de la estancia a cumplir el recado, Patrick se levantó de su butaca y se sentó junto a Sidonie en el sofá que esta ocupaba. Se acercó y, bajando la voz, le dijo:

—Sidonie, quisiera que esta noche no te encontraras en el castillo. Ven a mi residencia o, si piensas que pueda ser indecoroso, yo mismo hablaré con mis vecinos, los Boyle, para que te alojen entre ellos.

—¿Qué ocurre, señor Lackland? ¿A qué viene todo esto? —le dijo extrañada.

—No debería comentarte nada, pero temo por ti. El castillo está muy cerca de la playa y es el primer lugar donde intentarán ocultarse. No puedo dejar a nadie para protegerte, De Clare se daría cuenta.

—No le entiendo, explíqueme qué está ocurriendo.

—No necesitas saber nada... solo atender lo que te digo —fue su réplica.

Sidonie se sintió desconcertada por su tono tajante.

—No voy a hacer nada de lo que me pide si no confía en mí.

Lackland la miró a los ojos.

—¿Aún sigues sin saber a qué se dedica Corrigan?

—Nunca me lo ha dicho, y yo... no le he preguntado.

El caballero miró hacia la puerta como si alguien pudiera entrar en ese momento y sorprenderlos. Al asegurarse de que estaban a salvo de oídos ajenos, confesó:

—Estuve investigando en Galway sobre tu hijastro De Clare. Al parecer es conocido entre los bajos fondos de la marinería por sus actividades como pirata y contrabandista. Es dueño de una flota que utiliza como tapadera para sus actividades ilícitas en el Nuevo Mundo, y ahora ha posado sus ojos en Clifden. Ha regresado a su hogar para hacerles los honores a su abuelo y a su tío Slade, contrabandistas ambos.

Sidonie abrió los ojos espantada por la noticia. Eso explicaba por qué él bajaba a la playa de noche tan a menudo, pensó, y cuando lo descubrió le pidió que se olvidara de lo que hubiera visto u oído.

—Esta noche —Lackland prosiguió— va a tener lugar otro desembarco ilegal, pero esta vez sabemos dónde y cuándo ocurrirá, y los pillaremos por sorpresa a todos ellos. El alguacil y sus hombres ya se encuentran preparados. Sospechamos que hay muchos vecinos de Clifden implicados y que en esta ocasión la mercancía es un cargamento de armas enviadas para pertrechar a los rebeldes nacionalistas.

La muchacha se mantenía muda, incapaz de decir nada ante la sorpresa. Prefería escucharlo en silencio y que le contara todo lo que supiera sobre Corrigan, que desenmascarara quien realmente era.

—Los cazaremos como un día su propio padre cazó a su abuelo. Resulta curioso, Sidonie, si el viejo De Clare estuviera vivo, se moriría de la impresión.

Patrick soltó una carcajada ante su comentario, que no fue en absoluto correspondida por ella. El hombre prosiguió:

—Esto ocurrirá en pocas horas y no me gustaría que estuvieras aquí cuando tenga lugar. Tratarán de defenderse, de escapar, Corrigan quizá quiera refugiarse en el castillo. Debes marcharte.

La cabeza de Sidonie era un batiburrillo de pensamientos, y su corazón, un despojo dolorido por lo que Corrigan le había ocultado y

por lo que le ocurriría si los hombres del alguacil lo atrapaban.

Cayó en la cuenta de que solo ella podría evitarlo.

No lo dudó un instante. No aprobaba las actividades ilícitas de Corrigan, pero no quería que fuera asesinado o enviado a la cárcel. Debía de hacer algo, aunque aquello la convirtiera en cómplice.

—No puedo irme ahora. ¿No cree que resultaría sospechoso? ¿Qué podría decirle? ¿Cuál sería la razón para ausentarme cuando nunca antes lo he hecho?

—Podrías decirle que vas a cuidar de alguien enfermo, que te lo ha pedido el padre Sullivan.

—¿Él sabe todo esto?

—No, claro que no. Solo un puñado de hombres escogidos por el alguacil, los suficientes.

—Entonces, no es una buena coartada..., si le preguntase...

—¿Un católico hablando con un sacerdote protestante? No tiene mucho sentido.

—El padre Sullivan se ha sentado con nosotros a la mesa en alguna ocasión... Ellos mantienen cierta amistad. Patrick —lo tuteó por vez primera, intentando mostrarse más cercana—, no necesitas preocuparte por mí. Me encerraré en mi habitación y no le abriré a nadie. Tú mismo podrás venir por la mañana a informarme de lo sucedido y será entonces cuando saldré de la alcoba.

Lackland no parecía estar convencido. Ella prosiguió:

—Cualquier otra circunstancia resultaría sospechosa, pero el hecho de que no lo reciba cuando llegue y que cene a solas es algo de lo más habitual.

—Está bien —concedió a regañadientes—, pero debes prometerme que tendrás cuidado y que no le hablarás a nadie sobre lo que te he contado. Cuídate especialmente de esa Nola O'Donnell.

Sidonie asintió y miró con prevención la puerta por donde Nola

estaría a punto de entrar. Patrick captó el propósito de su mirada y se levantó. Dio un paseo frente a ella y cambió el tema de conversación por uno intrascendente. Sidonie se moría de ganas por preguntarle acerca de la redada nocturna, pero temía que Nola los escuchara y esto la comprometiera delante de Lackland.

La mujer entró poco después con una jarra de agua fresca y le sirvió al caballero. Mientras bebía, se acercó al ventanal que daba al exterior y contempló como el sol ya se ponía.

—Señora De Clare, se está haciendo tarde y debo irme. Además, parece cansada y no dudo de que desea recluirse y descansar, así que no la importunaré más con mi visita. Estoy seguro de que a la señora O'Donnell no le importará servirle la cena en su cuarto y no la molestará para que pueda descansar.

Nola observó a Sidonie mientras contestaba, sumisa:

—Así lo haré. Subiré a mi alcoba tan pronto se haya marchado. Espero encontrarme mejor cuando me visite mañana.

Salieron al vestíbulo y Patrick la despidió con una sonrisa de satisfacción. Le besó los nudillos, musitó un «cuídese» cargado de intención y esperó a que la dama subiera las escaleras para marcharse.

Cuando Sidonie se perdió entre las sombras de la planta superior en dirección a su habitación, Lackland se puso los guantes, se caló el sombrero y salió para tomar las riendas del caballo que el mozo le ofrecía y se encontraba ya preparado. Subió al animal y se alejó por el camino en dirección al pueblo.

Capítulo 21

Tan pronto el caballero salió del edificio, Sidonie, que había estado esperando oculta en el rellano superior, bajó a toda prisa para, asomada a una de las ventanas exteriores, comprobar que su prometido se marchaba de las inmediaciones del castillo.

Cuando el caballero desapareció de su vista, apenas se tomó un minuto en decidir lo que haría. Debía encontrar a Corrigan. No permitiría que lo emboscaran como a un conejo, pero no sabía a ciencia cierta dónde lo hallaría. Tal vez...

Corrió a la cocina en busca de Nola. No la encontró. Ordenó que la buscaran y la enviaran inmediatamente a la sala donde estaría esperándola.

Aunque la mujer no se demoró más de unos minutos en aparecer, a Sidonie aquellos instantes le parecieron una pérdida de tiempo precioso. El sol pronto se ocultaría.

Cuando la tuvo delante, se enfrentó a un momento de indecisión... ¿Y si ella no sabía? ¿Y si sus lealtades no se encontraban en el bando nacionalista?

—Señora, ¿me necesita? Creí que se había marchado a descansar y no quería ser molestada. ¿En qué puedo ayudarla?

—Nola... —Sidonie se acercó hasta ella y la tomó de las manos—. ¿Cuánto de importante es Corrigan para ti?

—Señora..., es el hijo de mi señor. Yo... lo he visto crecer. ¿Por qué...?

—Nola, necesito que me ayudes, que confíes en mí. Si sabes dónde está, por favor, dímelo. Tengo que verlo inmediatamente.

—Señora De Clare...

—Por favor, Nola, sé que estáis muy unidos. Va a pasar algo malo y tengo que prevenirlo.

El rostro de la mujer mostró una expresión de temor.

—La llevaré —le dijo.

Se pusieron un chal sobre los hombros y se dirigieron a paso rápido hacia el acantilado. Tomaron el mismo camino por el que Sidonie había seguido a Corrigan hacía unas semanas. Nola avanzaba con una seguridad y una soltura impropias para su edad.

Llegaron hasta la playa y la mujer se dirigió a la derecha bordeando el acantilado. Entraron en una zona donde árboles y arbustos crecían salvajes, y en pocos pasos dieron con la entrada de una cueva oculta por la maleza.

—Señora, a partir de ahora la vida de Corrigan está en sus manos. Si dice algo a alguien, si le cuenta a su prometido...

—No debes preocuparte por eso. Ninguna palabra saldrá de mi boca.

—Espere aquí. Cuanto menos vea, será mejor...

Nola desapareció entre la vegetación y, al poco, asomó Corrigan visiblemente preocupado.

—¿Qué ocurre, Sidonie? No deberías estar aquí.

—Corrigan, escúchame, Lackland sabe a qué te dedicas... Me lo ha contado y me ha dicho que esta noche piensan emboscaros. Vendrá el alguacil y sus hombres y os detendrán. Dice que sois

culpables de contrabando y que les facilitáis armas a los rebeldes.

—Lo único que intentamos es defendernos.

—Pero no así, no por la fuerza.

—No oyen nuestras súplicas. Esto es lo único que nos queda.

—No está bien, pero no podría soportar que te hicieran daño. Vete, huye, huid... que no encuentren a nadie en la playa esta noche.

—Le diré a mis hombres que se marchen —se giró un momento hacia donde estaba la entrada de la cueva, donde todos se hallarían esperando que el barco con el cargamento llegara para descargarlo —, pero yo debo quedarme para avisar a la tripulación.

—¿Qué vas a hacer? —Sidonie supuso, entonces, que las señales luminosas que a veces había visto en la orilla desde que él llegó las harían los barcos con los faroles en una especie de mensaje secreto —. Podrían verte. Si te vas ahora, podrías escapar.

—Es un riesgo, pero debo hacerlo. No puedo dejar que se aproximen a la orilla y los atrapen. Los condenaría a todos, incluyéndonos a nosotros en cuanto alguien se fuera de la lengua. Hay padres de familia entre ellos, no consentiré que les pase nada.

—Corrigan..., por favor...

El hombre la abrazó y la retuvo unos instantes contra su pecho. Después tomó su barbilla y la contempló como queriendo retener para siempre los rasgos dulces y bellos del rostro adorado.

—Mi amada Sidonie...

La muchacha se puso de puntillas y lo besó, anhelando la humedad y el sabor de sus labios, su íntimo contacto, fundirse en su esencia. Él la correspondió con pasión y ansia, sumergiendo los dedos entre los bucles de su cabello, pegándola a su cuerpo, los corazones latiendo al unísono, la respiración acelerada.

Convencida como había estado de que nunca más volvería a

dejarse llevar por la tentación, en aquel momento y en aquellas circunstancias, si él lo hubiera querido, ella se hubiera entregado en cuerpo y alma a su embrujo.

Sin embargo, el ensueño se desvaneció cuando un ruido cercano los devolvió a la realidad. Corrigan le pidió:

—Vete con Nola, ella te guiará por un camino diferente, pero más seguro. Mis hombres saldrán detrás de vosotras, pero debéis marcharos ya. Es noche cerrada.

—Corrigan, podría quedarme contigo...

—¿Y ponerte en peligro? Moriría si te ocurriera algo.

—¿Y cómo crees que me siento yo? Me obligas a marcharme y dejarte aquí...

—Tienes que hacerlo. Debes fingir que no sabes nada, aparentar normalidad. Por ti... y por mí.

Aquello no la convenció demasiado, pero él la condujo hacia donde Nola y otro hombre se encontraban esperándola, tras unos arbustos. Ambos la obligaron a ponerse en marcha, la animaban a continuar cuando vacilaba un momento y se distraía mirando atrás.

El camino de vuelta fue arduo, se encontraba mucho más alejado del castillo. Subieron una encrespada pendiente arenosa y tuvieron que transitar por una senda llena de maleza que les arañó los tobillos. Cuando al fin llegaron arriba, se permitieron descansar un momento para vislumbrar la playa. Todo se mantenía en silencio y a oscuras.

Cruzaban el cementerio familiar de los De Clare cuando oyeron pasos a los lejos. Se ocultaron tras los muros del camposanto y se percataron de que varios hombres provistos de armas se dirigían al acantilado.

Nola le hizo un gesto de silencio a Sidonie, quien se encontraba en extremo inquieta.

No hablaron una sola palabra hasta llegar al castillo. El hombre las dejó a la entrada y se marchó al establo en busca de un caballo que lo llevara pronto a casa. Si el alguacil estaba enterado del desembarco, temía que su familia pudiera ser asaltada en plena noche para reclamarle su presencia. Debería llegar lo antes posible.

Una vez en el castillo, las mujeres se dirigieron a la cocina, agotadas, y se prepararon un té. Cuidando de que ningún criado pudiera oírlas, Sidonie quiso saber.

—¿Por qué ha tenido Corrigan que quedarse? Debería haber huido.

—Alguien debe avisar al barco desde la playa. Quizá haciendo una hoguera o señales con un farol, lo que ellos hayan convenido. Si no es así caerán en la trampa. Es muy probable que el alguacil haya avisado a la flota de Galway para que vigilen la costa.

—Mientras acompañaba a mi hermana, Patrick Lackland se encargaba de obtener información sobre Corrigan en los muelles de Galway, de averiguar sobre su pasado y sus propósitos... —le confesó—. ¿Cómo puede actuar Lackland contra sus propios vecinos?

—Por la misma razón que lo hizo el padre de Corrigan..., para mantener su alianza con el Gobierno inglés. Ellos ostentan el poder y el control. Lo más cómodo y beneficioso es posicionarse a su favor. La Corona inglesa compensa a sus fieles, aunque se conviertan en traidores a su pueblo.

—No puedo casarme con Lackland. Está tan podrido como Dugan de Clare. No volveré a cometer el mismo error.

—¿No lo ama?

—¿Amarlo? Claro que no, Nola. ¿Cómo podría querer a dos hombres a la vez? Mi corazón está lleno de amor por...

Sidonie calló, a la vez que reprimió un sollozo.

—¿Por Corrigan? —le preguntó Nola con suavidad, mirándola compasiva.

Sidonie levantó la cabeza y la observó con los ojos anegados por las lágrimas. No le contestó.

—Corrigan es el muchacho más noble y valeroso que he conocido. Tuvo una infancia muy dura, yo le vi crecer y le ayudé cuanto pude. Pese a ello, en su corazón no habitaba una pizca de maldad, hasta el día de la muerte de Jane Slade. Él la vio caer desde la torre y acudió hasta ella para abrazar su cadáver, nada se pudo hacer. Jane quería de corazón a ese muchacho y él la adoraba. Desde aquel momento, algo oscuro se apoderó del ánimo de Corrigan, no volvió a ser el mismo. Yo... estaba convencida de que algún día regresaría, lo anhelaba, deseaba verlo antes de morir, pero también temía lo que pudiera hacer o decir a Dugan. No llegó a verlo vivo, pero no sé en qué negocios ha andado estos años ni cuáles son sus propósitos claros, aunque estoy segura de que busca resarcirse de todo el daño que su padre les hizo a él y a Jane.

—Entre otras cosas dedicándose a lo que su padre odiaba y que llevó a la muerte a su familia y a su madre... Busca vengarse.

—Me temo que usted se ha implicado más de lo que debiera... Yo se lo agradezco de corazón. Le agradezco que le haya contado lo que Lackland le reveló. En cuanto a la venganza... debe saber que nunca quiso hacerle daño, señora. No esperaba encontrarla y le dolió saber que su padre se había casado, pero... sé que no le desea ningún mal, no es usted el objetivo de esa venganza. Tal vez vaya contra la memoria de su padre, o contra el imperialismo inglés, que nos mata de hambre, nos humilla y nos hace sus esclavos. Tal vez lo haga en memoria de la familia Slade, tal vez se lo deba a alguien... —susurró Nola.

—Sé que no quiere hacerme daño, pero me temo que quien va a

resultar más perjudicado en todo esto sea él mismo. Y si a él le ocurriera algo, yo...

Nola posó su mano sobre la de la muchacha para transmitirle su comprensión, su afecto y su apoyo. Sidonie estaba casi segura de que el ama de llaves sabía lo que existía entre Corrigan y ella, y se preguntó cómo era capaz de entenderla sin horrorizarse por aquel amor prohibido.

Capítulo 22

La larga noche dio paso a un amanecer brumoso. Desde su habitación, Sidonie contempló el páramo hasta bien entrada la mañana sin que la vista alcanzara el acantilado, tan solo podía vislumbrar la espesa niebla que lo cubría todo.

Corrigan no había llegado. Nola se lo hubiera dicho. Ella y algunos de los escasos criados que trabajaban en el castillo estaban al tanto y se encontraban pendientes de cualquier noticia al respecto, pero nada se sabía.

El herrero llegó del pueblo para un trabajo que había sido encargado días antes y les contó que el alguacil había hecho varias detenciones a lo largo de la noche. Habían sacado a algunos vecinos de la cama y los habían llevado a los calabozos.

Las noticias no eran claras, al parecer iban a detener un desembarco de armas ilegales y no habían llegado a hacerlo porque este había sido avisado. Los barcos de vigilancia costera lo habían vislumbrado, pero había desaparecido como un fantasma en la oscuridad de una noche sin luna. En la orilla, los restos de una hoguera corroboraban que una señal de aviso había sido enviada.

Alguien la había preparado, pero, aunque peinaron la costa, no

pudieron encontrarlo, y ahora trataban de arrestar a los implicados en el asunto.

Nola le contaba todo esto en la cocina, frente a una taza de té. Sidonie no pudo permanecer por más tiempo recluida en la habitación y había bajado justo cuando la mujer volvía del establo con las noticias del herrero.

La muchacha suspiró y se sentó en una de las sillas, agotada después de una noche en vela.

—No han atrapado a Corrigan —murmuró aliviada.

—Pero sospechan de él, saben que está implicado, y esos hombres a los que han detenido...

Nola no pudo seguir expresando sus pensamientos en voz alta. Un criado las avisó de que el alguacil y varios hombres reclamaban la presencia del señor De Clare. Las mujeres se miraron.

—Les diré que se marchó anoche a Dublín —inventó Sidonie, y Nola le dio su aprobación, asintiendo.

La viuda salió a recibirlos. Se encontraban en la puerta, armados; el alguacil, al frente; algunos de sus hombres, desparramados, inspeccionando los laterales del castillo. Uno cuidaba de los caballos. Patrick Lackland se encontraba entre ellos. Sidonie aguantó las náuseas al verlo.

El alguacil se adelantó:

—Señora De Clare, queremos hablar con el hijo de su esposo, Corrigan de Clare, ¿sería tan amable de avisarle?

Antes de que Sidonie pudiera contestar, Patrick se acercó hasta ella y, tomando una de sus manos, depositó un beso sobre los nudillos. La muchacha se percató de que la miraba con una intensidad inusual.

—Mi querida Sidonie, disculpa esta visita tan inesperada. No eras tú quien esperábamos que nos recibiera.

—El señor De Clare no está, Patrick.

—Suponíamos que algo así pasaría. ¿Sabrías decirnos dónde se encuentra?

—Se marchó anoche a Dublín, tan pronto terminó de cenar.

Lackland entrecerró los ojos, al mismo tiempo que un destello de ira cruzaba su pupila.

—Creí que no verías a De Clare, que cenarías en tu alcoba.

—Y así lo hice, pero bajé a buscar un libro que olvidé en la sala, me informó y nos despedimos. Al parecer, va a estar mucho tiempo ausente.

—¡Qué oportuno! —comentó el alguacil tras ellos.

—Mucho, señor —concedió Lackland y, dirigiéndose a él, sugirió—: Quizá podamos persuadir a sus cómplices de que sean más específicos en cuanto a su paradero, ¿no cree?

—Me temo que pronto tendremos que ponerlos en libertad. Sin pruebas y sin la mercancía, no hay mucho más que podamos hacer.

—Quién sabe... —musitó el prometido de Sidonie.

En vista del nulo éxito de la misión, el alguacil decidió marcharse.

—Señora, dígale al señor De Clare que se presente en los cuarteles de la policía tan pronto regrese —le advirtió el alguacil—. Dejaré algunos hombres vigilando la zona. Si se encuentra escondido cerca, lo atraparemos, tarde o temprano.

Lackland asintió, Sidonie no dijo nada.

—Yo me quedaré un rato más con mi prometida. No quiero dejarla a solas con su disgusto, comprenda.

El alguacil y sus hombres se marcharon. Patrick agarró a Sidonie de la muñeca y la empujó al vestíbulo de malas maneras.

—¿Qué es todo esto, Sidonie? ¿Qué has hecho?

—¿A qué te refieres? ¡No sé de qué me hablas!

—Lo sabes muy bien. —La zarandeó usando su fuerza sobre la

muñeca que no había soltado.

—Me haces daño, Patrick.

—¿Cómo puedes protegerlo? —le dijo ignorando su queja, apretando aún más su agarre—. ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí?

—¿Por qué supones que lo protejo?

—Lo leo en tus ojos... ¡Qué estúpido de mí, ayer! Vine a advertirte preocupado por tu seguridad y solo sirvió para que lo avisaras. Nadie sabía de nuestras intenciones, tan solo tú.

—Oh, yo... no sé qué ha sucedido, pero quizá estabas equivocado y no hay ninguna operación de contrabando...

Patrick la cortó:

—¿Me tomas por un torpe?

—¿Qué sucede aquí? —Nola apareció en el vestíbulo, seguida por un criado—. ¿Señora?

—El señor Lackland ya se iba... —musitó Sidonie, mirándolo a los ojos.

—Me voy..., pero no lo haré solo —le dijo intensificando su agarre sobre su brazo, provocando un gesto de dolor en la joven—. Tú vienes conmigo.

Nola y el criado dieron un paso al frente; en ese momento, Lackland sacó un arma.

—Quédense donde están y nadie resultará herido. No querrán que la señora sufra un fatal accidente, ¿verdad? Imaginen qué les dirá el señor De Clare cuando salga de su escondite.

—El señor De Clare se encuentra en Dublín. Nadie le informará de nada en mucho tiempo —advirtió la muchacha dirigiéndose a Nola, especialmente.

—Yo creo que Corrigan se encuentra mucho más cerca, querida. Si el ama de llaves te aprecia en algo, será mejor que le diga que

desde este momento permanecerás recluida en mi propiedad y que tu seguridad dependerá de la rapidez con la que se entregue a la policía.

El hombre tiró de ella hasta sacarla al exterior. La montó en su caballo y lo hizo galopar, dejando atrás a una terriblemente preocupada Nola y a parte de los sirvientes del castillo como testigos del rapto de su señora.

Capítulo 23

Cabalgaron a toda prisa, salvando la distancia de una decena de millas entre el castillo y la propiedad de Lackland. El hombre la llevaba sujeta contra su regazo, en un abrazo tan apretado que la muchacha a duras penas conseguía respirar.

Cuando llegaron, él la introdujo a la fuerza en su mansión. El mayordomo los esperaba y les abrió la puerta de la sala, mientras Sidonie se revolvía y exigía:

—¡Déjame volver a casa!

Si la reclamación de la muchacha causó algún efecto en el sirviente, este no lo manifestó. Escuchó atento la petición de su señor y salió raudo a cumplirla.

—Dígale a la señora Myers que venga de inmediato.

El mayordomo cerró la puerta tras él, y ante el amago de Sidonie de salir, Lackland se interpuso en su camino.

—No hagas esto más difícil, Sidonie.

—Patrick, me has traído contra mi voluntad. No deseo estar aquí, quiero marcharme.

—Eres mi prometida, tengo derechos y obligaciones sobre tu persona, y uno de ellos es protegerte.

—No me estás protegiendo, me estás utilizando. Y si tu excusa para retenerme es que estamos comprometidos, olvídala desde este mismo instante. Rompo la promesa.

Patrick se acercó como una exhalación hasta donde la muchacha se encontraba y la tomó de la barbilla, sin delicadeza alguna.

—Eso lo decidiré yo.

Llamaron a la puerta en ese momento. Lackland concedió permiso y una mujer mayor accedió.

—Señora Myers, le presento a mi prometida, Sidonie de Clare. Ya hablamos de qué estancias ocuparía cuando estuviéramos casados. Le ruego las acondicione rápidamente. La señora De Clare va a pasar un tiempo entre nosotros.

—No, no estamos prometidos ya, Patrick, y no quiero quedarme aquí.

La mujer pareció sorprenderse durante un instante, pero permaneció inmóvil, a la espera de las instrucciones de su señor.

—Myers es una eficiente ama de llaves y será la mejor de las asistentes y de las enfermeras, Sidonie. Es una mujer fuerte y leal con su señor. Te cuidará, apaciguará tus nervios y no permitirá que salgas de tus habitaciones. Con ella estarás protegida, nada malo te sucederá.

—Nada malo me sucederá en mi casa. No puedo decir lo mismo de la estancia contra mi voluntad en la tuya —le espetó Sidonie.

—Como ve, señora Myers, mi prometida se encuentra en un estado de agitación que no le permite entender mis desvelos por ella. No tiene importancia, tarde o temprano lo hará. ¿Puede creer que prefiere permanecer en el páramo, cerca del acantilado donde los irlandeses trafican con armas y en la misma casa que el cabecilla? Es una muchacha insensata, aunque adorable. Vaya, señora Myers, revise las habitaciones que ocupará la futura señora

Lackland y cuide de que todas estén cerradas con llave y que solo usted y yo tengamos la de la entrada principal. La señora subirá cuando esté todo listo.

El ama de llaves asintió, y en cuanto se dio media vuelta para marcharse, Sidonie corrió tras ella para escapar. Myers se interpuso en su camino y le obstaculizó la salida. Patrick caminó hasta donde se encontraba y la agarró del cuello. No le hizo daño, pero aquella amenaza la paralizó. Sidonie comprendió que no tendría ayuda en aquella casa, el ama de llaves se marchó sin que reflejara malestar alguno por lo que había visto.

—¿Por qué me haces esto, Patrick? —inquirió la joven con un sollozo en cuanto el hombre la soltó.

—¿Por qué? ¿No lo sabes? Me has traicionado. Sé que has sido tú la que ha puesto sobre aviso a Corrigan. ¿Debo preguntar ahora yo por qué lo has hecho o puedo imaginar que eres la más perversa de las mujeres?

—Eres libre de imaginar lo que quieras, pero no oirás una palabra de mi boca que inculpe al señor De Clare.

—¿Te ha seducido él o has sido tú la que lo ha condenado? ¿Lo amas, Sidonie?

—No le deseo ningún mal. No puedo ir contra alguien de mi familia, es el hijo de mi esposo —le contestó la muchacha obviando las acusaciones de Lackland.

—Lo proteges porque lo amas como a un hijo... Eres una cínica, Sidonie. ¿Crees que no me he dado cuenta en este tiempo de lo que se cocía entre los dos? ¿Me creías ajeno a vuestras miradas? ¿A tu repentino deseo de convertirte en mi esposa? ¿Huyes de él o hay algo que deseas esconder?

—Si tienes tan mal concepto de mí, ¿por qué pediste mi mano?

—Porque te convertirás en la dueña de Clifden, del castillo y de las

propiedades tan pronto como De Clare desaparezca. Tú eres quien heredará todo si Corrigan muere. ¿Acaso no lo sabías?

—¿En qué cambia que lo supiera? Yo no quiero nada. Las propiedades deben ser de Corrigan, es el heredero.

—Él no merece recibir la herencia de los De Clare. Ha ensuciado el nombre de su familia con sus actos. No, querida, tú y yo uniremos nuestros patrimonios, los Lackland conseguirán por fin superar el poder de los De Clare en la región y su estirpe desaparecerá para siempre.

—¿Por qué esa inquina?

—Nuestra rivalidad se remonta a siglos atrás. Los De Clare y los Lackland siempre han competido por las tierras, por el poder.

—Creí que Corrigan y tú erais amigos de niños...

—¿Amigos? En absoluto, simplemente nos soportábamos. Corrigan siempre prefirió amistar con los sirvientes, con muchachos desharrapados que correspondían a las ideas nacionalistas de su madre, otra pordiosera recogida de los tugurios.

—Eres peor aún de lo que imaginaba, Patrick Lackland —le dijo guardando las distancias, impresionada por el odio que destilaba su discurso—. Te aconsejo que no te hagas ilusiones con respecto al castillo. No tienes pruebas de la culpabilidad de Corrigan y yo no pienso casarme contigo en ningún caso.

—Te equivocas, Sidonie. No lo hemos atrapado en esta ocasión, pero las demostraciones de otros muchos de sus delitos lo avalan. En cuanto a nuestra boda, tú misma accederás a ella gustosa o me encargaré de que todo el mundo sepa qué clase de mujer ruin eres, una ramera enamorada de su propio hijastro. Espero que el amor que le profesas a ese tipo sea correspondido y lo atraigas para que podamos atraparlo. ¿No te sientes nerviosa ante la respuesta de Corrigan? ¿Crees que se entregará por ti o bien desaparecerá y te

dejará abandonada a tu suerte?

Capítulo 24

Sidonie daba vueltas en la alcoba donde Lackland la había recluido como a un animal enjaulado. Aunque la estancia tenía dos piezas de amplio tamaño, una alcoba y una sala para recibir visitas, no tenía ninguna salida al exterior, no había un balcón desde el que Sidonie pudiera asomarse o pergeñar una forma de escapar. Se encontraba acorralada. Confiaba en que Corrigan se hubiera marchado y no supiera de sus problemas. No quería pensar qué sucedería, qué clase de castigo le impondrían en caso de que lo atraparan.

En el pueblo, los hombres que habían sido encarcelados fueron puestos en libertad y volvieron a casa magullados, heridos, después de recibir palizas por parte de sus captores con la intención de que delataran a Corrigan y las actividades delictivas que los ataban a él. Ninguno dijo nada.

Mientras tanto, en el castillo, Nola se consumía en un mar de nervios. Estaba segura de que más pronto que tarde, el señor acudiría y su primera preocupación sería Sidonie. ¿Qué le contaría? Entendió a la perfección el mandato de la muchacha de no decirle nada. «El señor De Clare se encuentra en Dublín. Nadie le informará de nada en mucho tiempo», aunque sabía que Corrigan no se

conformaría con una tibia explicación sobre su paradero.

Y aquello sería su ruina.

No se le permitió salir de sus aposentos durante los dos primeros días, y la alimentaron a base de una magra comida consistente en un poco de sopa. Sidonie apenas la probó, ni supo que Patrick buscaba debilitarla y someterla a través de la escasez de alimentos.

Al tercer día, Lackland la visitó en su alcoba.

—Mi querida Sidonie, ¿cómo te encuentras? ¿Estás más tranquila? ¿Te has conformado con tu nueva situación ya?

—Deja que me vaya, Patrick. Tarde o temprano las autoridades serán informadas de mi secuestro.

—¿A qué autoridades te refieres, querida? ¿A las de Clifden, Galway o quizá alguna otra que no alcanzo a vislumbrar? Para entonces quizá estemos casados.

—No...

—¿Sabes que tu rechazo me atrae? No puedo evitarlo, cuanto más perseveras en tu negativa, más prometedora se vuelve nuestra noche de bodas... Quizá decida adelantarla...

El hombre dio unos pasos hacia ella, la muchacha agarró el jarrón que adornaba una de las mesitas de la alcoba. Patrick se echó a reír.

—Sigues estando fuerte como una potranca joven. Me place..., veremos cuánto tiempo aguantas. Quiero que esta noche cenemos juntos. Myers vendrá a preparar tu baño y te traerá ropa. Procura portarte bien o ambas sufriréis las consecuencias.

Sidonie se vio obligada a acompañarlo durante la cena. La mesa era para doce comensales y cada uno ocupó un extremo. Aun así, a Sidonie le pareció que se hallaba demasiado cerca de Lackland.

Este comenzó hablando de temas banales, en un intento de normalizar la situación que a la muchacha le resultó ridícula e

insufrible.

—Deberías comer alguna cosa. Mis cocineras se han esforzado por elaborar sus mejores viandas teniendo en cuenta que te convertirás en su señora muy pronto.

—No sé por qué te empeñas en seguir con esta farsa. Sabes que no me casaré contigo. Afortunadamente me he dado cuenta a tiempo de qué clase de hombre eres.

—Sidonie, ¡qué injusta eres! Solo trato de vivir en paz en mis dominios. Intento impedir un derramamiento de sangre. ¿Crees que esas armas no serían utilizadas tarde o temprano?

—Disfrazas tu intención como algo loable, si detrás no estuviera el propósito de hacerte con la hacienda de los De Clare.

Lackland soltó una carcajada.

—Con su hacienda y con su viuda, no lo olvides. Eres la llave que me proporcionará su patrimonio, además de una dama demasiado apetecible como para dejarla pasar. Espero que le importes lo suficiente a Corrigan como para que se digne a aparecer. Tal vez podría comprar sus propiedades a un precio irrisorio una vez que caiga en desgracia, pero... ¿a quién no le apetecería poseer a la mujer de los dos últimos moradores del castillo Clifden? Me resulta de lo más estimulante...

—En tus labios, haces que parezca algo sucio...

—Lo es, Sidonie. Yacer con el padre y después con el hijo es realmente depravado...

La joven perdió todo color en su rostro. Su palidez fue inmediata, sintió náuseas y una lasitud en su cuerpo que la llevaría al desmayo si no lograba recomponerse. Las palabras de Lackland le hicieron más daño del esperado aun viniendo de alguien tan ruin. Reconoció que los días de encierro le estaban pasando factura y ya no le quedaban fuerzas para defenderse. Pronto estaría a merced de las

palabras y actos de aquel hombre.

Trató de concentrarse en la cena, pero la imagen de aquellos alimentos le provocó nauseas. Estaba a punto de suplicarle que la dejara volver a su alcoba cuando un sirviente los interrumpió:

—Señor Lackland, un caballero desea hablar con usted.

—¿De quién se trata?

—Es el señor De Clare. Está esperando en la puerta.

Sidonie aguantó la respiración inconscientemente. «No puede ser», se dijo. Corrigan no vendría a exponerse abiertamente.

—Avise a los hombres y, cuando estén preparados, hágalo pasar.

—No le hagas daño —suplicó la joven.

—Eso dependerá de él. Ven, siéntate a mi lado.

Sidonie negó con la cabeza.

—Haz lo que te digo o será Corrigan el que sufra las consecuencias.

La muchacha se levantó y se acercó a él lentamente, pendiente del sonido de la puerta. Escuchó varias voces. Se sentó junto a Lackland antes de que la puerta se hubiera abierto.

Poco después, Corrigan entraba en la sala. Detrás de él varios hombres descansaban sus manos sobre sendas pistolas.

De Clare vestía de oscuro, sus ropas se ajustaban perfectamente a las formas de su cuerpo, se tensaban donde la musculatura se acentuaba: en su pecho, sus brazos o piernas. La habitual capa negra colgaba a un lado del hombro y caía por detrás. Su cabello lucía despeinado, libre. Su rostro mostraba las señales de la preocupación, de la urgencia. Probablemente acabaría de recibir la noticia del secuestro de Sidonie. Sus perfectas cejas enmarcaban unos ojos de depredador, oscuros como la noche, que se posaron sobre la muchacha para después dirigirse con un ramalazo de cólera hasta donde Lackland se encontraba. Su cuerpo destilaba fuerza y

poder, su altura y envergadura imponían, a pesar del séquito de hombres armados que lo vigilaban.

Sidonie acogió su visión con amor y dolor. Corrigan se encontraba bien, pero se había presentado en casa de Lackland y este no dejaría que se marchara. Impondría sus perversos planes.

—Lackland, he sido informado de que la señora De Clare se encuentra retenida contra su voluntad. He venido a llevármela.

—No está en condiciones de exigir nada, De Clare. Sidonie es mi prometida y mi intención ha sido evitarle su nefasta influencia. Usted no debería estar libre, debería encontrarse tras los barrotes de un calabozo.

—¿De qué me acusa?

—Lo sabe muy bien. Es usted quien está detrás de las actividades de contrabando que han tenido lugar, últimamente, en la zona. A nadie le ha pasado por alto el enriquecimiento repentino de los miserables de Clifden.

—¿Le molesta a usted que los más humildes puedan comer o vestir decentemente? ¿A eso lo llama «enriquecimiento»?

—Si lo hacen a través de actividades ilícitas, es mi obligación denunciarlo y buscar al culpable para que reciba un justo castigo.

—¿Y qué le hace suponer que yo tenga algo que ver?

—Señor De Clare, su fama le precede. Puede que no hayamos conseguido detenerlo en esta ocasión, pero hay muchas otras actividades delictivas por las que debe usted responder. Y lo hará desde este momento.

Los hombres tras él se acercaron. En un movimiento apenas visto, Corrigan sacó una pistola que había mantenido oculta hasta entonces y apuntó con ella a Lackland.

—He venido a liberar a la señora De Clare y así se hará —ordenó.

Aunque los hombres dirigían sus armas contra Corrigan, Lackland

les ordenó no disparar. Sentía con intensidad los ojos de este sobre su cabeza y la pistola apuntándole.

—Deje que la mujer se vaya y me entregaré sin que nadie resulte herido... o muerto.

—Mis hombres podrían dispararle y acabaríamos con esto —le contestó Patrick.

—Tal vez pierda usted la vida antes —amenazó De Clare, amartillando el arma.

—Corrigan, no te preocupes por mí. Huye... —La voz de Sidonie se escuchó por primera vez.

—Sidonie, en la puerta se encuentra mi caballo. Móntalo y vete al castillo. Los retendré un rato más. Allí estarás a salvo.

—Pero... ¿y tú?

—No te preocupes por mí. Quizá haya llegado el momento de pagar por mis pecados. ¡Aprisa! ¡Márchate!

Sidonie se levantó como un autómata, sus ojos lo observaban todo el tiempo hasta llegar a su lado, pero él apenas le dedicó un vistazo de soslayo. Si dejaba por un momento de amenazar a Lackland, estaría perdido. Lo mantendría en su punto de mira hasta que la muchacha hubiera desaparecido de su propiedad.

—Ven conmigo —le susurró ella al pasar junto a él.

—Los dos juntos no lo lograremos y yo los mantendré alejados de ti un buen rato. Vete y no mires atrás.

Con el corazón destrozado por dejarlo en aquella situación, se abrió paso entre los secuaces de Lackland. Salió de la mansión y corrió con los ojos anegados en lágrimas hasta el corcel negro de Corrigan, montó en él y arreó al caballo, iniciando una peligrosa galopada en dirección al castillo, mientras dejaba atrás al amor de su vida y acarreaba el alma rota y, sobre su conciencia, el peso de la perdición de De Clare a cambio de su liberación.

Capítulo 25

El caballo de Corrigan cabalgó como alma poseída por el diablo hasta el castillo, ocupándose de recorrer el camino bajo la escasa luz de una luna creciente. Sidonie a duras penas conseguía sacar fuerzas para mantenerse sobre la montura y, a causa de sus ojos arrasados en lágrimas, ni siquiera vislumbraba con claridad el camino que el animal seguía.

Al llegar a la entrada, el caballo redujo su velocidad y se detuvo. La señora De Clare bajó entonces y estuvo a punto de caer desfallecida si un brazo amable no la hubiera sujetado.

—¡Señora! ¡Apóyese en mí! —Oyó decir al ama de llaves.

La condujo hasta una de las salas y la sentó sobre uno de los sillones cercano a la chimenea, para después atizar el fuego.

Sidonie ocultó el rostro entre las manos y comenzó a sollozar violentamente, incapaz de contener por más tiempo su preocupación y su desdicha.

—¿Por qué, Nola? ¿Por qué tuvo que acudir a buscarme? ¡Debió huir!

—Se arriesgó a salir de su escondite en cuanto oyó que Lackland la había llevado a la fuerza. Corrigan no la iba a dejar desamparada

de ninguna de las maneras. No es ningún cobarde, hubiera hecho lo mismo por cualquiera de sus compañeros, más aún por usted.

—Pero... ¿qué le sucederá ahora? ¿Qué pueden hacerle? No hay pruebas del contrabando de armas, ¿no es cierto? ¿Qué tienen en su contra?

—No lo sé a ciencia cierta, señora, pero la inquina del señor Lackland viene de antiguo. Después de la muerte de su esposo, creo que se ilusionó con la posibilidad de convertirse en el caballero con más poder e influencia en la región y ante los ingleses, pero la aparición de Corrigan volvió a equilibrar la balanza. Lackland busca deshacerse de él.

—Tengo que ir a hablar con el administrador y el abogado. Les pediré que velen por él, ¡que hagan lo que sea necesario para defenderlo y liberarlo!

—Así sea. Ahora, duerma un poco, señora, debe recomponerse. En cuanto el sol comience a despuntar en el horizonte, yo misma la despertaré para que pueda ir al pueblo a hablar con ellos.

Sidonie pasó la mañana siguiente en Clifden, hablando con aquellos que podían defender a Corrigan. La informaron de que pronto lo someterían a un juicio donde se le acusaría de diversos delitos. Consideraron la posibilidad de contratar a un abogado especialista para su defensa, y ella aceptó de inmediato.

La muchacha intentó verlo, pero no lo permitieron.

El juicio comenzó días después sin que Sidonie hubiera intercambiado una sola palabra con él. Los abogados le transmitían las noticias y no eran muy halagüeñas. Ante determinadas acusaciones, la defensa del caballero era el silencio, la negación, no parecía saber de qué le hablaban, pero existían documentos que atestiguaban de su participación en actividades ilegales. Según esto

y ante el claro sesgo del juez, un viejo conocido de Lackland, en contra del caballero, se temía lo peor.

Corrigan de Clare sería condenado a la horca.

Sidonie tuvo que sentarse, la abandonaron las fuerzas cuando fue informada por el abogado de las perspectivas del juicio, cuyo veredicto pronunciaría el juez en el plazo de pocos días.

El hombre se marchó, y Nola la acompañó en un dolor que era también el suyo. La muchacha se sintió morir. Sabía que sus destinos no podían coincidir, pero no podría vivir sin saber que él lo hacía también, aunque fuera lejos de ella.

—Corrigan... —susurró, desfallecida, notando un dolor en su cuerpo y en su alma como nunca antes había sentido—. No puedes morir... No lo permitiré...

Pidió que le ensillaran un caballo y cabalgó rauda en dirección a la propiedad de Lackland.

Reclamó, autoritaria, su presencia ante el mayordomo y el ama de llaves, que habían sido sus carceleros antes de que Corrigan la liberara.

Al poco, el hombre salió a su encuentro.

—Sidonie..., ¡qué grata sorpresa! No hubiera esperado jamás verte de nuevo en mi casa por tu propia voluntad.

—No es una vista de placer, Patrick. Necesito una cosa de ti y estoy dispuesta a ofrecerte algo a cambio.

—Eso es de lo más sugerente. ¿Puedo pedirte que te sientes y me acompañes a tomar un té mientras me lo explicas?

—No es necesario. No pretendo estar más tiempo del imprescindible. ¿Sabes qué va a pasar con el señor De Clare?

—Suponía que se trataría de eso... Me temo que las noticias no son demasiado halagüeñas, querida. Corrigan no colabora con determinados delitos que se le imputan, y si él mismo no se

defiende... ¿qué podemos hacer los demás? Sus perspectivas son lastimosas.

—¿Qué crees que...?

—No conozco qué dictará el juez —Lackland le sonrió irónico, dando a entender que la sentencia sería determinada en connivencia con él mismo—, pero probablemente los De Clare dejarán de existir sobre la faz de la Tierra muy pronto.

—No lo permitas —le reclamó la joven.

—¿Crees que habría otro fallo posible para él?

—Sí, si tú usaras tus influencias. Déjalo vivir, Patrick —le suplicó.

El hombre tensó la mandíbula, se echó hacia atrás su rubio cabello, como valorando la situación, y la miró de forma condescendiente.

—¿Qué estarías dispuesta a hacer a cambio de conmutar la pena de muerte por la de cadena perpetua?

Sidonie se mordió los labios hasta notar el sabor de la sangre.

—Cualquier cosa. Me casaré contigo y serás el dueño del patrimonio De Clare.

—Puedo hacerme con él. A un condenado se le priva de sus posesiones.

—Pero estas pasarían a ser de mi propiedad, ¿recuerdas? Yo sería la dueña.

—¿Y estarías dispuesta a que me pertenecieran a través del matrimonio? ¿Te casarías por tu propia voluntad?

Sidonie asintió, con lágrimas en los ojos.

—¿Y te entregarías a mí como la más amorosa de las esposas?

—Lo haré. Haré lo que me pidas, siempre y cuando me permitan ver a Corrigan una vez más.

—La cárcel no es un lugar agradable, ¿estás segura de que esa es la última imagen de Corrigan que quieres conservar? Te garantizo

que no volverás a verlo jamás.

—Me consolaré sabiendo que está con vida.

—Está bien, hablaré con el juez y veremos qué se puede hacer. Si todo se ajusta a nuestro pacto, espero que no olvides plegarte a mis deseos. No imaginas lo fácil que resulta en prisión acabar con la vida de cualquiera.

Capítulo 26

Un hombre fue a visitarla al día siguiente. Le llevó un mensaje escrito por Lackland de su puño y letra y un documento redactado ante un notario con las capitulaciones matrimoniales que regirían su matrimonio. Lackland se erigiría en dueño y beneficiario de todo cuanto poseía o llegara a poseer Sidonie tras su boda, y esta se efectuaría en el plazo de una semana después de que las propiedades pasaran a sus manos, en cuanto se dictara la sentencia de Corrigan.

Tras ser informada de esto, Sidonie abrió el mensaje ante el sirviente de Lackland, que esperaba expectante que la joven firmara los papeles para devolvérselos a su amo. En la nota, este le aseguraba que el juez ya había firmado la sentencia contra Corrigan de Clare por la que se lo condenaba a cadena perpetua y deportación a las colonias británicas.

Conocer que Corrigan había salvado su vida le dio una paz inusitada. No tendría una existencia fácil, sería un eterno esclavo, pero al menos, en las colonias, podría ver la luz del sol y tal vez consiguiera hallar la forma de escapar. Sidonie no se engañaba, la vida de un deportado era muy dura. Pocos hombres conseguían vivir

más de un puñado de años. Los trataban como escoria, como inmundicia, y los empleaban en los trabajos más duros, pero quería pensar que Corrigan lo preferiría a acabar colgado de una soga.

Ella soñaría con que él, donde quiera que se hallase, pudiera escapar y volver a ser libre alguna vez lejos de ella y de su jaula dorada, donde se consumiría junto a Patrick Lackland.

Junto al mensaje le enviaba un pase rubricado por el juez para que lo pudiera visitar durante unos minutos en prisión.

Firmó apresuradamente los documentos que el caballero le llevó y lo despidió con rapidez. Se vistió e instó a Nola a avisar al cochero para que la llevara de inmediato. Se encontraba demasiado nerviosa para conducir ella misma. Prepararon ropa, comida y una botella de licor en una cesta y se dispuso a marchar hasta el presidio de Clifden, donde lo vería tras semanas de encierro.

La prisión no destacaba por su tamaño, pero sí por ser un lugar miserable, lóbrego y húmedo, excavado hacía más de dos siglos bajo los suelos de la sala de juicios y los despachos y dependencias del alguacil.

Su visita no pareció sorprender al carcelero de la entrada, quien la miró lujurioso y revisó la cesta, apropiándose de la botella de licor. A continuación, la hizo pasar y le advirtió que no tendría más que unos pocos minutos.

Se quedó en su puesto y otro hombre la condujo al interior, a través de pasillos laberínticos y desnivelados.

Dejó a un lado una sucesión de celdas, la mayoría vacías, hasta llegar a la última donde suponía que se encontraba Corrigan. O lo que quedaba de él.

El guardián le abrió usando su llave y la hizo pasar.

Sidonie contempló al hombre que se hallaba de pie, al fondo de la estancia de piedra, incapaz de acercarse a ella más que unos pasos,

los que le permitía la cadena que iba unida a la argolla de hierro que rodeaba su cuello.

La escasa luz que entraba por un mísero hueco situado por encima de su cabeza le daba a la joven directamente en los ojos y no alcanzaba más que a notar la forma oscura de Corrigan, a sentir el olor de la sangre y la suciedad que lo invadía todo, a oír el suspiro que se escapaba de entre los labios de su amado.

—Sidonie, ¿qué haces aquí?

La muchacha se acercó y entonces pudo verlo con claridad. La ropa desgarrada, manchada de sangre, su aspecto desaliñado, un ojo cerrado e hinchado; la mano, sujetándose el abdomen, en un gesto de dolor. Lo habían torturado.

Se acercó hasta él y lo miró a los ojos, sintiendo unas inmensas ganas de llorar por el sufrimiento que habían infringido sobre su amado, de gritar rabiosa de venganza contra quienes habían osado vejarlo de aquella forma. En cambio, contuvo su ira y, poniéndose de puntillas, besó sus labios hinchados, notando las grietas en ellos, aguantando el frenesí de sus besos para no acentuar el dolor.

—¿Qué te han hecho, Corrigan? ¿Por qué tanto odio?

—Los ingleses no perdonan a los rebeldes, mi amor. Tampoco lo hacen sus secuaces.

—Voy a pedir que te curen, yo...

—No vayas, Sidonie. No tiene importancia ya. En unas horas todo habrá acabado.

—No, no será así...

—Tu recuerdo permanecerá conmigo hasta el final.

—No digas eso. —Lo abrazó con cuidado, sintiendo las formas y el calor familiar de su cuerpo, enterrando en lo más profundo de su alma el dolor de no poderlo volver a tener entre sus brazos nunca más.

Corrigan le correspondió y se dejó llevar por el aroma y la suavidad de su piel. Besó su cabello con fervor, y cuando el rostro amado enfrentó su mirada, devoró con ansia devastadora sus labios, ignorando el desgarro de saber que no volvería a hacerlo y que muy pronto su miseria terminaría.

—Vive tu vida, Sidonie. No dejes que el castillo te ate. Vuelve con tu familia. Olvida a los malditos De Clare. Olvídame tan pronto salgas de aquí.

Ella negó con la cabeza.

—No puedo... y jamás lo haré—. «Oh, ¡cuánto tiempo perdí refrenando mis deseos, lo que mi alma y mi cuerpo gritaban cuando estabas a mi lado!», caviló la muchacha sintiendo un nudo en la garganta que le impedía respirar.

—Cuando mi cuerpo descanse en la tierra, mi alma solo lo hará si sabe que tú seguiste tu camino. Huye de estos páramos...

—No, no digas eso. No van a colgarte. Te condenarán a cadena perpetua y te deportarán, Corrigan.

—Eso no es posible, los delitos de los que me acusan... —Una chispa de entendimiento se encendió en los oscuros ojos del caballero—. ¿Cómo sabes...? ¿Qué has hecho, Sidonie?

—No he hecho más que asegurar mi vida. Si tú mueres, yo también lo haré. —«Y no puedo permitirlo, mi amor. He de vivir...»—. No ha sido una gran molestia, en realidad. Solo he tenido que prometerle a Lackland el castillo, cuando pase a mis manos.

—¿El castillo? ¿Y si no es así, Sidonie? ¿Y si no lo heredas?

Aquella fue una extraña pregunta, pensó la muchacha.

—Te despojarán de él. Y yo me desharé del edificio como querías... —Sidonie ocultó el resto de las implicaciones que el hecho de perdonarle la vida tendría. Nada le dijo de su boda forzada con Lackland.

—Mi amada Sidonie, ¿romperás tu promesa a cambio de mi vida?

—Haría lo que fuera... —le susurró. «Menos decir la verdad que mi cuerpo alberga, el recuerdo de tus besos sobre mi piel, el calor de tu cuerpo, la semilla de nuestro amor que crece oculta en mi vientre. Perdóname, ¿cómo decirlo para que el pensamiento de lo que pudo ser y no fue amargue tus días? Resiste y vive sin mirar detrás, sin que tu existencia arrastre la pena por el hijo que dejaste atrás».

Durante días había acarreado el temor y la preocupación de haber quedado embarazada de Corrigan, de que esa única noche de amor y deseo sin tregua hubiera arraigado en su vientre. Ahora ya no le quedaban dudas, su inquietud y su deseo se habían cumplido. Había concebido un hijo de Corrigan que sería criado por otro hombre, por el traidor que denunció a su padre. Ella guardaría aquel secreto y aquella pena para sí, pero le quedaría la felicidad de tener entre sus brazos al hijo de su amado, concebido en el más hermoso acto de amor que jamás hubiera soñado imaginar.

Calló sus pensamientos y su secreto. A la pena de su separación de Corrigan, le añadiría la de negarle saber de su hijo. Pero... ¿qué sentido tendría ahondar más en su sufrimiento, en su preocupación por ella?

Una cadena perpetua significaba la reclusión de por vida. Al ser deportado, el hombre sería enviado a trabajar a las colonias y nunca podría volver a pisar las islas británicas. Si escapara y se le ocurriera regresar, volvería a ser encarcelado con las peores consecuencias.

Sin embargo, si alguna vez encontrara la forma de huir, no le remordería la conciencia el vástago que dejó atrás, pues nada sabría de él y quizá podría encontrar el amparo y un soplo de felicidad en otros brazos.

Aquella reflexión le supo amarga como la hiel, pero la deseaba si ello significaba que él había escapado de sus ataduras.

Sidonie suspiró contra su pecho. Él la tomó de la barbilla.

—Mi dulce Sidonie, perdóname por el daño que te hice al principio, quise rebelarme contra el destino, echarte de mi lado; sin embargo, desde el primer momento en que te vi, supe que serías la mujer de la que acabaría perdidamente enamorado. Te amo tanto..., pero debes olvidarme.

La muchacha esbozó una sonrisa.

—No podría, aunque quisiera. Tú estarás en mis pensamientos, de día; y en mis sueños, de noche, mi amado Corrigan.

El ruido de unos pasos arrastrados y una llave en la cerradura los interrumpieron.

—Suficiente —chilló el carcelero abriendo la puerta—. Señora De Clare, salga.

—¿Ya? Pero...

—No haga que entre a buscarla.

—No se te ocurra mirarla siquiera, bastardo —amenazó Corrigan.

—¡Vaya, señor De Clare! No está en condiciones de exigir nada atado como un perro.

—Acércate, maldito...

—Corrigan —lo tranquilizó ella posando la mano sobre su mandíbula, sus dedos rozando sus labios—, no busques que te maltraten. Repón fuerzas y lucha por sobrevivir —le susurró.

—Prométeme que reharás tu vida, que me olvidarás. Quiero que seas libre de la maldición que nos envuelve.

Sidonie se puso de puntillas y lo besó con suavidad en los labios, una vez más, la última. ¿Cómo podría olvidarlo? ¿De qué manera podría arrancarse la huella de sus besos sobre la piel, de sus caricias en el alma, de su embrujo cautivador?

Se apartó de él y, tomando la cesta que había dejado a la entrada, la acercó hasta sus pies para que él pudiera llegar hasta ella.

Se miraron una última vez en tanto el carcelero volvía a arengarla. La mirada masculina, llena de su presencia, destilaba amor por la joven. La de Sidonie ocultaba secretos, hablaba de sufrimiento y de una tibia esperanza que se gestaba en su vientre.

Caminó hacia la salida sin dejar de contemplarlo. El vigilante volvió a echar la llave cuando ella salió al pasillo y tiró de su brazo para hacerla caminar. Un grito endemoniado salió de la garganta del preso y su eco se extendió por los muros lóbregos de aquella prisión.

En la puerta, la muchacha hizo de tripas corazón y volvió a hablar con el carcelero.

—Por favor, permita que lave sus heridas y las cure. Pueden infectarse.

—Ese no es mi problema, para lo que le va a servir...

—Yo... —Sidonie rebuscó en su bolsito y sacó todas las monedas de las que disponía—. Tenga..., haga lo que le pido.

—Esto... no es suficiente —le dijo con una mirada torva.

La joven tragó saliva.

—¿Tiene usted esposa?

—¿Y qué? A nadie le amarga un dulce... —le contestó dándole a entender lo que pretendía.

Sidonie no se dio por aludida, reprimió su asco y se quitó los preciosos pendientes de perlas que su hermana Constance le había regalado por su boda y se los mostró al hombre.

—Tenga, serán un precioso obsequio para su mujer. Se lo agradecerá.

Nada más lejos de lo que aquel individuo ruin tenía en mente. Tomó las perlas y las sopesó. Sacaría un buen dinero de su venta.

—Está bien —concedió el individuo, arrebatándole de las manos las joyas.

—Es un trato, entonces. Agua limpia y jabón.

—Claro, lo mejor para el señor De Clare —consintió irónico.

Sidonie se vio obligada a marcharse, a dejar atrás al hombre que le había enseñado a amar y le había demostrado lo que era sentirse amada, en cuyos brazos hubiera querido vivir para siempre.

Tal vez aquello era un castigo divino ante su unión prohibida, pensó, pero se rebeló frente a esa idea cruel. Ella había cumplido con el padre, con su esposo, mientras estuvo vivo. ¿Qué daño le hacía a nadie que su hijo y ella se amaran? No lo entendía y quizá por eso el cielo la castigaba a través de Patrick Lackland, quien se había convertido en el verdugo con el que debería convivir hasta el fin de sus días.

Capítulo 27

No pudo contener un amargo llanto durante su vuelta al hogar por más que intentó reprimirlo, no quería que su desesperación fuera oída por el cochero. Sofocó sus ganas de gritar, mordiéndose el puño; y aunque intentó restablecerse al llegar, supo que su desconsuelo no pasó desapercibido por el ama de llaves, quien la acompañó a su cuarto y se marchó a regañadientes cuando ella le pidió quedarse a solas.

Se echó sobre la cama, pero al pensar que su cuerpo reposaba sobre suaves sábanas mientras que el de Corrigan se encontraba en aquel lugar inmundo, atado por una cadena al cuello, la hizo rebelarse contra su propia comodidad. No descansaría hasta que no acabara desplomada de puro cansancio, no podría hacerlo con la imagen de su sufrimiento en la mente.

Decidió que saldría a caminar hasta agotarse, aunque tenía la impresión de que su cuerpo mantendría la tensión, cuando menos, hasta el momento del juicio. Se colocó un chal sobre los hombros y salió afuera sin avisar.

Vagabundeó por el páramo cubierto por una fina niebla que dificultaba la visión y el disfrute del paisaje, aunque a ella tanto le

daba. Sus pasos acabaron llevándola al cementerio cerca del acantilado. Conforme se acercaba a la tumba de su esposo y de Jane Slade, le pareció ver la figura desdibujada de un contorno masculino conocido.

Aquella silueta alta, de complexión fuerte que se apoyaba sobre un bastón, le recordó a su esposo. En los últimos meses de enfermedad se había ayudado de un báculo para mantenerse en pie los pocos pasos que se permitía.

Caminó, sin asomo de temor, hacia él, pensando que si su espectro llegara a aparecérsele, le pediría, le imploraría que auxiliara a su hijo, que lo hiciera para honrar la memoria de su difunta madre.

Para cuando llegó hasta los sepulcros, ningún ser vivo se encontraba en las proximidades. Quiso creer que lo había imaginado, que la bruma jugaba con la apariencia de las cosas o que su ánimo fatigado le hacía ver aparecidos donde no los había.

Se arrodilló ante la tumba de Jane Slade y oró. Por ella y por su hijo Corrigan. Le suplicó que lo ayudara desde donde quiera que su alma se hallara. Estuvo allí no supo cuánto tiempo, hasta que el frío caló sus huesos y la estancia se hizo insoportable. Debía cuidarse. Debía cuidar su cuerpo, por su hijo, aunque no pudiera hacer lo mismo con su espíritu.

Volver a casa le tomó más tiempo de lo esperado. La niebla se hacía más espesa y la luz comenzaba a desvanecerse. Anochecía.

Vislumbró, en lontananza, la silueta imponente y antiquísima del castillo. Intentó imprimir a sus pasos un ritmo más rápido. Se acercaba a la entrada cuando percibió a dos personas en la puerta, esperándola tal vez. Una sostenía un farol y lo hacía oscilar como si se tratara de un faro, guiándola hasta un lugar seguro.

Estuvo segura de que una de ellas se trataba de Nola O’Donnell , pero pensó que había perdido el juicio al reconocer al hombre que la

acompañaba.

Perdió pie, trastabilló y estuvo a punto de caer ante la impresión. El farol ondulaba hacia un lado y hacia otro haciendo que ambas figuras quedaran expuestas someramente a su visión. Incapaz de reconocer con claridad al hombre, temerosa de hacerlo porque significaría que había perdido todo entendimiento, cubrió las últimas yardas que la acercaban hasta ellos.

Nola salió a su encuentro y la arrebujó con su propia toquilla, y fue entonces cuando Sidonie levantó la vista y contempló, sin temor a equivocarse, al individuo que tenía frente a ella.

Un hombre alto, de cabello castaño, apoyado sobre un bastón. Se trataba de Dugan de Clare, su esposo.

Sin embargo, ella había comprobado cómo la enfermedad había consumido hasta su último aliento, había preparado su cadáver y lo había velado dentro del ataúd hasta que comenzaron a cubrir sus restos con tierra en aquella tumba proscrita cerca del acantilado.

¿Había regresado para atormentarla o la luz con la que la había guiado expresaba su deseo de auxiliarla?

Aquel fue el último pensamiento coherente que pudo concebir antes de desmayarse. Las escasas fuerzas que le restaban la abandonaron en esos momentos. Sintió que la oscuridad se adueñaba de sus sentidos mientras caía de rodillas al suelo, sujetándose de manera instintiva el vientre. Los brazos de Nola impidieron que se hiciera daño al golpearse contra el suelo.

Poco a poco comenzó a notar el calor de la sangre recorriendo sus miembros, los sonidos y las voces familiares, a pesar de la lasitud que aún la embargaba. Sus primeros pensamientos fueron para Corrigan e, inmediatamente, recordó la causa de su desmayo, la abrumadora sensación de irrealidad, la huida de sus sentidos ante la

imagen de su esposo difunto. ¿Se estaría volviendo loca, en realidad?

Nola notó como la muchacha movía sus párpados y comenzaba a despertarse lentamente. Le preocupaba mucho su desvanecimiento. Se sentía culpable por ello.

Cuando Sidonie abrió los ojos, el ama de llaves quiso saber.

—Señora De Clare, dígame cómo se encuentra, por favor.

La joven se llevó una mano a la sien derecha, donde palpitaba un molesto dolor de cabeza.

—He estado mejor. —Se incorporó y permaneció sentada mientras tomaba un vaso de agua que le ofrecía la mujer. Lo bebió con la necesidad de un sediento.

—Voy a traerle una buena cena ahora mismo. Necesita reponer fuerzas, pero antes...

—Nola, ¿es posible que sea verdad lo que dicen de este castillo? Creo que he visto un espectro... o tal vez me estoy volviendo loca —confesó.

—¿Se refiere a la persona que me acompañaba en la puerta?

Sidonie asintió atenta a cada palabra de la mujer.

—Tuve que haberla avisado, señora. Perdóneme..., pero estaba tan preocupada por su desaparición... No supe que salió, y era tan tarde que estaba convencida de que le habría pasado cualquier cosa. Por eso permití que él me acompañara. Estábamos a punto de salir a buscarla.

—¿Él?

—Corrigan de Clare, señora.

—No, no puede ser... —Negó vehemente con la cabeza—. No era Corrigan, Nola. Él está preso.

Unos pasos resonaron tras el sofá donde se encontraba sentada. Iban acompañados de un golpeteo rítmico en el suelo.

Un caballero que guardaba un extraordinario parecido a su difunto esposo, aunque lucía al menos veinte años más joven, caminó con ayuda de un bastón hasta situarse frente a ella, a tan solo unos pasos, y dejó que la muchacha lo contemplara, atónita.

—Este es Corrigan Alexander de Clare, señora, el heredero de Dugan de Clare.

Capítulo 28

A pesar de que aún no se había repuesto y las fuerzas le fallaban, Sidonie dio un respingo en el asiento hasta ponerse de pie. Contempló con ojos desorbitados al caballero que tenía justo enfrente, se recreó en el extraordinario parecido con su esposo y en los rasgos que compartía con su amado Corrigan, la mandíbula marcada, el cabello y los ojos oscuros, la envergadura de los hombros, su complexión... Pero ¿qué significaba aquello que le había contado Nola? ¿La habría oído mal o había perdido la cabeza definitivamente?

—Corrigan de Clare se encuentra en la prisión de Clifden. Yo... veo su parecido con el difunto Dugan y también con el verdadero Corrigan, pero no entiendo qué es todo esto.

El hombre asintió comprensivo.

—Yo le explicaré. Nola ya me ha contado todo. Sé que Corrigan, mi hermanastro, se encuentra en prisión, pagando unos crímenes propios y otros ajenos que me corresponden solo a mí.

—¿Hermanastro?

—Somos hermanos de padre. Dugan lo era, aunque él es hijo de una criada, Mary Whelan. Jane Slade era mi madre, quien lo crio

como a un hijo cuando su propia madre falleció. Tuvo que hacerlo a espaldas de Dugan, quien nunca le dio su apellido y, después que yo naciera, lo trató como al hijo de cualquier criado.

—¿Corrigan es un... bastardo?

—Así es, un hijo ilegítimo fruto de la relación de mi padre con una muchacha a su servicio.

—No es el legítimo heredero, así que se hizo pasar por usted todo este tiempo. ¿Por qué?

—Porque yo se lo pedí, las circunstancias así lo determinaron. Y porque todo lo mío es suyo y nos corresponde por igual, aunque mi padre no lo dejara por escrito.

—Entonces, su nombre no es Corrigan...

—Mi padre lo llamó Corrigan por mi abuelo. Creyó que su esposa Jane era estéril tras años casados sin concebir y que aquel hijo varón ilegítimo sería el que acabaría siendo su único heredero. Sin embargo, cuando nací yo, casi un año después, se olvidó del hijo de Mary Whelan, lo repudió y me puso el mismo nombre.

—Entonces han juzgado a Corrigan de Clare y van a condenar a Corrigan Whelan... —sentenció la muchacha mirando a los ojos del caballero.

—No voy a permitirlo. Haré todo lo posible por invalidar ese juicio —dijo mirando a Nola—. ¿Están los caballos preparados? —La mujer asintió—. Disculpe que no le dé más explicaciones, Nola lo hará por mí y yo atenderé sus preguntas tan pronto sea posible, pero debo partir hacia Dublín en este preciso instante. Hay gente que me debe favores muy importantes y me los pienso cobrar ahora. —Alexander de Clare se dispuso a marcharse, pero antes de salir se volvió y se dirigió a ella de nuevo—: ¡Ah! Debo agradecerle que cuidara y atendiera a mi padre en sus últimos momentos, eso dice mucho en favor de usted, aunque el señor de Clifden no lo mereciera.

—Hice lo que debía, no tiene nada de especial. En cambio, si salva a Corrigan, yo... se lo agradeceré lo que me quede de vida.

Asintió levemente y se marchó dejando atrás a una mujer confundida y cansada, incapaz de creer lo que había oído, a la que le parecía que aún se encontraba en las brumas de la inconsciencia y que su mente la estaba engañando de alguna forma.

Sidonie volvió a sentarse y se presionó las sienes.

—Señora, quédese recostada. Voy a ir a traerle una buena cena para que reponga fuerzas —se ofreció el ama de llaves.

—Nola, necesito saber...

—Le explicaré todo mientras come.

Sidonie reclinó la cabeza hacia atrás y ni siquiera oyó salir a Nola. Se quedó dormida en el instante en que su cabeza tocó el respaldo del asiento. O puede que volviera a desmayarse después del cúmulo de impresiones.

La señora O'Donnell la dejó dormir un rato, pero la despertó al poco con suavidad, pues sabía que no había tomado alimento alguno desde el desayuno, y lo necesitaría.

Aunque la comida tenía un aspecto delicioso, Sidonie no tenía ningún apetito. Se obligó a comer, a masticar cada una de las viandas, a no pensar en la sensación de náuseas que últimamente le provocaban los alimentos. Debía hacerlo por la criatura que se gestaba en su vientre.

Olvidar la sensación fue fácil en cuanto comenzó a conversar con el ama de llaves. Necesitaba saber. Eran tantos los secretos, las mentiras por explicar, por justificar...

—Nola, tú lo sabías —afirmó mirándola directamente a los ojos.

—Hacía muchos años que no los veía, pero... sí. Supe enseguida que no era el hijo legítimo el que llegó, sino Corrigan Whelan. Sin

embargo, sabía que tendría sus motivos. Corrigan y Alexander se querían mucho y huyeron juntos. Temí que le hubiera pasado algo a Alexander tras largos años fuera y por eso Corrigan reclamaba lo que como hijo le correspondía.

—¿Y por qué no vino su legítimo heredero? ¿Por qué Corrigan lo suplantó?

—Él me explicó que Alexander había recibido una carta de su padre donde le decía que se estaba muriendo y que viniera a despedirse y a hacerse cargo de su herencia. Alexander le guardaba mucho rencor y tardó en decidirse en regresar. Para cuando tomó una decisión, su padre ya había muerto y él sufrió una caída a caballo que le produjo una fractura en una pierna, por eso usa bastón. Le pidió a Corrigan que se hiciera pasar por él y se deshiciera de todo el patrimonio De Clare.

—¿Y nadie más sospechó que no era quien decía ser?

—Los criados más ancianos notaron algo, pero dado que su complexión es la misma, tienen una fisonomía parecida y el color de sus ojos es casi idéntico... los cambios podían justificarse por el paso del tiempo. El señor de Clifden dejó su impronta en ambos y sus madres eran mujeres de apariencia similar, ambas de cabello y ojos oscuros.

—Nada que ver conmigo. Supongo que Dugan cambió sus gustos o quizá solo necesitó de alguien que le hiciera compañía y lo cuidara. —«Una mujer joven con la que, además, pudiera concebir un hijo», pensó la joven con amargura—. ¿Quién era la madre de Corrigan?

—Mary Whelan era una muchacha muy joven que empezó a trabajar en el castillo cuando el matrimonio llevaba ya unos años casados. No podría decir, sin caer en la mentira, que Dugan de Clare fuera un hombre libidinoso con sus sirvientas. No lo era. Pero debió agradarle aquella muchacha con cierto parecido a su propia esposa.

Era conocido entre los sirvientes que el matrimonio no se llevaba bien y que, tras unos años casados, no habían engendrado ningún hijo.

—¿Y Dugan se encaprichó de la sirvienta?

—Siempre pensé que se valió de ella para demostrar que podía tener hijos. Cuando la muchacha quedó embarazada y parió a un varón, el señor De Clare se mostró orgulloso de ello, incluso lo bautizó con el nombre de su propio padre. Sin embargo, meses después, la señora tuvo un hijo, quien sería el heredero legítimo, y el señor comenzó a ver a Corrigan como una molestia, como un competidor ante su propio hijo, y le hizo la vida imposible a Mary para que se marchara y se llevara lo que él llamó «la huella de su pecado».

—¿Llegó a marcharse? ¿Huyó?

—Mary estaba enamorada del señor y lo aguantó todo. Además, tampoco tenía dónde ir, y él no se atrevía a despedirla, porque eso sería como reconocer que era el progenitor de aquel niño sin padre conocido. Cuando Corrigan tendría unos cuatro años, Mary cayó gravemente enferma. Los criados nos ocupamos de ella. Dugan de Clare no se molestó en llamar a un médico. La muchacha murió de una fiebre aguda poco después.

—Oh, ¿y qué pasó con su hijo?

—Entre todos nos encargamos de ocultarlo de la vista de su padre para que no estuviera tentado de ingresarlo en un orfanato. Corrigan se crio entre sirvientes, aunque ya hacía tiempo que Jane Slade se había enterado de la existencia de este niño de edad parecida a la de su hijo y había dejado que jugaran juntos. Cuando Mary Whelan murió, ella lo protegió y permitió que los niños se criaran como hermanos, sin que su esposo lo supiera.

—Eso dice mucho de su bondad.

—La señora no era una mujer estirada y engreída como otras suelen serlo. Ella era una muchacha de Clifden, casada con el señor por su capricho. Las penosas circunstancias de aquel niño huérfano la enternecieron y lo trató como a su propio hijo. Y Corrigan la quiso como a una madre.

Las lágrimas se agolpaban en los ojos de Sidonie. La muchacha luchó por no dejarse vencer por la tristeza. Sin embargo, era tanto lo que aún necesitaba saber...

—Señora... —continuó el ama de llaves—. Está agotada, debería irse a la cama...

—Está bien, Nola —reconoció que las fuerzas le fallarían—. Mañana seguiremos hablando, pero dime..., ahora que ha llegado Alexander de Clare —aquel nombre le supo falso en los labios, pero reconoció que nada más lejos, Corrigan era el impostor y nada le había dicho. No había confiado en ella—, ¿crees que encontrará la forma de atenuar la condena de Corrigan? ¿Por qué no dijo la verdad? ¿Por qué permitió que le adjudicaran delitos que él no había cometido?

—No imagina lo unidos que estaban los hermanos De Clare de pequeños. No importaba que uno fuera legítimo y el otro un bastardo. Se querían y se respetaban. Siempre confiaron el uno en el otro. Jane Slade les enseñó a amarse por encima de las diferencias de clase. Nunca Alexander se creyó superior a Corrigan. Y este lo quería con locura y lo protegía como a un hermano pequeño. Huyeron después de la muerte de Jane Slade y han permanecido juntos desde entonces. Puedo entender a la perfección que Corrigan no delatara a su hermano y asumiera sus culpas.

—Dugan siempre me pareció un hombre demasiado serio y ensimismado en su mundo. En realidad, ocultaba una vida de errores en la que no tuvo la capacidad de reconducirse y pedir

perdón, de enmendar su daño. Intentó comenzar de nuevo cuando ya comenzaba a faltarle el tiempo... No supo apreciar el valor de sus dos hijos.

—Me temo que es así. La ayudaré a subir a su alcoba, señora.

—No se preocupe. Ya me encuentro mejor.

—Déjeme que la acompañe. Me sentiré más tranquila. Creo que tiene mucho por lo que cuidarse —concluyó la mujer. Sidonie nada replicó. Si Nola había intuido su estado, ningún reproche había salido de su boca, ningún mal gesto, ninguna mala predisposición, más bien todo lo contrario. Ella nada le diría por su parte, no la comprometería con su secreto y, además, se encontraba muy cansada para tener una conversación como aquella.

«Esta criatura debe tener un padre reconocido», pensó con dolor, «aunque no sea Corrigan de Clare». Tan pronto lo pensó, rectificó con una mezcla de dolor y rabia: «Mejor dicho, un desconocido llamado Corrigan Whelan».

Capítulo 29

Apenas quedaban horas para la lectura de la sentencia y Alexander de Clare no había vuelto a dar señales de vida. Se había esfumado como si verdaderamente se tratase de un fantasma.

Lackland fue a ver a Sidonie uno de los días y la encontró distraída a ratos. Ella, por su parte, pudo comprobar que no había llegado a oídos de Patrick la llegada del legítimo heredero.

Cuando la muchacha le suplicó que hiciera posible volver a visitar a Corrigan, el caballero se levantó enfadado y le advirtió que no volvería a verlo hasta el día del casamiento, que tendría lugar en las jornadas siguientes a la sentencia del señor De Clare. Sidonie no había conseguido su objetivo más deseado, aunque, al menos, perdería de vista a Lackland hasta la inevitable boda.

Patrick no sabía nada de la llegada de Alexander y ella no sería quien se lo dijera, pero... ¿y si algo le había sucedido en el trayecto a Dublín? ¿Y si finalmente no había podido conseguir una sentencia más benevolente para Corrigan? ¿Y si ante estos acontecimientos había huido dejando recaer la culpa en su hermanastro?

Se recriminó unos pensamientos tan insultantes para Alexander de Clare, pero no podía evitar preguntarse si debía de poner en

conocimiento de las autoridades la verdadera identidad de Corrigan. Tal vez sirviera para atenuar su pena...

Se debatía en un mar de dudas. En el fondo, sabía que aquello la haría repulsiva de cara a Corrigan, quien había optado por callar la verdad pese a que le podría haber costado la vida. Su lealtad para con su hermano estaba por encima de todo, incluso de sincerarse con ella.

Y esto no le preocupaba. Lo hacía más digno de admiración, en realidad. Pero ella no quería que lo condenaran a una vida de esclavitud que no le correspondía. ¿Sería su hermano capaz de cambiar su lugar? ¿De intercambiar sus destinos? Dudaba que Corrigan lo consintiese.

La mañana en que la sentencia iba ser dictada amaneció tormentosa. La lluvia había estado cayendo inmisericorde desde la noche y continuó haciéndolo cuando los desvaídos rayos del sol aparecieron al amanecer.

Sidonie se preparó para asistir a la lectura del veredicto acompañada de Nola. Aunque el abominable y sesgado juicio había tenido lugar a puerta cerrada, la sentencia, en cambio, iba a ser leída de forma pública ante quienes se acercaran hasta el juzgado, a modo de advertencia y escarmiento a aquellos que se atrevieran a desafiar a la justicia británica e incurrir en el delito de contrabando.

Aunque las mujeres se pusieron en camino mucho antes de la hora, al llegar se encontraron con que la sala de juicios se había quedado pequeña ante el cúmulo de vecinos que se habían reunido allí, algunos por puro entretenimiento; la mayoría, en cambio, para dar su apoyo a Corrigan, y así lo demostraron, al dejar que la joven De Clare pasara entre ellos con su ama de llaves y llegara hasta los primeros asientos, desde donde podría ver al señor De Clare con

claridad. El rumor de que la joven los había ayudado a no caer en la trampa se había extendido entre los nacionalistas.

Sidonie comprobó como los testigos y abogados iban llegando y ocupaban sus asientos. Pronto todo habría acabado.

Sintió que la frágil esperanza que una vez albergó huía de su cuerpo y se encontró con la amargura de resignarse a un destino cruel sin su presencia. Los días anteriores había oscilado entre la ilusión y la fe de que todo acabaría bien y el pesimismo de que De Clare no llegara a tiempo.

El trayecto hasta Dublín y la vuelta le llevaría más de una semana a caballo sin apenas descansar, y entendía que le hubiera faltado el tiempo o que, tal vez, la ayuda esperada había sido denegada.

Cuando, finalmente, Corrigan fue conducido hasta su lugar como acusado frente al juez de rostro adusto, toga negra y empolvada peluca blanca, la muchacha contempló con dolor como su apariencia no había mejorado en absoluto desde la última vez que lo vio, más bien lo contrario. Ante la luz del día en aquella sala bien iluminada, los golpes, las magulladuras y vejaciones aparecían más claros y visibles que nunca. Sus ojos se llenaron de lágrimas.

En ese momento, Corrigan se volvió y la buscó con la mirada. Supo de alguna forma que ella estaba allí. Sus ojos se encontraron y durante un instante se llenaron del amor del otro. Corrigan esbozo una sonrisa y musitó: «Vive». Aquello fue un deseo, una orden, una despedida... y una última muestra de amor.

Sidonie negó con la cabeza, pero él ya se había vuelto ante el mandato del magistrado, quien portaba en sus manos el documento con la condena. Este comenzó la sesión con los habituales trámites y, sin más demora, desenrolló lentamente el pliego con la sentencia escrita para proceder a su lectura en voz alta.

Comenzó citando la fecha y se detuvo para continuar la lectura del

legajo en voz baja, casi en un susurro, con expresión sorprendida.

Tras acabar, sus ojos vagabundearon por la sala para posarse sobre el acusado, primero, y, a continuación, hacerlo sobre Patrick Lackland, quien se encontraba sentado ocupando su lugar en el banco de los testigos de la acusación. Volvió a bajar la vista y releyó de nuevo el documento, tomándose más tiempo incluso, como si aquello que se encontraba escrito estuviera fuera del alcance de su comprensión.

Llamó a un ayudante, le reclamó alguna cosa y, mostrando un rostro pálido y desencajado, ordenó un receso, tras lo cual se levantó rápidamente y salió de la sala dejando a todos los asistentes estupefactos. ¿Qué significaba aquello?

Sidonie soltó un suspiro que no fue de completo alivio, pero debió ser algo parecido a lo que siente un pez cuando, tras ser atrapado, lo devuelven al mar de nuevo. Quizá aún había margen para la esperanza.

Los minutos pasaban y nada nuevo acontecía. El aire en la sala se fue enrareciendo. Algunos bebés comenzaron a llorar, se oyeron protestas y preguntas lanzadas al aire: «¿Qué está sucediendo?», que nadie supo contestar.

Sidonie temía el regreso del magistrado. No había visto a Alexander de Clare, nada sabía sobre él, ¿su intervención tendría que ver con lo que estaba ocurriendo? Se percató de que Patrick Lackland tampoco se encontraba en la sala.

Finalmente, el juez regresó. Lackland no lo hizo.

Y sin más preámbulo comenzó a leer la sentencia.

Corte de Justicia del Reino de Irlanda

Distrito de Galway

Sentencia pronunciada en el presente día del mes de agosto del

año de Nuestro Señor de 1860.

Habiéndose instruido causa contra el supuesto Corrigan de Clare, quien dijese ser señor de Clifden, por delitos relacionados con actividades de contrabando y otros cargos de diferente índole, compareció ante esta Honorable Corte dicho individuo en las fechas señaladas para su defensa conforme a derecho.

Tras la debida exposición de alegatos por parte de la acusación y la defensa, y habiéndose oído testigos y examinado pruebas, se declara que no ha sido fehacientemente probada la comisión del delito de contrabando que se le imputa, y, por tanto, en cuanto a dicho cargo, se exculpa al mencionado.

Así mismo, en lo relativo a las restantes acusaciones que pesaban sobre el referido Corrigan de Clare, esta Corte se ve en la necesidad de desestimarlas, habiéndose constatado, mediante examen de testimonios y documentos oficiales, que el individuo que se ha presentado en sala como el señor de Clifden no es tal, sino que responde al nombre de Corrigan Whelan, sirviente del verdadero Corrigan de Clare, a quien ha suplantado con manifiesta intención de engaño ante esta magistratura.

Por tanto, y en razón del grave acto de suplantación de identidad cometido, se impone al nombrado Corrigan Whelan una multa pecuniaria de veinte libras esterlinas, cantidad que deberá ser satisfecha a la Secretaría de esta Corte en un plazo no superior a treinta días. En caso de incumplimiento, se ordena que dicho sujeto cumpla una pena de reclusión de un año en prisión pública, sin perjuicio de otras acciones legales que puedan proceder por parte del legítimo señor de Clifden.

Así lo dispone y firma en Clifden, a los 21 días del mes de agosto del año del Señor de 1860.

Honorable juez Seamus O’Brian

Juez de Su Majestad en Clifden, distrito de Galway

Capítulo 30

Un clamor popular asaltó la sala de juicios tras la lectura de la sentencia. Un clamor que era tanto de alegría, por la puesta en libertad del hombre que les había ayudado a mejorar sus lamentables condiciones de vida y les había traído la esperanza de una Irlanda libre, como de sorpresa, por parte de algunos que habían sido incapaces de distinguir al auténtico Corrigan de Clare de un sirviente.

Corrigan volvió la cabeza para posar sus ojos sobre los de Sidonie, pero no tuvieron tiempo de transmitirse más que su mutua sorpresa, ya que, ante la barahúnda, el juez determinó desalojar la sala y volvieron a llevárselo con rapidez inusitada hacia el interior de los juzgados.

Sidonie y Nola salieron del edificio entre las felicitaciones de los vecinos. A la puerta las esperaba el abogado.

—Señora De Clare, comprendo su estupefacción. Yo tampoco hubiera esperado ni en un millón de años una sentencia como esta. ¿Estaba usted enterada de la verdadera identidad del señor de... quiero decir... del señor Whelan?

Sidonie negó de forma casi imperceptible, sin saber muy bien qué

sería lo correcto.

—Por favor, permanezca a su lado en cuantos trámites sean aún necesarios. Pagaremos lo que sea preciso... ¡Ah!, la multa, por supuesto... —le pidió la joven.

—No le quepa la menor duda, señora. Corrigan de Clare, o Whelan, como ha resultado llamarse, es uno de los nuestros, un verdadero irlandés que no se vende a la Corona inglesa. No lo dejé desamparado antes y no lo haré ahora. Procuraré que lo pongan en libertad lo antes posible.

—Hágalo, por favor.

El abogado volvió a entrar en los juzgados. Nola tiró suavemente del brazo de su señora para sacarla de aquel atolladero y la llevó hasta el carruaje.

—No puede quedarse aquí. Es mejor que espere en casa.

El cochero se puso en marcha en cuanto estuvieron cómodamente sentadas.

—Nola... ¿Qué va a pasar? No han podido demostrar que Corrigan Whelan se dedica al contrabando, pero hay causas pendientes para De Clare.

—Corrigan no tiene más que pagar una multa, pero si atrapan a Alexander no conseguirá librarse tan fácilmente. Deberá ser muy cuidadoso.

—Ha expuesto su verdadera identidad para liberar a Whelan.

—¿No es lo que los hermanos hacen? ¿Protegerse? ¿Cuidar uno del otro? —opinó el ama de llaves—. Es algo de justicia, además.

—Corrigan estuvo dispuesto a morir por Alexander.

—Así es.

—Ojalá volviera a ver a De Clare para agradecerle lo que ha hecho por su hermano. —Deseó Sidonie.

—Yo, en cambio, espero que se encuentre a salvo muy lejos de

Irlanda y que, aunque no vuelva a posar mis ojos sobre él, no se le ocurra regresar jamás.

Tras la conversación se mantuvieron en silencio hasta llegar al castillo, cada una sumida en sus propios pensamientos. Sidonie no dejaba de darle vueltas a la necesidad de volver a ver a Corrigan, ahora bajo la luz de su verdadera identidad, cavilaba qué se dirían y qué pasaría finalmente entre ellos.

Al entrar en el edificio, Nola se dirigió a la cocina mientras un sirviente anunciaba:

—Señora, el señor Lackland y el padre Sullivan se encuentran esperándola en la sala.

«¿Patrick?», se sorprendió la muchacha. Desde que el juez había hecho un receso y entrado en las salas interiores para volver con la asombrosa sentencia que exculpaba a Corrigan, no lo había vuelto a ver. No lo había echado de menos, en realidad. Lo cierto era que no tenía apetencia alguna por tenerlo delante de nuevo, más bien todo lo contrario. ¿Qué habría ido a hacer al castillo? ¿Y por qué se encontraría allí el sacerdote?

Lackland se hallaba impaciente y el rostro de Sullivan, de pie junto a él, mostraba un rastro de temor. Fue en lo primero que se percató al entrar en la sala donde ambos hombres la esperaban.

—Señor Lackland, padre Sullivan, qué sorpresa verlos por aquí. ¡Qué coincidencia! ¿En qué puedo ayudarles? —les preguntó deseando que se tratara de algo sin importancia, y que al menos Patrick se marchara pronto. La sentencia la había exonerado de cumplir su palabra de casamiento con este y suponía que venía a recriminárselo, pero, por fortuna, ya no se encontraba a su merced. Corrigan sería puesto en libertad, se lo había acusado injustamente, y todos los subterfugios y maniobras de Lackland por hacerlo caer en desgracia no le valieron de nada.

—¿No lo imaginas, querida? He venido para hacer que cumplas nuestro trato.

—¿Qué trato, Patrick? ¿Ese por el que yo me entregaba a ti como esposa a cambio de que Corrigan fuera condenado a cadena perpetua?

—Así es, celebro que no lo hayas olvidado.

—¿Qué sentido tiene ese trato cuando él no es culpable de ninguna de las causas, cuando ni siquiera es el hombre que creíamos?

—Sí, es para sentirse estafado, ¿verdad? De todas formas, esto no cambia nuestros planes. El heredero de Clifden no podrá aparecer por aquí puesto que será encarcelado y sus bienes pasarán a tus manos. Tú eres la heredera de todo, al fin y al cabo, y, por tanto, tras nuestro matrimonio yo seré el que disponga del castillo y las propiedades.

—No voy a casarme contigo, Patrick.

—¡Hicimos un trato!

—Que yo pensaba cumplir, pero, gracias a Dios, ya no es necesario.

—Te aseguro que sí lo es. Voy a acabar con el poder de los De Clare para siempre. Padre, empiece con la ceremonia.

—Padre Sullivan... —La muchacha creyó que el sacerdote se opondría con rotundidad a las intenciones de Lackland, pero entonces vio por qué no se apartaba de su lado. Patrick lo apuntaba con un revólver en la espalda.

—Señor Lackland, piénselo bien... —se atrevió a decir.

—No lo ponga más difícil, padre. Ya le he explicado lo que quiero que haga sin más dilación y lo que les ocurrirá a ambos si se opone. Proceda con la ceremonia. —Se dirigió, entonces, a Sidonie, y con voz clara le aseguró—: Si te niegas, os mataré aquí mismo.

El vicario fue a comenzar la ceremonia con voz temblorosa, pero apenas había masculllado unas palabras cuando se atrevió a decir:

—Necesitamos dos testigos.

—¡Maldita sea! —Lackland se dirigió con pasos apresurados hasta la puerta y desde allí gritó—: ¡Nola, Nola O'Donnell! ¡Venga rápido y traiga a uno de los criados!

—Esta boda forzosa no te servirá, Patrick. Pediré su anulación.

—No lo harás, Sidonie. No después que nos hayamos convertido en un matrimonio de hecho, que es lo que sucederá en cuanto el padre nos case.

Sullivan se atrevió a decir:

—Señor Lackland, aún está a tiempo de poner fin a esta insensatez.

—No, ni hablar. Hubiera sido todo tan fácil si no se hubiera presentado ese maldito De Clare, o, mejor dicho, su impostor... Solo se trataba de dejar pasar los meses de luto y yo hubiera convencido a Sidonie de que se convirtiera en mi esposa. Te hubiera proporcionado una vida agradable en tanto te plegaras a mis deseos —se dirigió ahora a la viuda—, pero tuvo que aparecer ese maldito Corrigan Whelan...

—Es mejor que sueltes el arma, Patrick. Nunca una boda a punta de pistola trajo nada bueno. —La voz grave de Alexander de Clare retumbó desde la entrada.

—¡¿Tú?! —Se sorprendió Patrick, reconociendo de inmediato al verdadero Corrigan de Clare—. Supongo que has llegado justo a tiempo para salvar a ese impresentable de Whelan. ¡Qué considerado! ¿Dónde está el ama de llaves? ¡No importa! Tú me servirás de testigo y después te entregaré a las autoridades.

—Desde niño tus maldades despuntaban, pero nunca pensé que te convertirías en un hombre tan miserable.

—¿Miserable? He conseguido aumentar la riqueza y el poder de mi apellido mientras que tú has hecho caer en el oprobio al tuyo. Abandonaste tu casa y a tu padre y ahora humillas tu estirpe convirtiéndote en un contrabandista, un renegado buscado por la ley.

—No siempre lo que los poderosos dictan es lo más justo. Mi padre se puso de parte de esa ley que tú reconoces y no le importó dejar morir de hambre a cientos de irlandeses, mientras prohibía que barcos cargados de víveres atracaran en la costa. Alimentos arrojados al mar cuando en Clifden y en toda Irlanda los niños se consumían sin llevarse nada a la boca. ¿Consideras que eso engrandece un apellido?

Mientras Alexander hablaba se acercaba lentamente a Lackland. Este no lo perdía de vista y continuaba apuntándole con la pistola.

—Las leyes inglesas fueron claras. Había que ahogar la sublevación irlandesa.

—¿Qué sublevación? ¿La de un puñado de campesinos que pedían ayuda para poder comer?

—No debiste implicarte en ello... aunque supongo que la sangre Slade es más espesa que la De Clare. Sí, siempre preferiste andar rodeado de gentuza. Es curioso; al final, en cuanto la boda termine, yo mismo te ayudaré a acabar entre ellos en una celda donde pagarás por tus delitos contra la Corona. No sigas acercándote. Padre, continúe con la ceremonia...

Lackland apartó la vista un segundo para interpelar al sacerdote. En ese momento, Alexander levantó su bastón como una exhalación y golpeó la mano que sostenía el revólver. La vara volvió a moverse y le atizó un fuerte golpe en la mandíbula a Lackland, que lo arrojó al suelo.

Para entonces, Sidonie ya se había apropiado de la pistola y lo

apuntaba con manos temblorosas. Alexander tomó el arma de entre sus dedos y le pidió al sacerdote:

—Tome los cordones de las cortinas y átelo con fuerza de pies y manos.

—¡No te atrevas! —protestó desde el suelo el malvado, intentando incorporarse, a la vez que se sujetaba la mandíbula. De entre los labios comenzaba a surgir un reguero de sangre.

De Clare volvió a golpearlo, esta vez en el estómago, y el hombre se replegó sobre sí mismo. El padre Sullivan lo reprendió con la mirada.

—¿Acaso prefería que le hubiera disparado, padre?

El vicario anudó las muñecas y los tobillos con los cordones gruesos y elegantes que habían plegado las cortinas. Alexander se agachó para ajustarlos y asegurarse de que no podría escapar.

Sidonie comenzó a encender algunas lámparas de aceite y candelabros, las cortinas sueltas impedían que entrara la ya escasa luz del exterior. Ella fue la primera en ver aparecer a Nola acompañada de Corrigan.

Capítulo 31

—¿Estáis bien?

Todos se volvieron al oír la voz de Corrigan. Este dirigió la pregunta a Sidonie, especialmente, pues en cuanto llegó, su mirada se posó sobre ella. La joven hizo un esfuerzo para no gritar ni echar a correr a sus brazos.

—Muy bien, hermano. Aunque me hubiera sido de gran ayuda que hubieras llegado hace un buen rato. ¿Dónde te habías metido? —Alexander rio divertido ante su propia pregunta y se acercó al encuentro de Corrigan para fundirse en un abrazo.

—Creí que no te volvería a ver, Alec.

—Debiste haber dicho la verdad. Te pedí que te ocuparas de la herencia, no que pagaras por mis asuntos con la justicia.

—¿Tus asuntos? ¿Desde cuándo tus asuntos no son los míos?

—Vamos a deshacernos de este tipo, Cory, y ponernos al día.

El padre Sullivan se adelantó:

—¿Qué van a hacer con él? ¿No pensarán...?

—Padre, es mucho lo que ha visto y oído en estas últimas horas, debería descansar. Nosotros nos ocuparemos del señor Lackland. Venga conmigo, voy a acompañarlo a la habitación de invitados.

Nola, ¿le importaría subirle una contundente cena al sacerdote?

—¡En un santiamén!

—Pero yo... debería volver a la parroquia...

—No es prudente a estas horas andar por los caminos. Mañana podrá marcharse, tiene mi palabra —le aseguró Alexander de Clare.

Algo parecido a una risa resonó desde el suelo, donde yacía Lackland.

—¿Cree en la palabra de unos contrabandistas, padre? —preguntó este, insidioso.

De Clare acompañó al sacerdote hasta una habitación donde le fue servida la cena y se encargó de cerrar con llave desde fuera para que al sacerdote no se le ocurriera regresar al pueblo y contar lo que había presenciado. No le dejaría hacerlo hasta que él se hubiera marchado de Clifden.

Mientras tanto, en la planta baja, Corrigan se encargó de hacer lo mismo con Lackland. No obstante, su destino no fue una alcoba con un mullido colchón, sino una de las celdas del sótano del castillo donde, siglos atrás, los De Clare habían arrojado a sus enemigos.

Corrigan resopló y se llevó la mano a las costillas después de cargar con Lackland. Aún se encontraba convaleciente del contundente interrogatorio al que lo sometieron en la prisión.

Volvió a la sala deseando encontrarse con la luminosa y serena presencia de Sidonie. Era tanto lo que tenía que contarle, que suplicarle... ¿Lo perdonaría por ocultarle su identidad, por sus secretos y mentiras?

Apenas pudo abrazarla un momento y darle un beso en los labios, que ella acogió con un deleite que le hizo soñar con la esperanza de su perdón. Se tomaron de las manos mientras se miraban a los ojos. Aquello duró un instante; en cuanto Alexander volvió a entrar en la sala, se separaron de inmediato. El hombre fue consciente de su

inoportuna presencia.

—¡Oh! Creo que tendréis que poneros al día, por lo que veo...

—Lo haremos, Alec, pero quédate, hay mucho de lo que debemos hablar... delante de ella.

El hombre asintió. Corrigan continuó:

—¿Qué ha sucedido mientras yo no estaba?

—Lackland quería obligar a Sidonie a casarse con él, por eso trajo al sacerdote a punta de pistola.

—Si se casaba conmigo obtendría las propiedades De Clare, según me contó —explicó la muchacha.

—Siempre fue un muchacho ambicioso y sin escrúpulos. Reunió cuantas pruebas y testigos ficticios pudo para llevar a Corrigan a la horca. Sin embargo, supe que coaccionó al juez Seamus para que cambiara la pena de muerte por la de cadena perpetua en el último momento. ¿Fue usted la que le pidió que lo hiciera? ¿Qué le ofreció para que le perdonara la vida? —le preguntó directamente y sin contemplaciones Alexander—. ¿Fue convertirse en su esposa?

—¿Lo hiciste? —Quiso saber Corrigan, dolido.

—Sí, le dije que me casaría con él, que no le pondría dificultades para apropiarse del patrimonio De Clare. Hubiera hecho cualquier cosa por no verte colgando de una soga —aseguró vehemente la muchacha.

Corrigan nada le contestó, pero ella pudo ver la ira y el sufrimiento en sus ojos.

—Lackland debe desaparecer —continuó Alexander—. Ha sido el culpable de que te encuentres en prisión. No le ha importado manipular, amenazar o extorsionar a jueces y testigos para conducirte a la horca, y en cuanto se encuentre libre volverá a ir contra los De Clare con más saña aún. Lo conozco desde siempre. De nada servirá que contemos lo que ha sucedido esta noche.

—Tal vez pudiera denunciarlo ante sus contactos en Dublín —sugirió Sidonie—. Usted ha hecho posible que Corrigan sea liberado.

—No he hecho más que contar la verdad ante quienes podían escucharme.

—Y ha salido indemne...

—Tengo algunos amigos fieles a la causa entre los parlamentarios irlandeses. Es demasiado peligroso para ellos que yo sea encarcelado... —Rio.

—Afortunadamente para mí —aseveró Corrigan—. Me alegro de verte de nuevo, hermano. ¿Todo bien por el Nuevo Mundo?

—Muy bien.

—Sin embargo, veo que aún no te has recuperado de la rotura de la pierna.

—Poco a poco. Hubiera venido antes si me hubiera podido poner de pie. Nos hemos librado de esta muy justos...

Los dos hermanos rieron. Alexander se dirigió hasta el aparador donde se encontraban las bebidas y sirvió whiskies para todos.

—Señora De Clare, ¿nos acompaña? Le aseguro que le sentará bien. Queda mucho de lo que hablar aún, pero si desea irse a descansar...

Sidonie negó con la cabeza. Si ellos estaban dispuestos a compartir sus secretos con ella, no se negaría a escucharlos. Ya era hora de que supiera con qué clase de esposo se había casado y qué secretos ocultaba su familia.

—Preferiría agua, si no le importa —pidió y se sentó, más bien se desplomó sobre el sofá.

Corrigan se ubicó a su lado y la miró embelesado. El corazón le palpitó alborozado a la joven al pensar que él entendería que hubiera hecho cualquier cosa por salvarle la vida, esperaba que no se lo recriminara.

Alexander sirvió las bebidas. Nola entró en ese momento anunciando que la cena estaba más que dispuesta si les apetecía. Los hombres asintieron entusiasmados y pasaron al comedor.

—No me encuentro muy presentable para compartir la comida, debería darme un buen baño... —se quejó Corrigan.

—Ya te lo darás después, quiero que me cuentes... Tenemos que hablar, Cory. No voy a poder quedarme por aquí mucho más. Debo partir.

Su hermanastro asintió.

—Voy a marcharme y estaré una temporada sin volver a Irlanda, tanto como sea prudente. En tanto no consiga un indulto no podré acercarme con tranquilidad, pero confío en que este se produzca cuando las aguas se hayan calmado... Tengo la promesa de uno de los miembros del Parlamento.

—Preocúpate solo de curarte debidamente esa pierna. Yo me encargaré de cuanto pueda en tu nombre, aunque me temo que, ahora que eres un proscrito, tus propiedades dejarán de pertenecerte. Sidonie será la dueña del patrimonio.

—Pero yo no quiero nada —protestó la muchacha.

—Creo que eres la más indicada para decidir qué hacer con la herencia de los De Clare —le aseguró Corrigan mirándola a los ojos.

—No podría estar más de acuerdo, señora. En nuestras manos quema y duele, y tal vez correría el peligro de que todo desapareciera consumido por el fuego —aseveró Alexander—. Haga con ella lo que desee. No la necesitamos para vivir y no la queremos.

Sidonie se mordió los labios.

—Tal vez se puedan construir recuerdos nuevos donde antes hubo tristeza...

—Tal vez... —De Clare miró a su hermanastro. Había intuido desde

el primer momento que la preocupación y el desvelo que Sidonie mostraba por Corrigan no podían deberse más que al amor que la joven sentía por él. Y notaba como su hermano la correspondía ampliamente. Alexander se alegró por él. Sin duda debía amarla con locura para permitirse posar sus ojos sobre quien fue esposa de su padre, pero nadie más que ellos tenía derecho a cuestionar su relación, y si Corrigan había encontrado al fin a la mujer que le hiciera olvidar su vida solitaria, él no podía menos que darle su aprobación y felicitarlo.

Los hermanos comenzaron a comer con gran apetito, deteniéndose solo para contar alguna anécdota o recuerdo del tiempo que pasaron separados.

Gracias a esto, Sidonie se enteró de que eran dueños de una flota de barcos que comerciaban en las costas norteamericanas y canadienses. Alexander y Cory, como su hermano lo llamaba en confianza, capitaneaban ellos mismos las naves.

En uno de esos navíos llegó Corrigan y lo utilizó para introducir productos en las costas irlandesas saltándose las leyes aduaneras del Reino Unido, paliando de alguna forma la escasez de alimentos y bienes de cualquier clase de sus compatriotas.

Terminada la cena, aún dedicaron unos minutos a hablar de la cuestión más dolorosa que los alejó de Clifden.

—Alec, quiero que sepas que antes de entrar en prisión me encargué de hablar con el sacerdote católico y le mostré la carta de Dugan. Entendió nuestra reclamación y accedió a nuestra petición. —El rostro antes risueño de Alexander mudó a uno sombrío en extremo—. Esta tarde, en cuanto fui liberado, volví a la iglesia para hablar con él. Mañana temprano todo habrá concluido. Se hará justicia y podremos descansar, definitivamente.

—Gracias, Corrigan. Es como si toda la vida hubiera esperado

esto. Estaré presente, y una vez que haya concluido todo, me marcharé.

—Deberás ser cuidadoso.

—Tendré un bote preparado en la playa y nuestros hombres me esperarán en el barco, porque supongo que partiré solo...

El corazón de Sidonie perdió un latido en espera de la respuesta de Corrigan.

—Aún no han terminado mis asuntos aquí, hermano.

Alexander les sonrió a ambos.

—Te mereces ser feliz, Corrigan.

Al poco de terminar la cena, Sidonie se despidió. Quería más que nada hablar con Corrigan, abrazarlo, sentirlo contra su pecho, pero su hermano se marcharía al día siguiente, así que entendió la necesidad de intimidad de ambos.

Subió a su alcoba. Se aseó y se puso el camisón, pero descartó echarse a dormir. Las emociones del día la habían privado del sueño. Abrió las ventanas del balcón y la vigorizante brisa nocturna tomó posesión de la habitación. Dedicó un segundo de su pensamiento a aquel que se había ensañado con ellos y que ahora aguardaba en una celda en el sótano del castillo. Lo olvidó enseguida. El corazón se impuso. Corrigan había decido quedarse, Alexander se marcharía solo. ¿Le daría una oportunidad a su amor? ¿Y ella estaría dispuesta a hacerlo aun sabiendo que, aunque ilegítimo, Corrigan era hijo de su difunto esposo?

Mientras tanto, en el salón, los hermanos hablaban:

—Voy a echarte mucho de menos —confesó Alexander.

—Te aseguro que volveremos a encontrarnos pronto.

—Te apoyaré en cualquier decisión que tomes, incluso si tu deseo es quedarte.

—Tengo que pensar sobre ello, Alec.

—La amas, ¿verdad?

—Como nunca he amado a nadie...

—Entonces lucha por ella.

—Sigo siendo hijo de Dugan, y eso para ella es un obstáculo insalvable.

—Pero no llevas su apellido. Eres hijo de Mary Whelan y, por fortuna, no existe la mancha de De Clare en tu nombre.

—No quiero pensar en perderla de nuevo. Mientras estaba en la celda, asumir que mi tormento acabaría en cuanto el verdugo pusiera la soga alrededor de mi cuello me daba cierta paz..., ¿puedes creerlo? Imaginar que estuvo dispuesta a casarse con ese degenerado de Lackland me llena de demonios el alma...

—Eso quiere decir que también te ama y que estuvo dispuesta a sacrificarse por ti.

—¿Y qué vamos a hacer con Lackland? Es un hombre peligroso.

—No podemos entregarlo a las autoridades sin que cuente que ha estado aquí y os ponga en peligro por ocultarme. Además, sus contactos lo liberarían enseguida. Tenemos que deshacernos de él.

—¿A qué te refieres?

—Voy a embarcarlo conmigo. Me lo llevaré a cualquier parte del mundo donde no moleste.

—Es un hombre rencoroso. En cuanto lo liberes maquinará para vengarse.

—Entonces, me temo que nadie volverá a saber de él.

Capítulo 32

Sidonie no conseguía encontrar la paz que su cuerpo necesitaba para descansar. Cansada de dar vueltas en la cama, se levantó y salió al pasillo. Caminó un tramo en absoluta oscuridad. Al llegar a la escalera se fijó en que ninguna luz salía de las habitaciones inferiores. Corrigan y Alexander ya debían haberse retirado. No lo pensó un momento. Dirigió sus pasos a la alcoba de Corrigan. Aunque la claridad que entraba por las ventanas era escasa, no necesitó vela alguna que la iluminara, sabía de memoria los pasos hasta su habitación en un trayecto que repitió en innumerables ocasiones durante las noches de insomnio mientras él estuvo preso.

Apostada frente a su puerta, sintiendo una leve indecisión en el último minuto, se fijó en la luz que salía por la rendija. Aún estaría despierto.

Si entraba no habría marcha atrás.

Corrigan no llevaba el apellido de Dugan, pero era su hijo.

Pero al igual que la Corona inglesa se equivocaba al reprimir a los irlandeses, las normas de la iglesia dictadas por los hombres se equivocaban al prohibir su unión, se dijo absolutamente convencida ya de que su amor no era un pecado ni la condenaría al infierno por

toda la eternidad. El único infierno al que ella temió era el de presenciar la muerte de Corrigan, el de encontrarse en el mundo sabiendo que su corazón había dejado de latir y que ya no podría soñar siquiera con volverlo a ver.

Aquel pensamiento le produjo una punzada de dolor que la impelió a asir el picaporte y a dejar atrás su indecisión.

Lo amaba. Con toda la fuerza de sus deseos, con el anhelo más profundo de su alma. Y no iba a volver a apartarlo de su lado si él aún la quería.

Corrigan se encontraba dándose un baño cuando la vislumbró entrando en su alcoba. Ella cerró la puerta, cuidadosa, y una tímida sonrisa asomó a su rostro.

Se acercó a su lado, se acuclilló junto a la tina de cobre y se ofreció:

—Déjame que te ayude.

Corrigan, embelesado en su rostro, en su silueta y en sus movimientos, le pasó el jabón. Ella lo tomó, lo sumergió en el agua templada y comenzó a hacer espuma para dedicarse luego, con delicadeza, a frotar su pecho y los brazos.

—¿Te duele?

—No. Estás siendo demasiado delicada, Sidonie. Si no te detienes... yo no lo seré tanto contigo en cuanto esto haya terminado o no pueda sujetar mis deseos.

Los ojos de la muchacha brillaron en aquella semioscuridad, rota tan solo por la escasa luminosidad de unas cuantas velas repartidas por la alcoba.

—Creí que te perdería... que no volvería a verte. Deja que siga tocándote para comprobar que estás aquí, que has vuelto.

—Soy tuyo, Sidonie. Aquí me tienes. Me quedaré contigo si así lo quieres.

—Hazlo, por favor, y no vuelvas a marcharte —le pidió mientras movía el jabón sobre su vientre y descendía hasta su masculinidad enhiesta, acariciándola suavemente, disfrutando con su expresión de sorpresa y placer, contemplando cómo cerraba los ojos y echaba hacia atrás la cabeza. Continuó descendiendo por las piernas, dándole un respiro, quería que él le dijera libremente lo que pensaba de su futuro—. No deseo que partas, no quiero que te vayas de mi lado —le pidió la muchacha—. ¿Acaso hay algo que te impida casarte conmigo ahora?

Corrigan sonrió encantado.

—Creí que debía ser yo quien lo propusiera.

—¿No lo deseas?

—Más que a nada en el mundo. Si supieras cuánto he soñado con que te convirtieras en mi esposa, te asustarías.

—Nada puede causarme temor después de haber llorado tu ausencia todo este tiempo.

—Sidonie... —Se acercó hasta su boca y la besó suavemente en los labios para después perderse en un enredo de lenguas y respiraciones entrecortadas que alimentó aún más el deseo que los empujaba a unirse en uno solo.

Se separaron un momento, el necesario para que ambos se pusieran de pie y él saliera de la tina. Tomó la toalla y comenzó a secarse con rapidez sin apartar un segundo los ojos de ella, que lo admiraba con deleite, ávida de llenarse de su presencia, de su cuerpo.

Él alargó un brazo y soltó las cintas de su camisón, que se abrió permitiendo mostrar uno de los pechos de la muchacha. Sidonie contuvo la caída de la prenda de forma inconsciente, en un atisbo de pudor, pero él posó su mano sobre la de ella y la apartó. El camisón cayó al suelo, revelando el cuerpo desnudo de la joven.

Corrigan sintió que el deseo lo desbordaba, que la necesidad le impelía a hacerla suya en ese mismo instante, pero refrenó sus ansias y se obligó a tratarla con dulzura.

La tomó entre sus brazos y la llevó a la cama. Su cuerpo desnudo, dispuesto al placer, su dorada cabellera, su dulce rostro lo estaba volviendo loco.

La besó con labios en llamas, haciendo que, donde estos se posaban, la piel se volviera sensible y se abriera dispuesta a sentirlo. La boca masculina señaló un camino de placer desde el lóbulo de su oreja, sus labios, la mandíbula, el sinuoso cuello, y se detuvo sobre sus pechos para atormentarla. Sidonie lo necesitaba, le suplicaba la rendición, la liberación de sus sentidos cautivos por sus besos, esclavos de su dulce tortura. Pero Corrigan no tuvo piedad y siguió recorriendo con la boca su vientre, descendiendo para libar con deleite el néctar de su femineidad, haciéndola sollozar de placer, arquearse contra sus labios, gemir en busca de la liberación, provocándole un orgasmo como jamás hubo sentido.

Cuando pudo recomponerse, posó sus ojos sobre Corrigan, quien andaba perdido en la suavidad de su vientre, contemplándola con ojos enamorados. Ella lo alentó con un susurro y un movimiento de cadera a que la llenara, y él no se hizo rogar. Cabalgaron juntos al encuentro del gozo más exquisito y este los alcanzó entre suspiros y gemidos. La humedad, dibujando surcos entre sus piernas, la enajenación de los sentidos, la elevación del cuerpo como si no pesara en absoluto. Corrigan se desplomó a su lado, musitando su nombre.

—Sidonie... —la llamó él minutos después de llegar al clímax. Ella, soñolienta, se enroscaba en su cuerpo—. Podemos pedir al padre Sullivan que nos case en este mismo instante.

La muchacha abrió los ojos espantada. Corrigan creyó que había

dicho algo inapropiado, no quiso pensar que su reacción se debiera a que hubiera cambiado de opinión. No después de su apasionado encuentro.

—Oh, Corrigan... ¿Por qué esa prisa? Podríamos hacerlo mañana ante el mundo. Ya no hay nada que nos impida casarnos legalmente.

—Podemos hacerlo ante todos, aunque tú sabes la verdad.

—Y no me importa, Corrigan. Tan solo unos pocos conocen quién es tu padre, y estoy seguro de que a ellos les importa aún menos que a nosotros. Además, tengo la plena convicción de que Dios no se opone a nuestro amor. En realidad, me gustaría que mis hermanas asistieran a nuestra boda y te conocieran.

—Deberá ser pronto porque tengo el firme propósito de dormir contigo todas las noches desde este momento, y eso puede tener consecuencias...

—Ya es tarde... —Rio la muchacha, algo avergonzada por contarle que su cuerpo se había abierto receptivo a su semilla en la primera noche.

—¡Sidonie!

—¿Quién puede pensar que no estábamos destinados a estar juntos cuando una sola noche sembró un fruto de nuestro amor en mi vientre?

—No me dijiste nada cuando nos vimos en prisión.

—No quise que te marcharas con la amargura de que no conocerías a nuestro hijo. Preferí liberarte de ese peso.

—¿Ibas a permitir que lo criara Lackland? —Corrigan se incorporó del lecho, aunque permaneció sentado a su lado. Ella hizo lo mismo.

—Estaba dispuesta a cualquier cosa por tal de salvar tu vida, ¡cualquier cosa! ¿Acaso no lo hiciste tú cuando te entregaste a cambio de liberarme de Lackland? —Ella tomó su rostro entre las manos, besó sus párpados, sus pómulos, sus labios—. Perdóname,

mi amor, pero lo haría una y mil veces.

—Sidonie, discúlpame tú a mí..., pero solo pensar que alguien te pudiera tener entre sus brazos y contra tu voluntad... Me martiriza saber que Dugan de Clare lo hizo, que Lackland pudo haberlo hecho...

—No sufras por eso, Corrigan, te lo suplico. Dugan no me enseñó nada del amor. No supe lo que era amar o ser amada hasta que tú te apoderaste de mi cuerpo y de mi alma. Y lo de Lackland nunca tuvo lugar, no te martirices. Nos merecemos ser felices.

—Tienes razón, mi dulce Sidonie. Prometo hacerte feliz y olvidar los sufrimientos que te he causado.

—Los olvido en cuanto me miras, en cuanto me acaricias y me haces morir de amor entre tus brazos.

Corrigan la abrazó con suavidad, transmitiéndole su calor, depositando pequeños besos sobre su cabello.

—Comenzaremos una nueva existencia, Sidonie, un futuro en el que solo nosotros dispondremos de nuestra vida. Dejaremos atrás el pasado.

—Sin embargo... hay una cosa que no entiendo, ¿qué pasará mañana, de tanta importancia, para que Alexander tenga que quedarse con el riesgo que eso supone?

Corrigan negó con la cabeza.

—No debemos hablar de ello ahora, no aquí, no cuando estoy dispuesto a hacerte el amor de nuevo. Te lo contaré por la mañana.

Sidonie asintió comprensiva. Deseaba empezar un futuro junto a Corrigan, pero sabía que deberían convivir con las sombras del pasado. Sin embargo, nada la asustaba ya. Se tenían el uno al otro para recorrer el camino y una vida se abría paso en su vientre. Una vida inesperada, que los llenaría de felicidad cuando su momento llegase.

Suspiró cuando sintió los labios de él sobre su clavícula, buscando la suavidad de su cuello, sus manos acariciándole el cabello, la espalda, atrayéndola hacia su cuerpo en llamas, hacia su torso musculado. Ella se olvidó de todo y correspondió a los besos y las caricias.

No era una noche para dormir, sino para reencontrarse con el amado, con la amada, y entregarse al placer. Después de tanto dolor e incertidumbre, lo único que podía curar las heridas era sentirse parte del otro, fundirse contra su piel, deshacerse en la dulce y húmeda suavidad de su entrega.

Capítulo 33

Mientras Sidonie y Corrigan enlazaban sus cuerpos, derrochaban besos y caricias en la búsqueda de reponer el tiempo perdido, Alexander guiaba a Lackland hasta la playa, atadas las manos, a una distancia y ritmo conveniente, el que le permitía su ligera cojera.

En la orilla, un grupo de hombres leales lo esperaban para partir y se extrañaron cuando apareció con aquel individuo.

Les explicó que se trataba de un sujeto peligroso que debería ser atado en la bodega del barco. Les dejó muy claro que este los denunciaría a las autoridades si pudiera y que acabarían colgando de una soga. Lackland estaba de parte de la Corona británica y era uno de tantos irlandeses vendidos al poder a los que no les importaba que su pueblo muriera de hambre.

Los marinos, la mayoría irlandeses que se habían visto obligados a dejar su país huyendo de la miseria, tuvieron muy claro cuál era el castigo que aquel hombre merecía.

En las mentes de todos y cada uno de ellos se encontraba el recordatorio de los abusos y vejaciones por parte de los ingleses, de la nula empatía de la mayoría de sus políticos, de los rostros de sus familiares y vecinos consumidos por la inanición, de generaciones

perdidas ante la mirada impasible de algunos de sus más prósperos compatriotas.

Aquel irlandés traidor pagaría por ello. Alexander sintió que, en la persona de Lackland, satisfacía las ansias de venganza que nunca pudo cumplir contra su propio padre.

Dejó que ellos lo llevaran al barco y les avisó que aún le quedaba algo por hacer antes de marcharse juntos al día siguiente, cuando la marea estuviera alta.

Regresó al castillo, consumido por los recuerdos, y no se planteó dormir. Vagabundeó entre sus muros, atrayendo recuerdos que creyó olvidados y espectros que le salieron al paso para reclamarle.

Pronto otra deuda quedaría saldada.

Al amanecer, una pequeña comitiva encabezada por Corrigan Whelan, Sidonie, Nola y el padre Sullivan, acompañados de algunos criados y trabajadores del castillo, se encaminaron hacia el acantilado.

Cerca del cementerio, en las tumbas proscritas de Dugan de Clare y su esposa Jane Slade, los esperaban el párroco católico de Clifden y Alexander de Clare, quien arropado por la confianza que sus antiguos empleados y nacionalistas irlandeses le otorgaban, se exponía a la vista sin temor alguno.

Corrigan se acercó a él y no dejó de observar el camino, por si acaso. Entendía que su hermano quisiera presenciar lo que tendría lugar, era lo que habían deseado desde siempre, desde el momento que decidieron huir de su padre, pero era mucho lo que se jugaba Alexander si alguien que no se contara entre sus fieles se iba de la lengua y las autoridades se enteraban.

Con el beneplácito del párroco católico, algunos hombres comenzaron a cavar las tumbas y poco a poco aparecieron los

ataúdes. Los sacaron afuera.

El féretro de Jane Slade había permanecido inmune al tiempo, a los más de doce años que llevaba bajo tierra. Ambos hermanos recordaron el día de su funeral, en el que ningún sacerdote ofició una misa ni rezó por ella. Fue enterrada en soledad, en presencia de unos cuantos. Alexander, a sus quince años, delante de su padre, firmemente sujeto por sus manos sobre los hombros, sintiendo el peso de ellas como garras opresoras, contenía a duras penas las ganas de llorar.

Corrigan, aparte, como correspondía a un criado, sujetando su lengua y la necesidad imperiosa de gritar la verdad que solo él y Alexander conocían y que debían callar por mandato paterno. El corazón, latiendo muy fuerte; el dolor, desbordándose por los ojos. Solo la firme convicción de que llegaría el día en que la verdad saldría a la luz y se impondría la justicia conseguía que conservara la cordura.

Cuando doce años después, Jane Slade fue exhumada y trasladada al cementerio familiar, en tierra sagrada, Corrigan Whelan y Alexander de Clare hallaron la paz.

En el camposanto se ofició una misa por el descanso eterno y la restauración de la dignidad católica de Jane de Clare, y se depositaron flores sobre su nueva tumba.

Dugan, su esposo, fue enterrado a unas yardas de ella.

Terminado el funeral, los asistentes se despidieron del señor De Clare, también lo hizo el sacerdote Sullivan, asegurándole que mantendría la boca cerrada con respecto a su estancia en Clifden.

Corrigan supo que ese sería el preciso momento en que Alexander se marcharía.

El día que había amanecido soleado comenzó a oscurecerse. Nubes de tormenta ocultaron el sol. En el acantilado, ante el sendero

que bajaba a la playa, los hermanos se despidieron.

—Siento mucho todo lo que has vivido por mi causa, Corrigan. Te obligué a que tomaras mi nombre y a que lucharas las batallas que yo debí haber hecho.

—¿Qué sentido tiene lo que dices, Alec? Planeábamos hacerlo juntos, regresar y exigirle al señor de Clifden el pago por sus deudas, por sus crímenes. No tienes la culpa de que aquel caballo te rompiera la pierna justo cuando íbamos a volver. Si algo me remordía la conciencia era no haber llegado a tiempo para hacerlo cuando Dugan aún vivía. Sin embargo... —Corrigan paseó su mirada por el vasto océano antes de posarla sobre Sidonie, que lo esperaba donde un día estuvieron las tumbas de los De Clare—creo que todo tenía su razón de ser. Si hubiéramos venido antes, no la habría conocido... Tan solo imaginarlo hace que me embargue el miedo de pensar una vida sin ella.

—Cuídala, Corrigan, y no pienses en lo que pudo ser... El destino la eligió para padre, para que él encontrara el arrepentimiento y viera las faltas de su conducta, y después, para compensarla, la llevó hasta ti. Estáis hechos el uno para el otro.

—La convertiré en mi esposa y cuando lo haga pensaré en ti, me hubiera gustado que asistieras a la boda.

—No te preocupes por mí. Y si es Clifden el lugar que elegís para vivir, me sentiré honrado.

Corrigan asintió.

—Te prometo que nos veremos pronto.

Los hermanos se dieron un abrazo. Antes de ponerse en camino, Sidonie se acercó para estampar un beso en la mejilla de Alexander y reiterarle las gracias por devolverle a Corrigan.

—No hay nada que agradecer, es mi hermano, no podía haber hecho otra cosa. Además, Corrigan ya ha sido recompensado —rio

—, tan solo espero que seáis muy felices juntos.

Lo vieron marchar hasta la playa, unos hombres lo esperaban y entre todos empujaron el bote mar adentro para alejarse remando hasta el navío que les aguardaba a unas millas de la costa. Después de un tiempo en el que permanecieron sobre el acantilado viendo cómo la barca se perdía de vista, unas tenues señales luminosas le llegaron desde el barco, que comenzó a navegar rumbo al nuevo continente, acunado por las olas del fulgente Atlántico.

Corrigan sonrió al océano y ella, que atrapó su rostro y su mirada en aquel momento, sintió que el corazón le estallaría en el pecho de lo mucho que lo amaba.

Caminaron de vuelta hasta donde se encontraban los restos de las antiguas tumbas. Se habían cubierto y con el tiempo tal vez se olvidaría la morada que retuvo a Jane Slade durante doce largos años; y a Dugan de Clare, durante uno.

Sidonie quiso saber.

—¿Qué ocurrió, Corrigan? ¿Qué era lo que anoche no quisiste explicarme?

—Todos estos años, a Jane Slade, la mujer que me crio como una madre, se la apartó de la iglesia, de Dios, por un pecado que no cometió en realidad y de cuya verdad solo yo fui testigo.

—¿Qué quieres decir?

—Tras el ahorcamiento de su hermano, Jane le juró a su esposo que tomaría a su hijo y se marcharía de su lado para siempre. Para evitarlo, Dugan la encerró en la torre y le dijo a su hijo y a todos que su madre se había vuelto loca. Prohibió que nos acercáramos a ella. La retuvo durante meses. Una tarde, al regresar con el ganado, la vi intentando alcanzar una de las ventanas de la habitación vecina a donde Dugan la tenía recluida, tratando de sujetarse con sus pies y

manos a las piedras salientes. Quería escapar de aquel encierro perpetuo al que la había sometido Dugan. Ella no se suicidó, Sidonie...

La muchacha empalideció de repente y se llevó las manos a la boca, muda por la sorpresa.

—Cayó cuando intentaba escapar... Mientras luchaba por sostenerse, me quedé paralizado, deseando que consiguiera su propósito, estaba más que dispuesto a echar a correr para ayudarla... Sin embargo, la vi resbalar y supe que la encontraría muerta cuando llegara hasta ella.

—Corrigan, ¡Dios mío!, ¡cuánto sufrimiento!

—No pude más que quedarme a su lado, acompañar su cuerpo roto, gritar pidiendo ayuda. Le conté al señor De Clare lo que había visto, pero despreció mis palabras e inventó una historia para que su hijo no le pudiera echar en cara su culpabilidad. Prefirió que todos creyeran que había atentado contra su vida a que supieran la verdad. Dugan de Clare había matado a su padre, a su hermano y también a ella.

—¿Le contaste la verdad a Alexander?

—Luché durante días por callar lo que mi alma y mi conciencia me dictaban que gritase. Enfermé, Nola me atendió y se lo conté, me desahogué. Cuando me encontré repuesto, descubrí que Alexander se consumía pensando que era el culpable de la muerte de su madre y que su amor de hijo no había servido para anclarla al mundo, que ella había sido egoísta al pensar solo en su sufrimiento... No pude callar y dejar que pensara aquella atrocidad de su madre. Le relaté cuanto había visto y le confesé que Dugan lo sabía, pero que había amenazado con romperme todos y cada uno de los huesos de mi cuerpo si alguna palabra salía de mi boca. Aquella noche, Alexander discutió con Dugan, quien no reconoció su culpabilidad en la muerte

de su madre. Decidimos escapar, entonces, huir antes de que nuestro padre nos matara o tuviéramos que hacerlo nosotros. Conocíamos a unos marineros que trabajaban en barcos de contrabando y nos admitieron como grumetes ocultando nuestra identidad, Alexander no podía decir quién era su padre. Fueron tiempos duros, difíciles, pero aprendimos, luchamos y juntos logramos sobrevivir. Más allá de nuestra energía de juventud y nuestras ganas de vivir, lo que nos mantuvo a flote fue el deseo de hacer justicia con Jane y... Dugan.

—Acabáis de cumplir vuestro deseo con respecto a ella, pero... ¿y Dugan?

—Él le escribió a Alexander y le habló de su enfermedad...

—Lo sé, aunque no me permitió ver la carta.

—En ella le decía que estaba gravemente enfermo, que regresara porque quería pedirle perdón por lo acontecido con su madre. Reconoció la verdad y asumió su culpa. Se confesó arrepentido. Le contó acerca de una persona que había conocido hacía unos meses y cuya bondad le había abierto un camino de arrepentimiento, en la que había descubierto la paciencia, la serenidad, la constancia y que le había hecho pensar que aún tendría una última oportunidad para redimirse. No mencionó tu nombre, no quiso decir que se había casado de nuevo, pero estoy seguro de que esa persona eras tú.

Sidonie escuchó a Corrigan con lágrimas en los ojos.

—La carta con su confesión sirvió para que Jane pudiera ser enterrada en suelo sagrado. Su declaración de arrepentimiento le valió a él para acompañarla. Quiero creer, además, que él te obligó a quedarte para que Alexander te encontrara, aunque al final... lo hice yo.

—El destino así lo dispuso, Corrigan.

—Mi padre no me compensó con bienes materiales, pero, sin

saberlo, lo hizo con algo mucho mejor... Encontré tu amor y la familia que nunca tuve —le dijo poniendo, con delicadeza, su mano sobre su vientre.

—Oh, mi amor... —Sidonie lo abrazó y depositó la cabeza sobre su pecho. Él la tomó de la barbilla y secó las lágrimas que recorrían sus mejillas. Después la besó con ternura y pasión.

Epílogo

Clifden, costa oeste de Irlanda, octubre de 1860

Sidonie recorría los pasillos con una sonrisa en los labios.

Ya no sentía el temor de deambular sola por los corredores y estancias del castillo puesto que todo estaba bien. Podía apreciarlo, se palpaba desde que Dugan y Jane descansaban en el camposanto familiar, y Corrigan y Alexander habían hecho las paces con su padre y su pasado.

Era como si de repente una luz radiante y luminosa invadiera cada rincón del edificio y cada espacio aguardara para ser llenado de nuevos y alegres recuerdos. Lo percibía en lo más profundo de su corazón y lo notaba en el buen humor de Corrigan, de Nola y de todos los empleados de Clifden. Las nubes de tormenta dentro del castillo habían desaparecido. No importaba que fuera lloviera y los truenos y relámpagos atormentaran el firmamento, el castillo siempre los acogería y los protegería.

Buscaba a Corrigan y lo encontró en el comedor principal, frente al retrato de Jane Slade.

—Le leía la carta de Alexander —se excusó en cuanto percibió la llegada de Sidonie—. De alguna manera estoy seguro de que ella

puede... sentirnos.

—Para no ser un hombre religioso, al que no le importó casarse por la confesión protestante porque tanto le daba, parece que, en el fondo, eres más espiritual de lo que crees.

—Viví tanto tiempo en el infierno que pensé que este se encontraba en la Tierra y que ese era mi destino, no alcanzar jamás el cielo.

Sidonie mudó de súbito su rostro alegre por uno de profunda aflicción. Corrigan se dio cuenta y se acercó hasta ella para tomarla de las manos.

—No te entristezcas, Sidonie. Ya todo eso pasó. Lo sabes. Ahora sé que existe también el cielo y lo vivo cada día desde que estoy contigo, desde que puedo llamarte «esposa».

La muchacha lo abrazó y recordó su precipitada boda hacía un par de semanas, a la que, por fortuna, pudieron asistir sus hermanas. Ellas la acompañaron durante unos días en los que tal vez no había atendido a Corrigan como merecía y no habían hablado lo suficiente sobre su futuro. Se propuso enmendar inmediatamente sus dudas.

—Corrigan, de alguna manera di por sentado que tú querías permanecer en Clifden, vivir, criar a nuestros hijos en el castillo, pero si no es así, dímelo y nos marcharemos a donde quieras. Yo solo deseo estar contigo... ya te lo dije. No quise que la herencia recayera en mí, pero no me siento atada a ella. Ya no.

—Lo sé, y también veo que eres feliz aquí...

—Lo soy, pero solo porque estás tú.

—¿Sabes, Sidonie? Creo que este es mi lugar en el mundo, junto a ti y junto a mi gente. He estado mucho tiempo alejado de todo esto y lo echaba de menos, pero no me hubiera quedado si no hubiera sido porque el destino te puso en mi camino. Y creo que lo hizo con el propósito de compensarme y, tal vez..., de ayudar en la medida de

lo posible a nuestros vecinos, hacer que el señorío de Clifden reparara, de alguna manera, años de barbarie.

—Y lo estás haciendo, Corrigan. Les has cedido las tierras para el ganado y los cultivos. Eso les ayudará a poner un plato de comida sobre la mesa y mejorará sus condiciones de vida.

—¿Crees que será suficiente?

—Alexander, además, ha conseguido que Patrick le ceda sus tierras a la parroquia católica para que los más necesitados las exploten. Al parecer, el señor Lackland va a estar una buena temporada sin aparecer por Irlanda, lo has leído en la carta.

Una sonrisa burlona apareció en el rostro de Corrigan.

—Todo el mundo necesita redimirse, Sidonie. Y Patrick tiene un buen puñado de pecados que expiar.

—Todo sería perfecto si Alexander recibiera el indulto —suspiró la joven, recordando cuánto hizo De Clare por Corrigan. Nunca le estaría suficientemente agradecida por haber conseguido sacarlo de la prisión y devolverlo a sus brazos.

—Estoy seguro de que, tarde o temprano, Alec volverá a pisar Irlanda sin temor alguno. Mientras tanto, y si esto no ha sucedido para cuando el bebé tenga algunos meses..., ¿crees que sería posible que fuéramos hasta los Estados Unidos a visitarlo? —le preguntó acariciando la curvatura del vientre de la muchacha, perfectamente visible.

Sidonie suspiró y posó su mano sobre la de él.

—Estaré encantada de viajar hasta allí y así podremos pedirle que sea el padrino de nuestra hija.

—Oh, ¿has decidido que sea una niña? —cuestionó con una sonrisa arrebatadora aquel hombre cuya mera visión la enajenaba.

—Siento que será una niña.

Él la besó en la frente, en la punta de la nariz, en los labios. Y

susurró:

—La llamaremos...

—... Jane —afirmó Sidonie—, Jane Whelan Beauchene.

—Gracias, Sidonie.

—No tienes que agradecerme nada. Sé lo mucho que la quisiste.

—Apenas tengo recuerdos de mi pobre madre, Mary. Murió siendo muy niño... Jane se apiadó de mí, arriesgó todo por darme algo parecido a un hogar. Me trató igual que a su hijo y, sin embargo, no pude... salvarla.

—Nadie pudo, no te atormentes. No fue culpa tuya. Estoy segura de que ella ha perdonado incluso a Dugan, donde quiera que esté. ¡Dios mío! Jamás intuí que ese hombre guardara tantos secretos...

—Tienes el don de encontrar esposos complicados... —bromeó Corrigan, frunciendo el ceño.

—Oh, pero en esta ocasión he acertado de pleno. No podría estar más feliz y contenta de haberme desposado con Corrigan Whelan. —Sus ojos recorrieron el masculino pecho cubierto solo por una camisa abierta y con su índice acarició el suave vello, incapaz de controlar su necesidad de tocarlo, subiendo hasta su garganta, acariciando su mandíbula para acabar posándose sobre sus labios. Los notó calientes, secos, y se puso de puntillas para humedecerlos con la punta de su lengua.

Un carraspeo en la puerta los interrumpió justo cuando Corrigan se disponía a profundizar en el asunto.

Volvieron su rostro para encontrarse a Nola, ruborizada.

—Siento haber molestado. Hay un aparcero que pregunta por el señor Whelan, pero puedo decirle que está ocupado y que regrese más tarde.

Corrigan y Sidonie enfrentaron sus miradas y se entendieron.

—No te preocupes, Nola. Lo atenderé.

El ama de llaves desapareció con rapidez. Corrigan bajó la voz y susurró al oído de la muchacha:

—No huyas muy lejos. Tengo la intención de regresar en seguida y demostrarte lo mucho que te amo.

—Te advierto que estoy impaciente porque lo hagas —le confesó —. ¿Quizá pueda esperarte tomando un baño, mientras tanto? —le preguntó con una mirada que pretendía ser inocente pero tenía mucho de pícara.

Corrigan tragó saliva, su nuez se movió de arriba abajo e inconscientemente relamió sus labios. Sidonie sonrió nerviosa, notando cómo comenzaba a apoderarse de ella un fuego interior, una necesidad ardiente que solo Corrigan podía satisfacer.

—Oh, Sidonie, no voy a ser capaz de pensar en nada más que en sentirte. Me temo que cualquier conversación sensata a continuación queda descartada.

La muchacha rio con un deje cantarín y delicioso que hizo que Corrigan se endureciera e inflamara por dentro.

—Ve... y no tardes —le recomendó ella con un susurro.

Él la miró pícaro y salió de la estancia, mientras Sidonie contemplaba su magnífica apostura. Suspiró.

Se disponía a dejar el comedor cuando se percató de la carta de Alexander sobre la mesa. Ya la habían leído juntos la noche anterior. La tomó para entregársela después a Corrigan, y en ese momento levantó su mirada y sus ojos se sintieron atraídos por el retrato de Jane Slade.

Sidonie sintió como la mujer le devolvía la mirada, a la vez que su rostro se volvía real e insinuaba una dulce sonrisa mientras con la cabeza asentía levemente. Cuando la muchacha parpadeó perpleja, la pintura volvió a la normalidad, a su expresión estática, inmóvil, como si nunca se hubiera sonreído..., pero Sidonie juraría ¡que lo

había hecho!

En aquel momento, sintió un estremecimiento en su abdomen. ¡El bebé se había movido por primera vez!

Una alegría, una felicidad arrolladora se expandió por su cuerpo y su alma. La joven acarició su vientre y sintió como un profundo amor la desbordaba. Contuvo el aliento un instante hasta darse cuenta de que Jane les había dado su bendición.

Sonrió.

Fin

Nota de la autora

He situado la historia de Sidonie Beauchene en un contexto real que tuvo lugar en Irlanda durante varios lustros.

No está en mi ánimo extenderme sobre una historia complicada que abarca muchos siglos, pero al hilo de los hechos relatados en la novela te contaré algunos detalles que vienen al caso y que pueden aportar más luz sobre el problema irlandés.

La mayoría de los irlandeses no estaban de acuerdo con la anexión a Gran Bretaña, que tuvo lugar en 1800, y las políticas que desde Inglaterra llevaron a cabo en el país no contribuyeron a mejorar la situación, más bien la empeoraron.

A mediados del siglo XIX, cuando el cultivo de la patata, el alimento básico en aquella época, sufrió una plaga que pudría el tubérculo, los irlandeses comenzaron a pasar hambre.

La política británica de no intervención prohibió que otros países ayudaran a los hambrientos, con lo que provocaron una espantosa mortandad, proliferaron las enfermedades e hicieron que centenares de miles de ellos emigraran, preferentemente a Estados Unidos, Canadá y Australia.

Las parroquias protestantes ayudaron en lo que pudieron, pero aquello fue a todas luces insuficiente.

Estados Unidos fletaría varios barcos para paliar la hambruna. El USS Macedonian fue uno de ellos. Llegó cargado de toneladas de alimentos, y tras un tiempo esperando permiso en la costa irlandesa, recibió la orden de dirigirse a Londres, donde los alimentos fueron vendidos.

Sería en Estados Unidos donde comenzaría a gestarse y financiarse el Movimiento Independentista Irlandés, del que nuestro protagonista y su hermano forman parte, y del que he dado una pequeña pincelada en la novela.

Muchos años de dolor, lucha y pérdida de vidas se sucedieron.

Finalmente, en 1937, Irlanda firmó su independencia.

Próximamente

Latidos de pasión

Evangeline Cruz



Capítulo 1

Brighton, julio de 1863

Aquello no estaba resultando para nada como esperó en un principio. Su paseo por el jardín con el guapo militar no solo le había reportado sus halagos y admiración, las rendidas y usuales expresiones de amor y deseo por parte de quien anhela un suspiro, incluso un beso si la pasión asoma. Aquel caballero no estaba haciendo honor a su condición, y además de usar la boca para ensalzarla, se había atrevido a besarla, a la vez que sus manos se posaban sobre ella con la avidez de un sediento.

Diana se sintió más que incómoda. Había accedido a pasear con el joven buscando alguna diversión, alguna travesura que desbaratara la monotonía de veladas insulsas e idénticas, pero, al parecer, pretendía rendirla en tan breve cortejo. ¡Apenas hacía una semana que lo había conocido!

Y si en otro momento o lugar aquello le hubiera parecido excitante o divertido, esa noche no estaba de humor para besos y caricias robadas. Había sido una tonta al no calibrar lo que aquel hombre pretendía con tanta rapidez y tan escasa diligencia, y aquello le molestó sobremanera. ¿Desde cuándo ella daba a entender que era

una dama fresca y despreocupada, de favores tan fáciles?

Exasperada, le dio un empujón al caballero, que la sujetaba de la cintura y arrimaba sus labios afiebrados hacia los suyos.

—Por favor, señor Milton—le susurró con voz decidida—, ¡compórtese!

—Pero, mi querida señorita Beauchene, es usted una dama tan apetecible... Comprenda que no pueda resistirme a sus encantos.

—No ha podido expresarlo mejor, soy una dama, y por ello, ¿qué pretende? ¿No imagina el compromiso que supondría el que nos descubrieran en esta situación tan íntima?

El joven militar la contempló con ojos inflamados por el deseo, aquella expresión atemorizó un momento a Diana, puesto que comprendió que el sujeto no parecía estar en condiciones de razonamiento alguno. Decidió aclarar la situación para enfriarle los ánimos y resolver aquello pronto. Esa noche no habría juegos ni flirteos.

—Supongo que habrá pensado que si nos descubren tendría usted que casarse conmigo. Eso implicaría soportarnos mutuamente el resto de nuestra vida.

El cabo Milton parpadeó varias veces, intentando que la información que salía de los turgentes y sensuales labios de aquella muchacha llegara a su cerebro.

—Oh, es cierto..., pero... no me importaría casarme, señorita Beauchene. Es usted una mujer adorable —afirmó, avanzando un paso más hacia ella.

—¡No se atreva! Yo no me casaría con usted de ninguna de las maneras... es demasiado... pueril e inmaduro. Acaba de demostrármelo. Un caballero no se comportaría con una dama de manera semejante. La cortejaría apropiadamente. La visitaría, la adularía, le escribiría sentidas cartas de amor, suspiraría cuando ella

pasara a su lado, aprendería a bailar solo para acompañarla en una fiesta, le haría bonitos regalos y se declararía al anochecer, justo cuando la luna llena brillara en el cielo.

El caballero observó un momento el firmamento, pensativo, y después se la quedó mirando en silencio. Toda aquella charla parecía haber surtido efecto, puesto que ya se lo veía más apaciguado. No obstante, en un impulso, clavó una de las rodillas en el suelo y, tomándola de la mano, se declaró:

—Señorita Beauchene, ¿querría hacerme el honor de convertirse en mi esposa?

Diana contuvo un resoplido. Aquella declaración era de las más aburridas y prontas que había recibido. Se zafó de su contacto sin disimular su fastidio.

—Mi querido caballero..., no ha oído nada de lo que le he dicho. ¿Qué ha sido del cortejo, etc., etc.? Me decepciona usted enormemente... Oh, mi pobre corazón..., lo hubiera amado tanto... Ya no es posible —aseguró llevándose, con delicadeza, una mano a la frente en un gesto digno de la mejor actriz dramática—. Le ruego que no me atormente más en lo que queda de temporada.

Compuso una fingida mueca de tristeza y desolación que sabía que llegaría al alma de aquel muchacho. Ella lo habría rechazado, pero a él le quedaría la sensación de ser el culpable de que sus propósitos no hubieran llegado a más. Pensó que se lo merecía por haberse propasado. No sabría explicarse exactamente por qué, pero cada vez que la volviera a ver se sentiría incapaz de enfrentarse a ella. Es lo que solía pasar siempre que Diana descartaba a uno de sus muchos enamorados.

—Yo... ¿sería posible...? —Aunque intentó explicarse desde su postura con una de las rodillas en tierra, fue incapaz de expresarse con coherencia, tratando de asimilar lo que acababa de hacer y la

respuesta que había recibido.

Ella sacó un pañuelo de su escote y, muy digna, fingió secarse una lágrima.

—Olvídeme —le dijo con absoluta claridad y voz trágicamente dolida.

Echó a andar, a volar, más bien, y lo dejó allí con un palmo de narices.

Lo dejó atrás en aquella ridícula postura y, aunque sabía que no podría verla, usó el pañuelo para taparse la boca y ocultar la risa que le provocó su desconcierto y su ardor súbitamente helado.

Muy ufana, se encaminó presta al encuentro de sus amigas Marion y Alice, que la esperaban no muy lejos de allí.

Unas figuras de almidonados y pomposos trajes, de elaborados peinados y sonrisas maliciosas le dieron la bienvenida, apenas ocultas tras un frondoso cedro.

—Cuéntanos qué ha sucedido para que hayas escapado tan rápido —dijo una.

—Y no te ahorres los detalles —pidió la otra.

Diana suspiró, prestando atención unos instantes a la melodía que sonaba desde el templete del jardín de la propiedad de su querida amiga Adelina Rossi, donde había tenido lugar la desvergonzada escena con el cabo Milton.

Una escena de lo más reprobable entre un caballero y una dama que le hubiera supuesto un problema si hubiera llegado a oídos ajenos, pero a la que Diana se enfrentaba con soltura. No era, ni mucho menos, la primera vez que le ocurría.

Ante las exigencias de sus amigas, se plegó a sus deseos y comenzó a relatarles de forma somera lo que había ocurrido.

—Es uno de los caballeros más osados con los que me he topado. Pensé que nuestro flirteo duraría al menos unas semanas, pero se

atrevió a propasarse en nuestro segundo encuentro a solas, ¿podéis creerlo?

—Cada vez son más insolentes...

—¡¿Dónde vamos a llegar?! —se quejó Marion—. ¿Se ha aventurado a... besarte? —preguntó curiosa, tapándose la boca con la mano y conteniendo una risita.

Diana las miró, primero, a una; y después, a la otra; y asintió con ojos brillantes y maliciosos. Acabaron estallando en carcajadas.

—Así que, mis queridas amigas, tengo el honor de apuntarme el primer soldado caído del verano en Brighton. De momento, voy ganando.

—Sabía que serías la primera, Diana —aseguró Alice—, aunque no pensé que ocurriría tan pronto. Apenas hace unos días que llegaste.

—¡Bah!, la experiencia juega en su favor —se quejó Marion.

—¡Tan solo tengo un año más que vosotras! —se defendió la joven.

—¡Yo tengo diecinueve! —protestó Alice—. Y si mal no recuerdo, tú has cumplido los veintidós.

Diana se enfrentó muy seria a su interlocutora.

—Recién cumplidos —puntualizó.

—Mis padres no dejarán que llegue a esa edad sin al menos comprometerme —volvió a intervenir Alice.

—Los míos van a casarme este año con alguno de mis primos lejanos de Escocia. Este será mi último verano de libertad —confesó, triste, Marion.

—Oh, querida... —Se condolió Diana—. ¿Van a obligarte?

—Bueno, iremos a visitarlos y supongo que podré decidir entre ellos.

—Podrías invitarme... —sugirió Diana.

Las tres volvieron a reír ante la sugerencia.

—¡Ni hablar! —negó con rotundidad Marion—. Acabarías seduciéndolos a todos y yo sería el premio de consolación.

—Oh, no te desmerezcas... Las tres seguimos siendo las jovencitas más apreciadas, distinguidas y codiciadas de la temporada veraniega en Brighton. Y aún nos quedan unos meses para divertirnos.

—Sí, y los aprovecharé tanto como pueda. Mis padres dicen que me estoy convirtiendo en una solterona, y dado que no me decido, han tomado la determinación por mí —explicó Marion.

—Probablemente el verano que viene yo también estaré comprometida o, incluso, puede que me haya casado. ¿Tú no piensas hacerlo, Diana? En realidad, una no puede estar en un cortejo perpetuo con unos y otros... Al final corres el riesgo de ganar fama de difícil o... algo peor.

—Es injusto... No acepto que ellos puedan divertirse y nosotras no... —protestó la señorita Beauchene.

—Pero... piensa en las consecuencias que tendría que nuestros juegos se descubrieran...

—No hacemos nada malo... Tan solo nos dejamos cortejar por aquellos jóvenes que nos gustan, y en el momento en que se ponen pesados...

—Los apuntamos en la lista personal de caballeros rendidos a nuestros encantos y caídos en actos de servicio.

—Rechazados... y pasamos al siguiente. Reconozco que es muy divertido, en realidad, pero peligroso, y tarde o temprano tendría que acabar —reflexionó Marion—. Recordaré los veranos que pasamos las tres juntas como la mejor etapa de mi vida, un periodo de aprendizaje acerca del género masculino en el que desafiamos las convenciones sociales y en el que nos divertimos a rabiar.

—Voy a echaros mucho de menos —se sinceró Alice—. Sois las mejores amigas del mundo.

—Nosotras también —habló Diana incluyendo a Marion. Ambas se conocían desde hacía más tiempo y sabía que se extrañarían cuando dejaran de verse—. Pero no nos pongamos tristes, seguiremos en contacto, por supuesto, y, además, aún nos queda mucho tiempo para divertirnos.

—Sí —apostilló Alice—. ¿Quién sabe lo que nos deparará este verano? —añadió, misteriosa.

Capítulo 2

Algo más tarde, Diana y su institutriz Louise regresaron a casa. La mujer encontró a su discípula especialmente taciturna, aquello le extrañó mucho. El carácter de la joven era alegre, despreocupado. Charlaba de cualquier cosa y siempre encontraba algún tema de conversación, por todo ello le pareció que quizá Diana no se encontraba bien, que estaría incubando algo.

La joven le aseguró frente a su alcoba que estaba perfectamente, algo cansada, tal vez, y se despidieron con afecto, deseándose buenas noches.

Con ayuda de la doncella, se quitó los pendientes, el camafeo y las pulseras, y se desprendió de su vestido, corsé, crinolina y enaguas. Se aseó y se puso el camisón de dormir.

Le tocó el turno al cabello, y sentada frente al espejo del tocador, la muchacha contempló cómo la sirvienta deshacía el elaborado peinado que había lucido esa noche y que le llevó casi dos horas de preparación. Los espesos mechones de cabello rubio caían ondulados a su espalda, y en cuanto la doncella hubo terminado, tomó el cepillo para disponerse a dar las pertinentes cien cepilladas que conseguían que el pelo se mantuviera sano según las

entendidas.

Diana no estaba de humor e, impaciente, le pidió a la muchacha que se retirara, asegurándole que ella misma lo haría. Oyó la puerta cerrarse cuando esta salió y comenzó a pasarse, de forma lánguida, el cepillo por el pelo. Sus pensamientos estaban en otra parte.

Cavilaba sobre la conversación que había mantenido con sus amigas en el jardín durante la fiesta. No la había sorprendido, en realidad. Sabía que tarde o temprano acabarían separándose, que las obligaciones propias de una dama de su edad las atraparían. Marion, a sus veintiún años, se comprometería ese invierno con uno de sus primos, y Alice se conformaría con quien su padre eligiera para ella.

Diana, en cambio, no sentía la presión por matrimoniar. Sus padres, el barón de Telford y su esposa, vivían en Shrewsbury, a casi dos días a caballo, y confiaban en su criterio. Además, y, por encima de todo, Diana no necesitaba a un esposo que la mantuviera. Su cuñado, el vizconde de Lindley, casado con su hermana mayor Constance, le había asignado una pensión y ella vivía entre la casa de sus padres y la mansión que el vizconde había adquirido en Brighton, donde siempre era bien recibida.

En estos momentos se encontraba allí. Esperaba que Constance le comunicara que toda la familia llegaría en cualquier momento para pasar el verano juntos. Mientras tanto, se hallaba a cargo de Louise Herbert, su antigua institutriz, quien se había convertido en alguien muy importante para ella, alguien en quien confiar, sensata, con la que compartir algunas confidencias cuidadosamente elegidas. No todas, por supuesto. Una amiga de una clase diferente a la de Marion y Alice.

Si Louise hubiera sospechado su naturaleza frívola y seductora, sus escandalosos encuentros a solas con caballeros enamoradizos,

los juegos que las tres damas se traían entre manos, habría puesto el grito en el cielo y, por supuesto, les hubiera contado a su hermana mayor y también a la mediana Sidonie —por carta, ya que vivía en Irlanda— lo que su descocada hermana pequeña hacía a sus espaldas.

Suspiró. Aquellas diversiones tendrían que acabar, se dijo apenada, ya que su naturaleza la hacía ser una muchacha alegre, dicharachera, seductora casi sin querer.

Ella no se consideraba especialmente guapa, siempre había creído que cualquiera de sus hermanas era más bonita. No obstante, sus brillantes ojos color del mar, orlados de pestañas, el exquisito óvalo de su cara, una nariz respingona y una sonrisa encantadora que transformaba su rostro y la convertía en la más bella de las sirenas hacían que el género masculino se sintiera inmediatamente atraído por ella. Lo demás era fácil, una mirada lánguida y dulce, una sonrisa tímida, un toque casual sobre el antebrazo del caballero en cuestión, un suspiro a tiempo... y el elegido caía presa del hechizo de la embaucadora Diana, creyéndose el hombre más feliz de la Tierra.

A continuación, el elegido en cuestión hacía un despliegue de sus encantos que solía conmoverla y divertirla a partes iguales. En un intento por granjearse su compañía, solían excederse en galanterías, manidas frases halagadoras, poemas variopintos, ramos de flores, regalos, acompañados de encuentros casuales o no, tartamudeos, suspiros y promesas de amor eterno. Todo ello con el objetivo de atrapar a la exquisita sirena y conducirla a su pecera privada donde sería exhibida para su disfrute hasta el fin de sus días.

Y aquello no convencía en absoluto a Diana, quien apreciaba sobremanera su libertad, aunque se la jugara de forma escandalosa en cada encuentro a solas con el caballero de turno. Le parecía tan

divertido, tan excitante...

Desde muy jovencita —no en vano disfrutó de su primer verano en Brighton a los dieciséis años—, Diana había aprendido a coquetear con disimulo, a calibrar las intenciones y, sobre todo, a disfrutar de su libertad. Sus padres no solían acompañarla, y ella era la que tomaba la decisión de permanecer en Shrewsbury, en Brighton o incluso visitar a Sidonie en Irlanda. La posibilidad de tener que casarse cuando era tan cómodo decidir por sí misma le parecía de lo más absurda.

O se lo pareció hasta el pasado junio, cuando cumplió veintidós años.

Y es que, aunque no lo reconoció ante sus amigas, fue en ese momento, en el exacto día de su cumpleaños, cuando Diana comenzó a pensar en la posibilidad de encontrar un marido. Era un fastidio, reconoció, pero tarde o temprano el momento llegaría.

Nadie la empujaba. No lo hacían sus padres y mucho menos sus hermanas, quienes sí se habían visto obligadas a contraer matrimonio.[2] No obstante, ella era muy consciente de que no quería llegar a convertirse en una solterona que no encajara en ningún sitio, dependiente de unos sobrinos, marchita ya su belleza y sin posibilidad de encontrar un esposo conveniente. Quería una estabilidad, una familia propia.

La juventud pasaría, se dijo contemplando en el espejo su rostro aún fresco, juvenil, pero con el tiempo los enamorados dejarían de tenerla en consideración, acabaría recordando el pasado con nostalgia y tal vez incluso se atrevería a caer en el ridículo de flirtear con hombres que ya no la tomarían en cuenta.

Había llegado, por tanto, el momento de escoger cuidadosamente y decidirse por algún caballero que sirviera a sus propósitos. Un hombre que la adorara, con un carácter fuerte para los demás pero

manso y rendido con ella, atractivo —esto no era absolutamente necesario, pero ayudaría cuando debiera cumplir con sus obligaciones maritales—, económicamente bien situado, con ocupaciones que lo entretuvieran y le privaran de su perpetua presencia, que viviera en algún lugar donde pudiera encontrar diversiones —recordó el solitario castillo en Irlanda, donde su hermana Sidonie vivía— y, por supuesto, sin parientes cercanos, a ser posible, concluyó mientras pensaba en la familia política de su hermana Constance.

Resopló pensando que probablemente aún le quedaban unos cuantos requisitos por determinar. Y volvió a resoplar aún más fuerte cuando convino que ningún caballero entre todos aquellos que había conocido a lo largo de los años los cumplía. Iba a ser complicado encontrar a uno que se ajustara a sus propósitos y deseos.

Como no estaba dispuesta a perder el sueño y amargarse la recién estrenada temporada veraniega, se consoló pensando que, si el caballero conveniente no aparecía, aún podría esperar un año o dos más a lo sumo.

Había perdido la cuenta de las cepilladas, y sintiendo que los parpados se le cerraban, dejó el peine sobre el tocador y se dirigió a la cama dispuesta para una noche de reparador descanso. No volvería a darle más vueltas al asunto, ya estaba decidido. En cuanto su cabeza se posó en la almohada, cayó profundamente dormida en un sereno y plácido sueño.

Adéntrate en una historia prohibida, un amor condenado, y un destino sellado entre muros antiguos…



En el corazón de un páramo irlandés, a mediados del siglo XIX, vive solitaria **en el castillo de Clifden la joven viuda Sidonie de Clare, atrapada entre el luto y los secretos** que susurran los pasillos de piedra.

Todo cambia cuando llega **Corrigan de Clare, el hijo de su difunto esposo**, un hombre que abandonó su hogar a los quince años tras una trágica muerte. **Misterioso, enigmático y comprometido con una causa peligrosa**, Corrigan es un alma marcada por la pérdida, por el rencor y el deseo de venganza.

Corrigan no esperaba encontrar a nadie en el castillo… y mucho menos a ella. **Sidonie, la joven viuda de su padre, representa todo lo que debe rechazar**. Pero cuanto más intenta apartarla, más desea besarla, acariciarla, sentirla. Aunque la ley, la Iglesia y el mundo griten que es un pecado. Aunque enamorarse lo condene por toda la eternidad.

Cautiva de una promesa **es una novela de amor prohibido y emociones al límite**, con personajes que luchan contra su destino, bajo el peso de los fantasmas del pasado, secretos inconfesables y una Irlanda que lucha por su independencia.

Una historia que atrapa desde la primera página y no te suelta hasta su final desgarrador. ¿Te arriesgarás a enamorarte de la valiente Sidonie y del misterioso Corrigan?

Evangeline Cruz nació en el cálido sur de España, donde vivió hasta que, finalizados sus estudios universitarios de Lengua y Literatura Inglesa, decidió viajar y conocer mundo. Ha residido en Inglaterra, Italia y Austria y, actualmente, vive en España y trabaja como profesora, compaginando esta labor con la escritura.

Lectora compulsiva desde niña (siendo sus géneros favoritos los clásicos, la historia y el romance), ha escrito desde siempre, especialmente, romance histórico.

Fue finalista del I Premio Chic de novela. Ha publicado una novela de romance histórico medieval, *La bastarda del rey Sancho*, con la editorial internacional Cherry Publishing y *Así pasen los años*, una novela romántica de época, con Ediciones Kiwi.

Ha sido ganadora del XIII premio internacional HQÑ, de Harper Collins Ibérica, con la novela *Escríbeme si en tus sueños me encuentras*.

Publica con asiduidad en Selecta, el sello de romance digital de Penguin Random House. Algunas de sus novelas más reconocidas son *Seducción escocesa, Un castillo en las Highlands, La tentación del capitán, Bajo el hechizo de la luna escocesa*…



Edición en formato digital: noviembre de 2025

© 2025, Evangeline Cruz
© 2025, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: Bárbara Sansó Genovart
Imágenes: Shutterstock

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-10441-03-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] Puedes leer la apasionante y tormentosa historia de Constance Beauchene en la novela *El fuego de tus besos*, ya publicada por Selecta.

[2] Encontrarás las apasionantes historias de amor de Constance y Sidonie Beauchene en las novelas *El fuego de tus besos* y *Cautiva de una promesa*, ya publicadas por Selecta.

Índice

Cautiva de una promesa
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Epílogo
Nota de la autora
Próximamente
Sobre este libro
Sobre Evangeline Cruz
Créditos
Notas